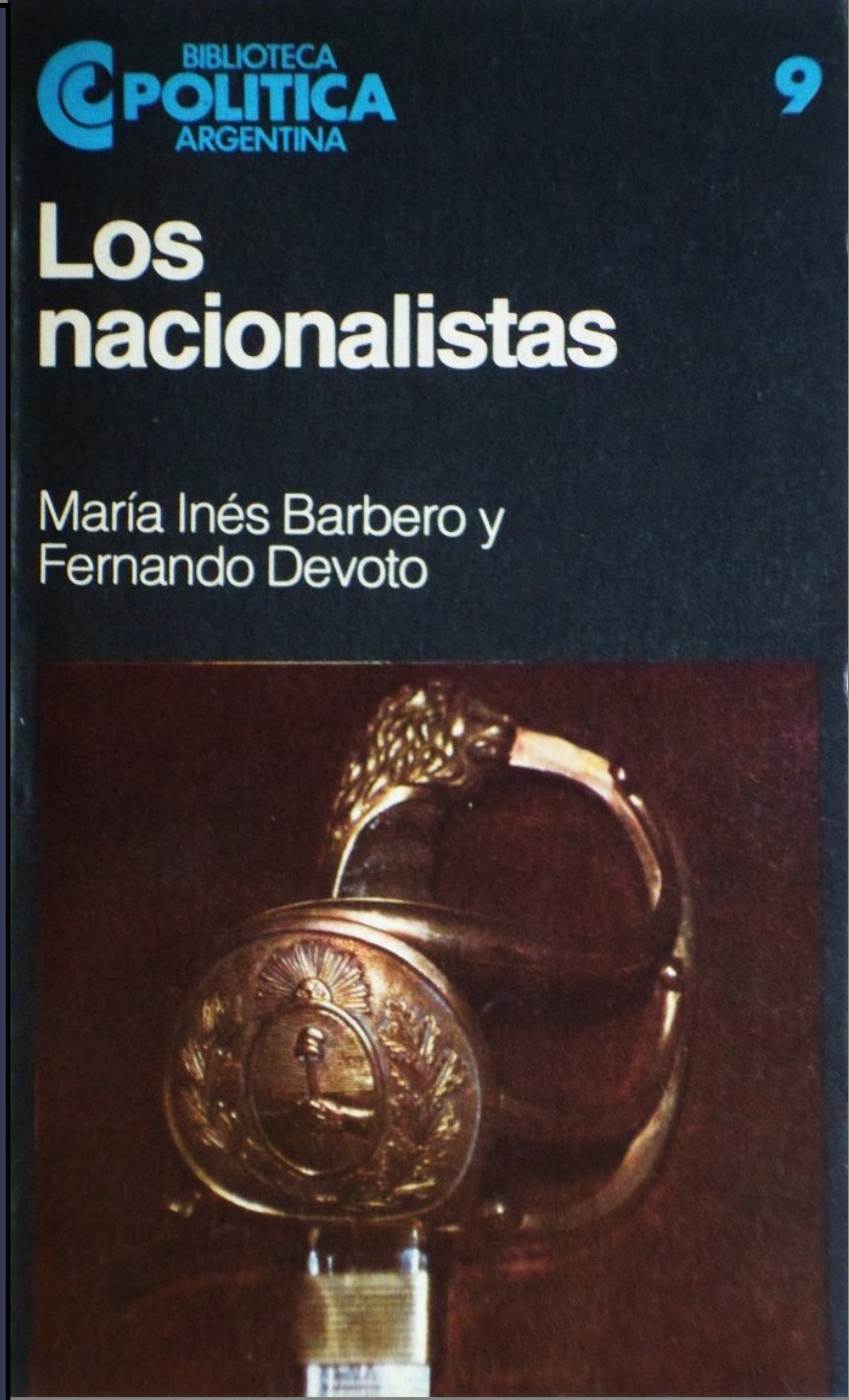
LOS NACIONALISTAS

Biblioteca Politica Argentina

Centro Editor de América Latina

Buenos Aires, 1983



BIBLIOTECA
POLITICA
ARGENTINA

Los nacionalistas
(1910 - 1932)

María Inés Barbero y
Fernando Devoto

Centro Editor de América Latina

1

Dirección: Oscar Troncoso
Secretaría de redacción: Margarita B. Pontieri
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Diagramación: Gustavo Valdés, Alberto Oneto, Diego Oviedo
Coordinación y producción: Natalio Lukawecki, Juan Carlos Giraudo

Impreso en mayo de 1983. Pliegos interiores: compuesto en Gráfica Integral Av. Pueyrredón 538, 4o. A, Buenos Aires; Impreso en Talleres Gráficos FA.VA.RO. SAIC y F, Independencia 3277/79, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina: Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5to. C, Buenos Aires. Interior: Distrimeco SRL, Av. La Plata 2138, Capital.

ISBN 950 25 0008 3

2

INTRODUCCION*

Es a todas luces evidente, que un estudio sobre el *nacionalismo requiere de algunas precisiones previas,* quizás innecesarias para otros textos de historia política. En primer lugar, aparece como imprescindible la definición del campo de análisis, sólo posible a partir de la delimitación que se le dará al término nacionalismo *en este trabajo. A diferencia de otras expresiones,* como por ejemplo radicalismo o desarrollismo, en las que siempre se sabe a qué tipo de fenómeno se está haciendo referencia, el término nacionalismo es equívoco e impreciso. Con él designamos alternativamente, *tanto a un grupo político,* como a una *línea ideológica,* como, en un sentido mucho más amplio, a un movimiento cultural equiparable por su grado de amplitud a grandes corrientes como el iluminismo o el romanticismo. Los distintos niveles de generalidad en el uso del concepto "nacionalismo" permiten desde un uso restricto del mismo, aplicándolo a un grupo o a una serie de grupos que actuan políticamente, hasta una utilización amplísima, incluyendo en él a cualquier manifestación

* Los autores agradecen a Eduardo Cárdenas, Fermín Chávez, Lucía Gálvez de Tiscornia, Norberto Galasso y Oscar Troncoso por los materiales que facilitaron para la confección de este trabajo y a Jorge Guberman por las sugerencias realizadas.

que exalte la tierra, la nacionalidad o la patria. La ambigüedad esencial del término permite que se hable de un "nacionalismo cultural" o de un "nacionalismo económico", o de un "nacionalismo político" y, dentro de éste, de un "nacionalismo de izquierda" y de un "nacionalismo de derecha" y que incluso no faltara, hace pocos años, quien vinculara al nacionalismo con la economía social de mercado y creara un "Partido Nacionalista Liberal". Por supuesto que toda utilización de un término es lícita siempre y cuando se especifique previamente qué se quiere decir con ello.

Tampoco los distintos autores que han estudiado el tema se han puesto de acuerdo sobre los alcances del mismo. Julio Irazusta, en su obra *"El pensamiento político nacionalista"*[1], ha utilizado el concepto en un sentido muy ceñido, limitando su estudio al análisis de algunos pocos grupos político-ideológicos, y en especial de uno de ellos —el de *La Nueva República*. El nacionalismo que, para Irazusta, aparece recién a fines de 1927, lo cual ya es toda una definición, es implícitamente considerado como un sistema de ideas muy preciso encarnado en un puñado de intelectuales y teóricos de la política. En una línea restrictiva semejante, se ubica el libro de otro nacionalista, Federico Ibarguren, *Orígenes del nacionalismo argentino*[2]. Si el punto de partida de este autor es similar al de Irazusta: 1927, o sea el momento en que surgen los primeros grupos políticos que se definen explícitamente como "nacionalistas", el modelo subyacente es bastante diferente. Para Ibarguren, que demuestra a lo largo de su trabajo un mayor interés por la acción directa que por la filosofía, el nacionalismo aparece no como un sistema coherente de creencias sino como una serie de lealtades políticas estructuradas en torno a una militancia contra ciertos previsibles enemigos comunes: la democracia, el liberalismo, el comunismo. La columna vertebral de ese nacionalismo así definido es, obviamente, el propio grupo de pertenencia: la "Liga Republicana".

Una perspectiva bastante similar a la de Julio Irazusta es la del autor de una documentada obra titulada *El Nacionalismo Argentino*, Enrique Zuleta Alvarez[3]. El nacionalismo que le interesa a este escritor es "el que se caracteriza por constituir una actitud política, más o menos sistemática, más o menos doctrinaria, que aspira a

definir una empresa política [y] que también desea afirmar y consolidar la nación, *pero como parte de una visión homogénea del mundo y la política*"[4]. También aquí, como en el caso de Irazusta, Zuleta define al nacionalismo como una ideología, con la cual por otra parte se identifica. Una diferencia entre ambos pensadores es sin embargo evidente: mientras para Irazusta la ideología aparece como un criterio de base suficiente que permite sin dificultades la asunción de distintas opciones políticas prácticas, para Zuleta, en cambio, el ideológico es sólo un criterio de clasificación al cual se superpone otro: el de la elección política concreta. El primer criterio sirve mayormente para deslindar el campo del nacionalismo hacia afuera y el segundo para subdividirlo hacia adentro.

Si la visión que los propios nacionalistas elaboraron del problema está manifiestamente vinculada con la noción de nacionalismo como ideología o, a lo sumo, como corriente doctrinaria de acción política, distinta es la imagen que brindan historiadores ajenos a dicho campo. Para la historiadora hispano-norteamericana Marysa Navarro Gerassi[5], el nacionalismo es un fenómeno demasiado complejo que no puede englobarse en su totalidad dentro de un marco homogéneo de creencias. Por ello, la autora aclara que su objeto de estudio es lo que se denomina "nacionalismo de derecha" y no analiza en su trabajo a los que designa como "nacionalistas populares", pues considera que los mismos parten de otras premisas doctrinarias. Ni siquiera dentro del "nacionalismo de derecha", agrega Marysa Navarro, puede hablarse de una ideología común, ya que éste es tan sólo "un collage más o menos artificial"[6]. El criterio de delimitación, para esta autora, es apenas la presencia de ciertos principios políticos compartidos y, por ello, su historia del nacionalismo comienza a principios de la década del 20.

Un enfoque diferente es el que utilizan algunos historiadores norteamericanos, como Carl Solberg[7]. Para este autor, en una posición que se encuentra en el extremo opuesto de las antes mencionadas, toda manifestación patriótica es considerada como nacionalismo. El fenómeno ha perdido toda entidad ideológica y es considerado como una actitud cultural en sentido amplio que no tiene conexión alguna con el pensamiento de la

derecha tradicional o con cualquier otra filosofía política determinada. Nacionalismo es pues toda reacción patriótica, y ello permite al autor remontar su análisis hasta fines del siglo XIX e incluir en ella a cualquiera que se haya manifestado a favor de la educación nacional, el culto del gaucho o las fiestas cívicas. Entran de este modo en esta clasificación, siquiera como precursores, algunos insospechables liberales como Ramos Mejía o Miguel Cané.

Luego de esta fatigosa enumeración de distintos puntos de vista, que no hacen más que reflejar la complejidad del problema, corresponde explicitar la definición de nacionalismo que con carácter operativo utilizaremos en este trabajo. El término "nacionalismo" será usado aquí en el sentido de un movimiento cultural acotado, por un lado, por la presencia en el pensamiento de aquellos a quienes denominaremos nacionalistas de ciertos elementos político-ideológicos comunes y, por otro, por una conciencia de pertenencia. Todos ellos comparten una serie de actitudes y principios: cierta posición de crítica y disconformidad hacia el sistema imperante; una revisión no uniforme de los valores históricos aceptados como producto de este cuestionamiento del presente; una manifiesta hostilidad hacia el positivismo, relacionada con una crítica a diversos aspectos del liberalismo; una exaltación de la nacionalidad y, por último, una actitud de oposición hacia las filosofías y las organizaciones internacionalistas. De todos modos, consideramos el elemento esencial de nuestra definición que aquellos a quienes calificamos como nacionalistas se reconozcan a sí mismos como tales y sean vistos del mismo modo por el resto de la comunidad.

Una vez precisado de este modo el alcance que se otorgará a nuestro estudio, es conveniente hacer una clasificación con fines exclusivamente explicativos de los distintos grupos que quedan englobados en la definición de nacionalismo adoptada. A partir de las fuentes ideológicas que conforman su pensamiento, se pueden distinguir cinco grupos principales. Tres de ellos pueden agruparse a su vez dentro de la clásica definición de nacionalismo "de elite" y son: el nacionalismo clásico o republicano —representado en esta etapa por el grupo de "La Nueva República"—, el nacionalismo tradicionalista católico —integrado en este período por el grupo de "Criterio"— y el nacionalismo filofascista —ejemplificado por los grupos de choque como la "Legión Cívica" y la "Legión de Mayo"—. Los otros dos pueden englobarse dentro de lo que se denomina nacionalismo "popular". Escasamente representados en esta época, pueden caracterizarse uno, como de matriz laico-democrática —el primer Rojas y Mosconi—; el otro como de base católico popular, ejemplificado en Gálvez.

Esta clasificación, como todas imperfecta e instrumental, integra con algunas innovaciones los distintos criterios utilizados por los historiadores que se han ocupado del tema. El más conocido de ellos es el que, con cierta simpleza, divide a los nacionalistas exclusivamente en dos grandes grupos según la actitud política asumida por ellos con respecto a los grandes movimientos populares argentinos contemporáneos: nacionalismo "popular" el que mantuvo una actitud favorable hacia dichos movimientos y nacionalismo "oligárquico" o "elitista" el que fue hostil a ellos[8]. Un segundo criterio es el que diferencia, quizás especiosamente, entre un nacionalismo "extranjerizante" por la procedencia de sus ideas y un nacionalismo "vernáculo" conformado virgen de influencias extranjeras[9]. Otro criterio clasificatorio de alcance más limitado es el que propone Zuleta Alvarez de subdividir lo que él denomina "nacionalismo", y que corresponde poco más o menos a lo que otros autores llaman nacionalismo "de elite", en dos grupos: un nacionalismo "doctrinario", autoritario y hostil a la actividad política, representado por Lugones, la "Liga Republicana" o la "Legión de Mayo", y otro nacionalismo "republicano", inclinado hacia la idea de la conformación de un partido político y ejemplificado en los hombres de "La Nueva República"[10]. También en Navarro Gerassi, aunque no explícitamente, subyace un deslinde del llamado nacionalismo "de derecha" en tres grupos: uno afrancesado de influencias maurrasianas, otro hispanista católico y un tercero fascista[11]. Por supuesto que ninguna clasificación resuelve los problemas que presenta un movimiento caótico y polifacético como el nacionalismo —¿dónde ubicar a Lugones, por ejemplo? —, sino que tan solo ayuda a hacer más comprensible lo que a primera vista parece un mosaico demasiado complejo.

Completada la caracterización y la clasificación del

nacionalismo según el modelo adoptado, parece pertinente preguntarse por el origen y el significado del nacionalismo en la Argentina contemporánea. Sobre el primero de los puntos, mucho han discutido los historiadores de distinto signo. Mientras para algunos el nacionalismo es solo un reflejo de movimientos políticos y corrientes ideológicas europeas, y por lo tanto es lícito hablar de "una ideología originada en Europa y adaptada en formas diversas en Hispanoamérica"[12] o de una "línea del fascismo argentino que recibió corrientemente el nombre de "nacionalismo"[13], otros autores prefieren remarcar las condiciones internas que independientemente de Europa permitieron que surgieran aquí movimientos de características semejantes a las de los países del Viejo Continente. Movimientos que si bien tuvieron posteriormente una influencia marcada de las doctrinas europeas, fueron inicialmente respuestas a una problemática local. En esta segunda línea de interpretación, las opiniones se dividen en cuanto al tipo de causas internas que provocan la "reacción nacionalista". Para algunos el problema principal es el conflicto social creciente y los temores que genera en un segmento de la clase dirigente, segmento del cual, según esta hipótesis, provienen los nacionalistas. Para otros, el problema no se presenta tanto como una respuesta al conflicto social sino como una respuesta a la pérdida creciente de prestigio y de poder político en el seno del grupo dirigente, de las familias tradicionales —de las cuales saldrían los nacionalistas— a manos de los nuevos grupos sociales en ascenso. Un tercer tipo de análisis remarca en cambio más el aspecto cultural que el social y ve al nacionalismo como una reacción natural, en especial en los ambientes provincianos, ante la creciente cosmopolitización y disgregación cultural de la Argentina como consecuencia del impacto inmigratorio[14]. Probablemente las tres hipótesis de esta segunda línea de interpretación reflejan, por las razones que se dan a lo largo del trabajo, la mejor explicación comprensiva del surgimiento del nacionalismo.

Si el problema de las causas que explican el surgimiento del movimiento nacionalista ha concitado el interés de los historiadores, también lo ha hecho y en mayor medida la cuestión del significado del nacionalismo en la historia argentina contemporánea. Este movimiento que,

tras algunas voces precursoras de la década del diez, surgirá en los años veinte hasta alcanzar una gran importancia con la revolución de setiembre de 1930 y en la década posterior, sorprende al observador. Una amplísima influencia en el campo de las ideas políticas y en las instituciones culturales coincidió con una también evidente incapacidad para transformar dicha influencia en un proyecto de poder político estable y viable. Esta aparente paradoja llevó a uno de sus integrantes más destacados a formular hacia los años setenta una amarga reflexión sobre el nacionalismo visto en la perspectiva del siglo. "Como los partidos de la extrema izquierda, sufrió las tentaciones ofrecidas por las revoluciones del mundo —hacia la extrema derecha—. Su anti-electoralismo recalcitrante le hizo rechazar toda propuesta de constituir un partido nacionalista, al estilo tradicional, para ir a las urnas, con una dirección colegiada y en la que el liderazgo resultara del acierto en los consejos, cuando el movimiento reunía en las calles multitudes mayores que sus rivales. El afán de llegar a la jefatura suprema, como los dictadores en boga, hizo estragos entre los jefes del grupo. *La idea de copar un movimiento ajeno, determinado gobierno o el régimen mismo*, les hacía descuidar el hecho de que los caudillos que admiraban en Europa habían empezado de abajo, y triunfado con el apoyo popular, más que con habilidades maquiavelicas"; con el correr de los años la situación se agravó y "el nacionalismo degeneró en una internacional ideológica, y ya enteramente maniobrado por el régimen, colaboró con los sucesivos gobiernos y no cuajó en la práctica. No teniendo domicilio político fijo y conocido, cuando le llegó su hora, la historia no tenía señas donde encontrarlo"[15]. Esta lúcida reflexión de Julio Irazusta, si describía admirablemente las políticas llevadas a cabo por los nacionalistas en los cincuenta años centrales del siglo, confiaba en demasía en que otra actitud política por parte de aquellos les hubiera permitido ejercer un papel más destacado. Ello es a nuestro juicio improbable. Si los nacionalistas se hubieran reunido en un único partido político es previsible que no hubieran alcanzado de todos modos un peso electoral considerable y que, ante ello, a la larga hubieran recaído en el golpismo militar. A impedir la constitución del nacionalismo como opción política contribuyó sin duda al menos tanto

como la actitud de sus integrantes hacia la política, que Irazusta les reprocha, la existencia de grandes partidos populares que incluían en su ideario buena parte de los postulados nacionalistas, en lo que ellos tenían de moderno y atractivo; el escaso eco hallado por las propuestas del nacionalismo en una clase dirigente formada en otros moldes doctrinarios; la escasa influencia en los sectores medios, producto probablemente del bajo nivel de conflictividad social de la Argentina; lo anacrónico de muchos de sus postulados, que confiaban ingenuamente en poder revertir el paso del tiempo. Si todo lo expuesto reducía al nacionalismo a una ubicación marginal en el sistema político, otras condiciones favorecían su expansión en el terreno cultural. La posibilidad de presentarse como alternativa a la cultura oficial, los problemas generados por los temores a la desintegración cultural como consecuencia del impacto migratorio, el favor de que gozaron en este terreno durante los distintos gobiernos militares, permitieron que pese a su minúscula fuerza política alcanzaran una influencia amplia y sostenida que perdura aún hoy en la cultura argentina.

No es propósito de este libro juzgar al nacionalismo o a sus integrantes, los abundantes documentos transcriptos permiten, mejor que nuestras palabras, formarse una idea de su valor. Más modestos, solo hemos querido aquí contribuir a "comprender y hacer comprender".

I

ALGUNOS PRECURSORES

La Argentina del Centenario

A cien años de la Revolución de mayo la Argentina parecía haber alcanzado una envidiable prosperidad. Todos los indicadores económicos mostraban un progreso sensible en los últimos treinta años: el valor de las exportaciones había crecido seis veces y media; la extensión de la red ferroviaria había aumentado más de diez veces; el total del área sembrada se había cuadruplicado desde 1872. Los continuos deficit de la balanza comercial y sus implicancias sobre la balanza de pagos, que habían hecho evidentes las debilidades del modelo de desarrollo ya en la crisis de 1890, no alcanzaban a atenuar el ilimitado optimismo acerca del presente y el porvenir.

Al mismo ritmo que la economía había crecido la población: de algo menos de dos millones en 1869 llegaría a casi ocho en 1914. La causa principal de este incremento la constituia el fenómeno inmigratorio: más de cuatro millones de extranjeros —en su mayoría italianos y españoles— llegaron a estas costas entre 1880 y 1910, y más de la mitad de ellos se radicó en forma permanente.

En el centro de esta expansión, una ciudad, Buenos Aires, que había dejado de ser la gran aldea al compás del tranvía, el Teatro Colón, los edificios de seis pisos, la coexistencia de los distintos grupos étnicos –uno de cada dos habitantes de la Capital era extranjero– y un activo movimiento cultural. Llegaban a ella algunas figuras ilustres: poetas como Rubén Darío, políticos como Jean Jaurés y Georges Clemenceau. Miguel de Unamuno y Anatole France desde las columnas de *La Nación*, Ramiro de Maetzu y Cesare Lombroso desde *La Prensa* entre tantos otros, contribuían a dar brillo a una vida cultural a primera vista impactante.

Lugones en la "Oda a los ganados y las mieses" y Rubén Darío en el "Canto a la Argentina" celebraban el optimismo de un Centenario que parecía pronosticar una era de progreso incesante e ilimitado. Sin embargo, por debajo de la prosperidad económica y del resplandor cultural, se manifestaban algunos síntomas preocupantes. El temor a la desintegración nacional como consecuencia del impacto inmigratorio, la aprehensión con respecto al conflicto social, producto casi inevitable de la urbanización y de la incipiente industrialización, y la debilidad del sistema político, que mantenía al margen de la vida cívica a amplísimos sectores de la población, desvelaban a la élite dirigente. Ya Sarmiento había dado la voz de alarma hacia fines del siglo, en su *Conflicto y armonías de las razas en América*, y trás él, entre otros, Joaquín V. González y Carlos Pellegrini.

Indudablemente, más allá de lo exagerado de los temores que manifestaban los sectores tradicionales, aquéllos encontraban su explicación en las características excepcionales que adquiría el fenómeno inmigratorio en la Argentina. La proporción de extranjeros sobre el total de la población era mucho más alta que la de cualquier otro país de inmigración en América –un 30% frente a un 14,5% para los Estados Unidos para esta época–; a ello se agregaba una asimilación de los mismos que los estudios más recientes revelan como más lenta que lo que tradicionalmente se ha supuesto.[16]

Los temores a la desintegración nacional se agravaban a la vez que se confundían con la amenaza de un conflicto social creciente –aunque todavía de dimensiones modestas–, que se expresaba en el peso cada vez mayor de las organizaciones obreras –anarquistas y

socialistas–, en el aumento del número de huelgas, que alcanzaron a 298 en 1910, y en la escalada de violencia que alcanzó uno de sus picos con el asesinato del Jefe de Policía Falcón en 1909. Las consecuencias se harían visibles en los festejos de un Centenario acompañado por la vigencia del estado de sitio.

Un dato de no menor importancia lo constituia el carácter predominantemente extranjero de las ideologías y las organizaciones obreras, que permitía a los grupos dirigentes una fácil y simplista traslación del conflicto de términos sociales a términos nacionales, atribuyéndolo no a la industrialización y sus consecuencias sino a la acción conspirativa de ciertos grupos de inmigrantes.

La agitación social y el aluvión inmigratorio no eran sin embargo las únicas amenazas al orden político social instaurado en las últimas décadas del siglo XIX. El mismo se veía también afectado por la falta de sustentación del sistema político, expresada en el bajísimo porcentaje de votantes que concurría a los actos comiciales (menos del 2 % del total de la población) y por la permanente acción conspirativa de Hipólito Yrigoyen y el radicalismo. La búsqueda de un mayor consenso y de una ampliación de la legitimidad de los gobiernos llevaría al sector más moderno de las fuerzas conservadoras a impulsar una reforma electoral. Roque Sáenz Peña, llegado a la presidencia en 1910, y su ministro del Interior, Indalecio Gómez, propondrán la nueva ley de sufragio aspirando a que actuara como antídoto de los problemas enumerados, integrando al sistema político a otros grupos sociales nativos, especialmente los argentinos de primera y seguna generación.

También hacia los años del Centenario alcanzaba notoriedad una nueva generación literaria, influida por el espiritualismo y el modernismo, admiradora de Darío, Tolstoi, Wagner y los impresionistas franceses, y también de la generación española del 98, en el marco de una época que reaccionaba contra el naturalismo y el positivismo. Nacidos en la primera mitad de la década del 80, y nucleados inicialmente en torno a la revista *Ideas*, Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Emilio Becher, Alberto Gerchunoff y Mario Bravo eran algunos de sus principales representantes. De entre ellos, dos concitan nuestra especial atención, Rojas y Gálvez, jóvenes miembros de

las élites dirigentes que reaccionarán contra las temidas consecuencias del aluvión inmigratorio.

Dos precursores del nacionalismo: Ricardo Rojas y Manuel Gálvez

Ambos compartían algunos rasgos comunes desde el punto de vista social: pertenecían a prestigiosas familias provincianas que habían alcanzado el pináculo de su carrera política bajo el roquismo en la década del ochenta. Absalón Rojas, padre de Ricardo, fue gobernador y hombre fuerte de Santiago del Estero, y José Gálvez, tío de Manuel, lo fue en la provincia de Santa Fe. Pero mientras los Gálvez constituían una antigua y acomodada familia santafesina, Absalón Rojas era de origen humilde y su fortuna y su poder de origen reciente[17].

Ambos van a enjuiciar a la Argentina del Centenario iniciando una prédica de contenido nacionalista con la publicación de dos obras casi contemporáneas: *La restauración nacionalista* (1909) y *El diario de Gabriel Quiroga* (1910). En ellas se manifiesta el rechazo de los jóvenes aristócratas provincianos a la ciudad cosmopolita y hostil, en la cual se podía confundir a Sócrates con un mendigo.

Diez años después de haber llegado a Buenos Aires, donde había comenzado estudios de Derecho que no terminó para dedicarse al periodismo y a la actividad literaria, Rojas (1882-1957) escribió *La restauración nacionalista*. En el prólogo a la segunda edición, del año 1922, explicaba cuál había sido el propósito de su obra: "despertar a la sociedad argentina de su inconsciencia, turbar la fiesta de su mercantilismo cosmopolita, obligar a las gentes a que revisaran el ideario ya envejecido de Sarmiento y Alberdi"[18]. Confesaba haber elegido el título con objetivo polémico, "con juvenil simpatía precisamente por su tono alarmante, inactual y agresivo"[19].

Diversas experiencias se volcaban en esta obra. En primer término la labor intelectual junto al grupo de *Ideas* y las influencias comunes: el modernismo; los españoles del 98 (y en particular Unamuno, con el que había mantenido correspondencia tras la publicación de

su primer libro de poemas en 1903); Rodó, que había denunciado en *Ariel* los riesgos de la inmigración masiva. Pero también la observación cotidiana de la realidad de Buenos Aires y las dificultades que un joven provinciano encontraba para integrarse en la gran ciudad, a la que parecían adaptarse mejor los extranjeros que los hombres del Interior. Por último, el viaje a Europa, iniciado en 1907, enviado por el gobierno para "estudiar el régimen de la educación histórica en las escuelas europeas"[20], que le sirvió también, según testimonia en otras obras, para revalorar las raíces hispánicas de nuestra cultura[21].

Las conclusiones del viaje se plasmaron en su propuesta de reforma educativa expuesta en *La restauración nacionalista*. Allí consideraba a dicha reforma como la clave para evitar la desnacionalización cultural y social de su patria. Pero su propuesta de reforma está enmarcada en un análisis global de la Argentina del Centenario, en el que presenta un panorama oscuro de esta época que aparecía a los ojos de la mayoría como un período de esplendor. Denuncia el "cosmopolitismo", la "indiferencia para con los negocios públicos", el "ansia de riqueza sin escrúpulos", el "individualismo demoledor", significativamente junto a la "venalidad del sufragio" en un planteo que recuerda demasiado al de Hipólito Yrigoyen, en boca de quien aún no era radical. Señala que, al igual que en los tiempos anteriores a 1810, la Argentina depende económica e intelectualmente de las viejas metrópolis y que también, como entonces, "el pueblo permanece ausente de las funciones cívicas". La invasión de brazos italianos y capitales británicos y la ausencia en el país de una "Iglesia inteligente" han contribuido a la desnacionalización de la cultura. Frente a esta situación el problema que se presenta es el de una "restauración nacional" (documento 1).

En el documento 2 se precisan y limitan los contenidos de la restauración nacionalista, lo que constituye uno de los rasgos más originales de la obra. No se trata de atacar el "progreso" o la "civilización", sino de integrar equilibradamente el aporte extranjero al desarrollo nacional. Un nacionalismo que quiere, "como lo querían Alberdi y Sarmiento, campeones aquí del cosmopolitismo", que vengan "sus capitales, sus hombres y sus ideas", pero que se extraigan beneficios de dichos

8

capitales, se asimile al hijo del inmigrante y que las ideas se conviertan en "substancia propia".

Ello sólo será posible a través de la reforma educativa, que permita "crear una comunidad de ideas nacionales entre todos los argentinos"[22]. Para Rojas, como para Alberdi y Sarmiento, la educación jugaba un rol primordial: "una educación nacional" centrada en el estudio de las humanidades modernas y en la que la historia ocupara un lugar preponderante.

Si bien el diagnóstico que presenta Rojas tiene muchas facetas novedosas, la solución que propone es parcial y poco original: muchos antes que él habían señalado a la educación como remedio a los problemas planteados por la inmigración masiva. Entre otros el entonces rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, Enrique de Vedia, planteaba la necesidad de "argentinizar nuestra educación" como el medio más eficaz para asimilar a la masa de hijos de extranjeros, ahuyentando de sus mentes "ideas exóticas y tendencias extrañas".[23]

La visión crítica que el joven intelectual santiagueño tenía del tiempo presente llevaba necesariamente a una cierta revisión del pasado. Un punto central de esa tarea era la superación de ciertos conceptos clásicos como el de "Civilización y Barbarie". En *Blasón de Plata*, obra publicada en 1912, propuso reemplazar a esta vieja fórmula por la de "exotismo e indianismo", que él consideraba como mucho más adecuada para comprender la totalidad de nuestro pasado (documento 3). El desarrollo de estos conceptos lo llevaría incluso a elaborar una revalorización de la figura de Rosas, a quien calificaba de "gaucho hermoso" de "profundo instinto indiano y vasta conciencia territorial"[24].

Rojas no formó parte de ninguno de los grupos políticos nacionalistas que se constituyeron a partir de fines de la década del veinte, cuyos postulados en su mayor parte no compartía. Ya en *La restauración nacionalista* había censurado premonitoriamente al nacionalismo de cuño francés que a través de la influencia de Maurice Barrés comenzaba a difundirse en Buenos Aires y que no era para el autor sino otro síntoma de que los argentinos pensaban con ideas hechas en el extranjero[25]. Por otra parte, muchos nacionalistas tampoco reconocían a Rojas como un antecesor, criticando duramente las desviaciones de un "nacionalismo cercenado y euríndico"[26]. Otros pensadores, en cambio, más cercanos a lo que en la *Introducción* denominamos nacionalismo popular, comenzando por Gálvez, reconocían la deuda de los nacionalistas con Rojas y su obra juvenil[27].

Si las relaciones con los grupos nacionalistas no fueron muy fluidas, si lo serían con el radicalismo, al cual Rojas terminará por afiliarse, participando activamente a partir de la década del treinta, tras revisar las aristas más conflictivas de su pensamiento juvenil.

Intentando una síntesis del primer Rojas, expresado en las obras que van desde *La restauración nacionalista* hasta *Eurindia* (1924), podríamos señalar algunas características distintivas, sin pretender agotar un tema manifiestamente complejo: un nacionalismo particular, democrático, laico, no tradicionalista ni xenófobo, que propone una síntesis armónica entre lo antiguo y lo nuevo, entre lo nacional y lo extranjero, entre lo indígena y lo hispánico, que denuncia la dependencia cultural y económica, pero sin detenerse a analizar sus mecanismos ni a ahondar en soluciones, que propone una visión renovada de la historia nacional, de la cual no debe estar ausente la perspectiva del Interior.

Personaje singular dentro de las letras argentinas, Manuel Gálvez (1882-1962) llegó también muy joven a la gran ciudad, donde pronto fundaría, junto con Ricardo Olivera, la revista *Ideas*, que fue, desde 1903 hasta 1905, el vocero de una nueva generación literaria. Definiendo a esta generación decía el mismo Gálvez años después que "pasado el europeísmo inicial, fue ardientemente 'nacionalista', dando a esta palabra un vasto significado, no el restringido que tiene ahora"[28]. En su gran mayoría provincianos, como ya se señalara, admiradores de Darío, al que llamaban "el Maestro. Así, con mayúscula"[29], pero más de su estilo que de su temática: "Carecíamos de fervor hacia las princesas, las marquesas versallescas y la Grecia de tercera mano que nos evocaban el maestro y sus discípulos inmediatos. Nosotros éramos mucho menos cosmopolitas que ellos, y en nuestra subconciencia se agitaban ya, seguramente, las imágenes de los seres y de las cosas de nuestra tierra, que haríamos vivir más tarde en nuestros libros"[30].

Desde los primeros años de su permanencia en Buenos Aires, Gálvez sentiría, al igual que Rojas, un profundo rechazo hacia la ciudad cosmopolita e iría modelando

una visión propia de la realidad en cuya conformación se pueden reconocer distintas vertientes. En primer término, la reacción antipositivista y espiritualista de cuño modernista, junto a una apertura hacia la problemática social —apertura que entre otras cosas distinguiría a la obra de Gálvez de la obra de Rojas— bajo el influjo de Tolstoi, Sicardi y Almafuerte, y a una cierta influencia del krausismo a través de alguno de sus profesores de la Facultad de Derecho[31]. El redescubrimiento de España iniciado en su primer viaje a Europa en 1906 y completado en el segundo en 1910 —cuyo resultado sería *El solar de la raza*—, su retorno al catolicismo en 1907 bajo la influencia de su futura esposa Delfina Bunge, y su encuentro con las provincias del norte producto de sus viajes como Inspector de Enseñanza, en las cuales según propia confesión, se sintió "argentino de veras" así como "español y cristiano", terminarían de completar la formación del joven escritor[32].

Novelista de éxito con el correr de los años, sería Gálvez una figura original autónoma dentro del nacionalismo argentino. Profundamente católico y profundamente provinciano, elaborará una visión del mundo que, rechazando el cosmopolitismo y la tradición liberal, se anticipará en muchos aspectos a ciertas temáticas del nacionalismo de la década del 30. Excepto un brevísimo paso por una agrupación católica promovida por Monseñor De Andrea, no perteneció Gálvez a ningún partido político. Izquierdista anárquico en su juventud, abandonó dichas posiciones tras su reacercamiento al catolicismo. Fue uno de los pocos intelectuales no radicales que apoyó a Yrigoyen, a partir del neutralismo de la primera presidencia, y mantuvo a partir de entonces una actitud de comprensión benevolente hacia los grandes movimientos populares de la Argentina contemporánea, distinguiéndose en ello de otros sectores del nacionalismo. Más aún, hacia 1928 sostuvo una significativa polémica con Julio Irazusta y '*La Nueva República*' a propósito de la figura de Hipólito Yrigoyen. El futuro biógrafo del caudillo radical pronunció una breve alocución en el comité radical de Córdoba, como introducción a una conferencia de Ernesto Laclau, en la que consideró al radicalismo como una "expresión viviente y exaltada del sentimiento nacionalista" que "nada debía a las doctrinas ni a los métodos europeos. . . sino que había surgido de la masa popular", para terminar elogiando el neutralismo, el hispanoamericanismo y la "admirable política obrerista" de Yrigoyen[33]. Dichos conceptos chocaban con la imagen plebeya y demagógica que del radicalismo tenían los jóvenes de '*La Nueva República*' y con la negativa impresión que les causaba la figura del presidente reelecto. Gálvez respondía a las críticas recordando que "la barbarie, el plebeyismo, la guaranguería, la demagogia, no son productos radicales. . . sino producto de un país en formación"[34]. Muchos años más tarde, seguía reprochando a aquel grupo lo harto incompleto de su nacionalismo, en el que no figuraban ideas de justicia social[35].

El mismo Gálvez ha retratado su ideario político en sus *Recuerdos de la vida literaria*, reconociéndose antiliberal, católico, tradicionalista, demócrata, "popular", admirador de la obra social del fascismo italiano, pero no de "su orgullo, su culto de la violencia y su sentido pagano de la vida"[36]. Todo ello atemperado por una tolerancia hacia la diversidad ideológica que sus buenas relaciones con los socialistas más notorios atestiguan.

El diario de Gabriel Quiroga, publicado en 1910, en una edición escasa de apenas quinientos ejemplares, reveló por el momento con escaso éxito al futuro célebre novelista de *Nacha Regules* y la *Vida de Hipólito Yrigoyen*. Reflejando en parte como señalara Halperin Donghi[37], la hostilidad del joven literato provinciano hacia la gran ciudad que ignora su talento, el *Diario* se presenta como un curioso breviario nacionalista "avant la lettre", que quizás sea mejor llamar, como prefería Quiroga-Gálvez, tradicionalista.

Casi contemporáneo del libro de Rojas, el *Diario* muestra rasgos comunes con aquél, que parten de coincidencias generacionales e intelectuales que ya se han señalado, pero presenta también aspectos diferentes, que son producto de marcos ideológicos diversos. Coincidencias y discrepancias surgen de la comparación entre los documentos seleccionados.

El primer texto (documento 4) describe la situación de la Argentina que, en el marco de un materialismo creciente, ha perdido "el espíritu nacional y el patriotismo" y propone, al igual que Rojas, la reconquista de la vida espiritual del país. El segundo (documento 5)

rechaza los resultados de la civilización predicada por Sarmiento y Alberdi. La inmigración y la europeización han llevado a la pérdida de la tradición y las costumbres y a la desnacionalización. También aquí, como en el texto anterior, seguimos en las huellas de Rojas, a diferencia de lo que ocurrirá en los dos textos subsiguientes.

Una visión crítica del pasado argentino –solo esbozada en Rojas– se manifiesta en el documento 6, que podría fácilmente confundirse con la de algún historiador revisionista contemporáneo. Sin embargo, la revisión no ha sido en Gálvez aún completada. Sarmiento y Mitre, a quienes está dedicado el *Diario*, permanecen aun al margen del cuestionamiento; Roca aparece como continuador de la tradición federal. Años después, en un célebre artículo publicado en *Criterio* en 1928 y del que se transcribe un fragmento más adelante, el proceso de crítica a la tradición liberal sería completo.

El último texto (documento 7) sirve para definir al nacionalismo en la concepción de Gálvez. Reconoce la deuda con Rojas, pero la propia preferencia por el término tradicionalismo en reemplazo de nacionalismo insinúa las diferencias que de aquél lo separan y que se ahondarían en el futuro. A riesgo de extremar los términos podrían contraponerse un nacionalismo más afincado en una visión laica y liberal y en la noción de progreso (Rojas) a un nacionalismo más apoyado en una visión católica y tradicionalista, con una más inquieta preocupación social (Gálvez). Visiones diferenciadas cuyos contornos se precisarían en el futuro, que en el presente coincidían en la interpretación crítica del mismo y en el diagnóstico de sus causas.

Obra casi olvidada, el *Diario* señala sin embargo un hito precursor en el pensamiento nacionalista y es testimonio de la deuda que el mismo tiene para con Gálvez, y que Carulla –el denostador de Rojas– oportunamente recordara[38]

Documento 1: *Una visión crítica de la Argentina del Centenario.*

Bástenos recordar que una cantidad exorbitante de brazos italianos trabaja nuestros campos, y que una

cantidad extraordinaria de capitales británicos mueve nuestras empresas. En medio de este cosmopolitismo de hombres y capitales, que nos somete a una verdadera sujeción económica, el elemento nativo abdica en la indiferencia o el descastamiento de las ideas, las pocas prerrogativas que ha salvado. Todo ello, nos ha traído a una situación, que sería pavorosa si se manifestara con gestos dramáticos, pero que parece próspera, porque su manto de púrpuras extranjeras, esconde congojas en esta silenciosa tragedia del espíritu tradicional.

El momento aconseja con urgencia imprimir a nuestra educación un carácter nacionalista por medio de la Historia y las humanidades. El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoledor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla –cuanto define la época actual–, comprueban la necesidad de una reacción poderosa en favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles.

Este cuadro acaso parezca ensombrecido por una pasión pesimista; pero dentro y fuera de las aulas, desoladores signos comprueban su veracidad. En tiempos de Alberdi era el desierto lo que aislaba a los hombres, impidiendo la formación de la opinión pública y de la acción organizada. Hoy es el cosmopolitismo y una atmósfera de ideas y sentimientos corruptores, lo que en medios demográficamente densos como la capital, pone su masa disolvente, e impide, como antes el desierto, la existencia de una opinión y de una acción orgánicas. La política exclusivamente económica que venimos realizando, no ha sido suficientemente poderosa como para suprimir el desierto en medio siglo, pero si lo ha sido para dar a la capital, populosa y rica, una influencia excesiva sobre el resto del país, de tal manera, que catorce provincias viven a su ritmo. Esta impone los valores políticos, económicos, morales e intelectuales a

todo el resto de la república. De ahí que, cuanto aquí ocurra en contra o pro de los intereses argentinos, sea trascendental para la salud de toda la nación.

Puede decirse que la grandeza aparente de Buenos Aires se ha formado por la agregación fatal de esfuerzos individualistas o egoístas, y de intereses internacionales o ajenos a la nación. El ideal *nacionalista*, que es la conciliación de ambos extremos, falta entre nosotros. Bajo las apariencias de un progreso deslumbrante, seguimos, espiritualmente, como en tiempos de la colonia y de la famosa *Representación de los hacendados*. La sombra de la Patria, que se exaltara al fuego místico de la Revolución, ha vuelto a ser la imagen borrosa de la víspera. Continuamos ausentes de las funciones cívicas, a las cuales no asiste el vecindario ni en los grandes instantes, como en los días de "cabildo abierto". Vivimos a la espera del barco de ultramar, que antes venía cada tres meses con noticias de Cádiz, y que ahora llega cada día con noticias de Francia o de Inglaterra. Para completar el símil, los doctores siguen representando a los hacendados, y los intereses agropecuarios constituyen la preocupación más cara a los habitantes de la ciudad.

La riqueza y la inmigración la han sacado de su antigua homogeneidad aldeana, pero no para traernos a lo heterogéneo orgánico, que es la obra verdadera del progreso social, sino para volvernos al caos originario, cuando en tiempo de los últimos adelantados, aquí se aglomeraban castellanos y vascos, y andaluces y querandíes, y criollos, y negros, y mulatos, entre la ranchería de los fosos y las playas del río. Al igual de entonces, continuamos careciendo de partidos, de ideas propias, de arte y de instituciones.

En medio del ambiente que este parágrafo evoca, presurosamente y sin aliño, la escuela nacional se nos aparece también como un transplante de instituciones europeas, sin que el pensamiento nativo haya tentado ninguna empresa sistemática para libertarse de las nuevas tiranías que le deprimen. La guerra por la independencia política, obligábanos a empeñarnos más tarde por nuevas guerras en favor de la independencia intelectual y de la independencia económica, en tanto que hoy, al celebrar el centenario de la primera, aun nos sentimos colonia de las viejas metrópolis. Entregado el escaso elemento nativo a la invasión ávida de pueblos heterogéneos, deprimida la tradición americana por los mismos que no supieron embellecerla, corrompido el idioma por la barbarie dialectal de las inmigraciones, privado el país de una Iglesia inteligente que hubiera tomado como el clero inglés la dirección moral de su cultura, desprovistos los argentinos de esa aptitud metafísica que salvó del desastre a los alemanes, estimulado más bien el sensualismo criollo por la belleza de sus hembras y la generosidad de su suelo, la escuela nacional debió haber sido baluarte que salvara generaciones argentinas. Pero en vez de meditar sobre nuestras propias realidades, preferimos pedir a las más recientes revistas extranjeras, la solución absurda de nuestros problemas peculiares, y así hemos padecido esos programas enciclopédicos, esas humanidades sin material didáctico, esas lecciones por manuales franceses, y toda nuestra vida sin transcendencia histórica. Y el error ha llegado de tal modo a viciar el ambiente, que tal vez se juegue este esfuerzo del liberación nacional como osadia tremenda o delirante orgullo. Más los elementos técnicos que entrega este informe a los educadores, tosca forja, como toda elaboración primitiva, deberán, con el tiempo y el concurso de todos, perfeccionarse. Dada la vastedad del problema, según se verá en el resto de este libro, sólo la formación de programas, de maestros y de material didáctico genuinamente nacionales, quizá requieran el esfuerzo de una generación.

A los hombres nuevos de nuestro país nos ha tocado vivir en uno de los períodos más difíciles por que haya atravesado la sociedad argentina. Obsesionáronse unos con el fenómeno político, como si él solo compendiara toda la suerte de las naciones. Otros se enorgullecieron de la riqueza, como si ella fuese el destino de la civilización. Los menos se refugiaron en el culto silencio de la belleza, incluyendo de las ásperas realidades ambientes. Pero todos, absortos ante el desarrollo material, que al par colmaba nuestros orgullos o acallaba con sus rumores cualquier protesta, han sentido rodar en la sombra, desde hace varios lustros, las cosas que constituían el alma argentina, de tal suerte, que hoy se plantea para algunos espíritus un verdadero problema de restauración nacional. Si éste llega a interesarnos muchos, tendrán estas generaciones que dividirse entre los que quieren el progreso a costa de la civilización, entre los que aceptan que *la raza* sucumba entregada en pacífica

esclavitud al extranjero, y los que queremos el progreso con un contenido de civilización propia que no se elabora sino en substancia tradicional.

(Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, 2a. ed., Bs. As., La Facultad, 1922, pp. 116-121)

Documento 2: *El nacionalismo entre tradición y progreso.*

La crisis moral de la sociedad argentina, hemos visto, sólo podrá remediarse por medio de la educación. Crisis de disciplinas éticas y civiles, según el cuadro descripto en el primer capítulo, es sobre todo en las escuelas donde deberemos restaurarla. La desnacionalización y el envilecimiento de la conciencia pública han llegado a ser ya tan evidentes, que han provocado, una reacción radical en muchos espíritus esclarecidos de nuestro país. Acaso en la lucha que se inicia hemos de ver llegar a algunos hasta las exageraciones más absurdas. Explicables en toda controversia, espero más beneficio de ellas que de la funesta indiferencia que comenzamos a abandonar. Cuidemos, sin embargo, de que nuestro afán moralizante no se convierta en fanatismo dogmático y nuestro nacionalismo en regresión a la bota de potro, hostilidad a lo extranjero o simple patriotería litúrgica. No preconiza el autor de este libro una restauración de las costumbres gauchas que el *progreso* suprime por necesidades políticas y económicas, sino la restauración del espíritu indígena que la *civilización* debe salvar en todos los países por razones estéticas y religiosas. No puede proclamar tampoco, en regresión absurda, la hostilidad a lo extranjero, que tiene por la cultura de Europa una vehemente admiración. Esta manera de nacionalismo quiere, por el contrario, tanto como lo querían Alberdi o Sarmiento, campeones aquí del cosmopolitismo, que vengan sus capitales, sus hombres y sus ideas. Pero quiere que una hábil política económica radique en el país el mayor beneficio de esos capitales. Quiere que el hijo del inmigrante sea profundamente argentino, por el discernimiento cívico que le dé *nuestra educación*; que razone su patriotismo; que haga fecundo para la nación el instinto y orgullo criollos con que ya le diferenciara de sus padres la poderosa influencia territorial. Quiere que el espíritu argentino continúe recibiendo ideas europeas, pero que las asimile y convierta en substancia propia, como lo hace el britano glotón con la dulce carne de las ovejas pampeanas. Quiere que cuando se planteen conflictos entre un interés económico argentino y un interés extranjero, estemos por el interés argentino. Quiere que el hijo del italiano no sea un italiano, ni el hijo del inglés un inglés, ni el del francés un francés: a todos los desea profundamente argentinos. Quiere que el patriotismo y el sentimiento nacional dejen de consistir en el culto de los héroes militares y de la bandera, para consistir en todo esfuerzo generosa y concientemente realizado en favor del territorio, del idioma, de la tradición o de la hegemonía futura del país. Quiere que la educación nacionalista sea el hogar de esa concepción y que prepare a la juventud para las más nobles funciones de la ciudadanía. Quiere que la ciudadanía llegue a constituir por sí sola una aristocracia moral.

(Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, cit., pp. 198-201)

Documento 3: *La revisión necesaria: Exotismo e Indianismo.*

Tal ha sido el origen y la diferenciación de nuestra población urbana y nuestras muchedumbres rurales. Sus acuerdos, sus crisis, sus guerras, sus fluctuaciones, explican toda nuestra historia interna. Ambos constituyen el nucleo del antagonismo que Sarmiento designó después con el nombre de "Civilización y Barbarie". Pero este dilema no puede satisfacernos ya; aplícase a un período restringido de nuestra historia, y nosotros deseamos una síntesis que explique la totalidad de nuestra evolución; trasciende además, odio unitario, y nosotros buscamos una teoría desapasionada y de valor permanente; expresa, en fin, un juicio "europeo", puesto que transpira desdén por las cosas americanas, y nosotros queremos ver nuestro pasado como hombres de América. Bárbaros, para mí, son los "extranjeros" del latino: y no pueden serlo quienes obraban con el instinto de la patria —así

13

fuera un instinto ciego. Por eso yo diré en adelante: "*el Exotismo y el Indianismo*", porque esta síntesis que designa la pugna o el acuerdo entre lo importado y lo raizal, me explica la lucha del indio con el conquistador por la tierra, del criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución– y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual. Indianismo y Exotismo cifran la totalidad de nuestra historia, incluso la que no se ha realizado todavia".

(Ricardo Rojas, *Blasón de Plata*, Bs. As., M. García Editor, 1912, pp. 163-164).

Documento 4: *Espiritualismo y materialismo*.

La hora actual exige de nosotros, los argentinos, todos los esfuerzos de que seamos capaces para hacer que renazca la vida espiritual, que en nuestro pasado supimos vivir intensamente, acabó con el advenimiento de la época materialista y transitoria que vamos atravesando. Hemos abandonado aquellos ideales nacionalistas, que fueron el más noble ornamento del pueblo argentino, para preocuparnos tan solo de acrecentar nuestra riqueza y acelerar el progreso del país. Fuimos como esos adolescentes delicados y enclenques, pero de una precoz inteligencia, que abandonan de pronto sus tesoros espirituales para cuidar su salud, adquirir músculos y vigorizar su vida. Hasta hace pocos años el país era pobre, carecía de fuerza y de prestigio, tenía escasa población, la industria y el comercio prosperaban apenas, los extranjeros no pensaban en este rincón de Sud América y vivíamos en contínuas revoluciones y guerras. Pero entonces, en cambio, había un espíritu nacional, el patriotismo exaltaba á nuestros soldados y a nuestros escritores, ideales de patria se dilataban por todas las comarcas del territorio, eramos argentinos y no europeos y teníamos esos grandes espíritus románticos que sentían el alma de la raza y la expresaban en sus escritos y en sus hechos. Desde entonces no hemos vuelto a tener un Sarmiento, ni un López, ni un Mitre, ni un José Hernández. En aquellos tiempos nuestras fuerzas eran escasas pero el alma colectiva era noble y vivía en el

ensueño de grandes ideales. Ahora solo queremos ser poderosos, ricos y sanos. Hemos olvidado por completo la intensa vida espiritual de antaño; todo por el efímero propósito de hacer lo que aquellos adolescentes de que hablaba: engordar.

Reconquistemos la vida espiritual del país: por la educación de los ciudadanos, el estudio de nuestra alma colectiva y la sugestión de los viejos ideales. Y si tal conseguimos, los hombres de las actuales generaciones habremos realizado, sobre el prodigio de las fábricas y las cosechas, el milagro de nuestro renacimiento nacional.

(Manuel Gálvez. *El diario de Gabriel Quiroga*, Bs. As., A. Moen y Hno. Editores, 1910, pp. 51-53).

Documento 5: *Inmigración, Civilización y Nacionalidad*.

Sarmiento y Alberdi hablaron con encono de nuestra barbarie y predicaron la absoluta necesidad de europeizarnos. Tanto nos dijeron que en efecto nos convencimos de que éramos unos bárbaros y con una admirable tenacidad nos pusimos en la tarea de hacernos hombres civilizados. Para eso se empezó por traer de las campañas italianas esas multitudes de gentes rústicas que debían influir tan prodigiosamente en nuestra desnacionalización. Después se imitó las costumbres inglesas y francesas, vinieron judíos y anarquistas rusos y se convirtió a Buenos Aires en mercado de carne humana. En fin no apuntaré, por ser innecesario, todo lo que hemos realizado para conseguir nuestra europeización. El hecho es que ahora estamos completamente civilizados. Si Sarmiento y Alberdi resucitasen se asombrarían al ver que ya no quedan restos de barbarie: las plazas criollas han sido reemplazadas por parques ingleses; el bárbaro y pobre idioma español ha sido suavizado y enriquecido con multitud de palabras italianas, francesas, inglesas y alemanas; el té sustituye al mate lo cual demuestra que somos bastante adaptables a la civilización; hemos olvidado las groseras tradiciones nacionales y las ridículas costumbres de antaño; la deliciosa moral parisiense ha conquistado a nuestros jóvenes que ya detestan la estúpida moral antigua; la literatura se ha vuelto una sucursal del bulevar, y el público y los literatos no leen sino las

lubricidades a tres francos y medio que nos manda París; los pueblos nuevos y las estaciones ferrocarrileras llevan nombres extranjeros en lugar de los nombres feos, indios y bárbaros que llevaban antes, hemos cambiado el nombre de ciertas calles por los de ilustres héroes italianos; y por último, todo el mundo puede ahora leer, gastando apenas treinta centavos, a Voltaire, a Marx, a Kropotkine y a Bakounine. Como se vé, estamos completamente civilizados. . .

En la hora presente, gobernar es argentinizar.

(Manuel Gálvez. *El diario de Gabriel Quiroga*, cit., pp. 100-103).

Documento 6: *Unitarios y Federales: dos líneas históricas.*

La cuestión del unitarismo y del federalismo no ha terminado todavía. El espíritu unitario y el espíritu federal se hallan latentes en todo el territorio del país y los viejos partidos, que encarnaban aquellas tendencias, perduran, aún hoy día, prolongados en las actuales agrupaciones políticas. Este asunto, que no es una mera lucha de partidos, tiene una decisiva importancia pues se trata de dos tendencias fundamentales y antagónicas que han combatido, y combaten aun pero no ostensiblemente, por implantar su espíritu en las instituciones y en el gobierno del país.

El unitario típico es casi siempre doctor, pedante y literato. Cultiva la oratoria y exhibe en ella, junto a sus maneras de una solemnidad clásica, un vocabulario jacobino y campanudo. Cuida las formas sociales y habla con pulcritud e importancia. Se afana en el vestir y usa diariamente las prendas menos comunes. Sarmiento refiere que la administración de Rivadavia iba a las oficinas de corbata blanca. El unitario es librecambista y liberal; tiene la manía civilizadora y, desconocedor del ambiente y careciendo del sentido de la realidad, implantaría de golpe las mejores instituciones de pueblos más evolucionados. Vive retóricamente y no abandona jamás sus bellos gestos. Es ingenuo, orgulloso y vanidoso. Representa el espíritu europeo; esto le hace creerse por encima de todos y despreciar las cosas criollas y las costumbres gauchas. Detesta a España. Carece de verdadero patriotismo porque no siente el alma nacional. La patria es para él una entidad abstracta, sin relación visible con el suelo que habitamos. Y así cuando llega a concretarla, la concreta en Buenos Aires solamente. Sin embargo se cree patriota y en todas las ocasiones solemnes ostenta su patriotismo: un patriotismo verbal y oratorio, de fiesta cívica, de bandera y de mitología histórico-guerrera. El unitarismo existe aún en Buenos Aires y casi todos sus adeptos pertenecen a la sociedad más elevada, a familias de abolengo. Al unitario se le encuentra en los partidos de oposición, algunos de los cuales como el radical y el extinguido partido republicano, son mera continuación del partido unitario.

El federal representa el tipo opuesto. El federal genuino casi nunca es doctor: es estanciero, general, "comandante de campaña". No tiene ideas sobre la patria pero la siente intensamente, criollamente, sin alardes de patrioterismo. Forma con el país un solo todo pues es un producto genuino de la tierra: como el ombú, como el caballo criollo, como la vidalita. el federal típico casi nunca es orador ni retórico. Tiene toda la viveza del gaucho. Carece de ilustración y de preocupaciones formales. Es sencillo, democrático, "a la que te criaste"; sonríe socarronamente ante los teatrales amaneramientos del unitario. No habla con la pulcritud de éste ni se atribuye importancia. Es conservador y proteccionista. Generalmente provinciano, conoce bien el país y, por su perspicacia y su sentido de la realidad, resulta un excelente hombre de gobierno. En la actualidad se encuentra al federal típico gobernando alguna provincia, ocupando un sitio en el Congreso ó en algún ministerio nacional. Se ha dicho que Rosas fue en la práctica un verdadero unitario. Esta absurda afirmación es sin embargo, casi un lugar común; pero ello no debe extrañarse tratándose de un país donde hay muy pocos hombres capaces de penetrar en el espíritu de las cosas. Rosas fue un federal genuino, como lo fueron ciertos caudillos, como lo fue, a pesar de su unitarismo político, Sarmiento, como lo es ahora el general Roca. Roca es el tipo del actual federal y entre los rasgos que en este sentido más le caracterizan debe contarse el haber sido "comandante de campaña". El partido federal se ha prolongado en el partido nacional.

15

El unitarismo es un estado ficticio y antitradicionalista, un parásito que necesitamos extirpar. Los unitarios y sus actuales equivalentes significan, para el cuerpo social, muchos átomos de extranjerismo, de monomanía europeizante, de pedantería y de afectación de la cultura. Conspira contra nuestro carácter americano y contra el resurgimiento de la tradición nacional.

(Manuel Gálvez. *El diario de Gabriel Quiroga*, cit., pp. 219-223).

Documento 7: *¿Nacionalismo o Tradicionalismo?*

Pero frente a las ideas antitradicionalistas ha aparecido en los últimos años un sentimiento vago y complejo que aún no ha sido exactamente definido y al que se ha llamado nacionalismo. Esta denominación no me agrada del todo. Habituados como estamos a bautizar las cosas con etiquetas francesas, ella ofrece demasiado margen a la propagación de criterios equívocados sobre la esencia y el espíritu de nuestro nacionalismo. De no estar ya en circulación esta palabra, hubiera preferido su casi homóloga "tradicionalismo", que presenta sobre aquella la ventaja de sugerir ideas de pasado y de conservación.

El nacionalismo significa ante todo un amor serio y humano hacia la raza y hacia la patria. El nacionalismo no pretende anglicanizarnos, ni afrancesarnos, sino argentinizarnos. Nos recuerda que somos latinos, pero antes españoles, pero antes aún americanos y antes de todo argentinos para que, sacando de nuestra conciencia colectiva, de nuestra historia de nuestra estirpe y de nuestro ambiente, lo argentino, lo americano, lo español y lo latino que hay en nosotros podamos, fundido todo en fragua común, ofrecer al mundo una civilización original y propia. El nacionalismo persigue el afianzamiento del espíritu nacional, la conservación de las tradiciones, la emoción del pasado, el amor a nuestra historia, a nuestros paisajes, a nuestras costumbres, a nuestros escritores, a nuestro arte. El nacionalismo anhela la grandeza espiritual del país sin despreciar por ello los intereses materiales. El nacionalismo combate todas las causas de desnacionalización, todas las ideas, todas las instituciones y todos los hábitos que puedan, de algún modo, contribuir a la supresión de un átomo de nuestro carácter argentino. El nacionalismo es la más alta expresión del amor a la patria en los actuales momentos de nuestra civilización.

(Manuel Gálvez. *El diario de Gabriel Quiroga*, cit. pp. 230-232).

16

II

NACIONALISMO Y ORDEN

La época de los gobiernos radicales

La sanción de la Ley Sáenz Peña no produjo los resultados electorales esperados por sus inspiradores, y permitió el acceso del radicalismo al gobierno a partir de las elecciones nacionales de 1916. Por primera vez desde 1862 la élite tradicional era desplazada del poder político: nuevos grupos sociales aparecían representados en y por el gobierno, hombres nuevos ocupaban los cargos ministeriales, argentinos de primera generación –impiadosamente retratados por Ramón Columba– se instalaban en las bancas del Congreso[39]. La Casa Rosada parecía invadida por "gente en su mayoría mal trajeada, (que) entraba y salía hablando y gesticulando con fuerza", según el recuerdo maledicente del entonces político opositor y futuro nacionalista, Carlos Ibarguren[40].

Indudablemente, observadas las cosas con mayor detenimiento, los cambios eran menos drásticos que lo que podría suponerse. La oligarquía "falaz y descreída" –en el decir del Presidente electo– conservaba gran parte de sus posiciones en el aparato del Estado, mantenía una sólida mayoría en ambas cámaras del Congreso y aun en

el mismo elenco ministerial del nuevo gobierno estaba bien representada. Cinco ministros sobre ocho –igual cantidad que en los gobiernos de Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza– pertenecían a la Sociedad Rural[41].

Sin embargo, aunque la élite tradicional conservara gran parte de sus posiciones políticas, al igual que sus posiciones económicas, ya que el radicalismo no se proponía reemplazar el modelo agroexportador vigente desde las últimas décadas del siglo XIX, el proyecto de Yrigoyen significaba una renovación profunda en la vida política y social argentina: por primera vez un gobierno era representante de sectores mayoritarios y como tal permeable a la influencia de éstos. Una nueva actitud tanto en la política exterior –el neutralismo intransigente–, como en la política interior –la mediación en los conflictos sociales– eran lo más significativo de un gobierno más rico en proyectos que en realizaciones.

De todos modos, en la percepción del grupo dirigente tradicional *el problema principal era una cuestión de estilo*. La plebeyez incontrastable de los vencedores, a comenzar por el propio Presidente triunfante, y de sus seguidores impactará profundamente a las mentes de los jóvenes de las familias tradicionales acomodadas, muchos de los cuales deducirán de ello una profunda crítica no sólo al sistema instaurado con la Ley Sáenz Peña sino también al propio orden liberal establecido después de Caseros. Las multitudes que idolatraban al nuevo Presidente y que ya el 12 de octubre de 1916 habían manifestado su entusiasmo ante la asunción del nuevo gobierno, en una concentración como nunca antes había presenciado Buenos Aires, generaban en el joven Alfonso de Laferrere –luego maurrasiano "ortodoxo" y mentor de los jóvenes nacionalistas de *La Nueva República* y de la Liga Republicana la imagen de "una turba de beduinos a cuyo frente un santón neurótico predica el exterminio" ante el cual "bramaba de entusiasmo el mulataje delirante"[42].

Sin embargo, pese al desagrado que provocaba el nuevo gobierno, las fuerzas conservadoras globalmente consideradas no cuestionaban todavía el orden establecido por la Constitución y por la Ley Sáenz Peña, sin duda porque conservaban aún una buena cuota de poder que desde las Cámaras y desde la prensa les permitía hostigar

17

y obstruir al radicalismo, mientras esperaban poder volver a instrumentar el sistema político a su favor, tal vez en combinación con algunos sectores del partido gobernante, cuya escisión se fomentaba. Aún no sospechaban la temible capacidad del radicalismo para generar desde el Estado una máquina electoral prácticamente imbatible.

A la tenaz oposición conservadora se sumaba desde el otro extremo político la agitación obrera. Favorecida en parte por la permisividad del gobierno e impulsada por la oleada revolucionaria que siguió en Occidente a la Revolución Rusa y al fin de la Primera Guerra Mundial y en el marco de la depreciación del salario real, que de un índice 61 en 1915 había descendido hasta 42 en 1918, (1929 = 100) y de un alto porcentaje de desocupados sobre el total de la fuerza de trabajo que oscilaba entre un 12 y un 19 % provocados por la crítica situación del sector industrial en los años de guerra,[43] la misma alcanzará dos hitos significativos durante la Semana Trágica a comienzos de 1919 y en las huelgas de la Patagonia de 1921.

En el marco de la agudización del conflicto social —de 64 huelgas con un total de 14.137 participantes para 1914 se llegará hasta 367 huelgas con un conjunto de 308.967 para 1919— y de la exasperación de la polémica ideológica desatada por la Revolución de Octubre, surgieron en esta época las primeras voces y los primeros grupos nacionalistas, de dimensiones aun reducidas y comparables con la entidad del peligro que pretendían conjurar. Alarmados por el caos social que percibían inminente, y que muchos creían favorecido por el "obrerismo" del viejo caudillo, elitistas y hostiles al estilo populista de Yrigoyen, se enrolaron en la oposición, pero desde una perspectiva distinta a la de las fuerzas conservadoras. Aunque todavía sin contornos muy precisos, comenzaba a delinearse una osada crítica al prestigioso sistema demoliberal —y no sólo a los radicales— por los males que padecía el país y que, aunque con muchas diferencias entre unos y otros, proponía el restablecimiento del orden y las jerarquías, la abolición del sufragio universal, y en algunos casos hasta la reforma constitucional.

Uno de esos grupos, de larga actuación posterior, fue la Liga Patriótica Argentina, surgida en enero de 1919

como reacción contra la agitación obrera y ante lo que parecía un desfallecimiento momentáneo del gobierno. Los hechos son conocidos: una prolongada huelga en los talleres Vasena, motivada por las continuas caídas del salario real y nominal —las industrias metalúrgicas habían sufrido en primera línea la crisis de materia prima provocada por la guerra— y por las duras condiciones laborales, derivó en una serie de enfrentamientos sangrientos de los huelguistas con la policía y la guardia de seguridad de la empresa. Los incidentes del 7 de enero, sobre todo, que tuvieron por saldo cuatro obreros muertos, fueron la causa desencadenante de los sucesos. El día 9, al margen de las estructuras sindicales, se declaró una huelga general que se cumplió con señalado éxito en las zonas más cercanas a la fábrica metalúrgica y con menor intensidad en otras áreas industriales como Avellaneda o la Boca; un intento de mediación del recién designado Jefe de Policía y hombre de confianza del Presidente, Elpidio González, fracasó, y nuevos incidentes se generaron durante la procesión de entierro de los muertos del 7. Numerosos muertos entre los obreros movilizados, atentados y depredaciones caracterizaron a la tumultuosa jornada. Una cierta pasividad de la policía ante la falta de órdenes por parte del Ejecutivo, dubitativo sobre la conveniencia o no de reprimir a los huelguistas, generó la imagen de un vacío de poder pronto colmado por el Comandante de la II División con asiento en Campo de Mayo, el General Dellepiane, que ocupó con sus tropas la Capital, y por grupos de civiles armados que comenzaron a reunirse para contraatacar.

La idea de un complot soviético ganó pronto numerosos adeptos y todavía muchos años más tarde, la repite Carlos Ibarguren en *La historia que he vivido*: "La Semana Trágica fue indudablemente fomentada por agitadores rusos, agentes revolucionarios del soviet".[44]

Aunque no se hayan encontrado pruebas para esa afirmación, así como tampoco para aquella que atribuía un rol preponderante en los sucesos de enero a los anarquistas, y la moderna investigación histórica tienda a ver los sucesos como un producto espontáneo, sin metas políticas o sociales muy definidas[45], lo importante desde el ángulo de este trabajo no es "cómo las cosas efectivamente sucedieron" sino la percepción que de ellas tuvieron los grupos medios y altos de Buenos Aires.

Es indudable, en este sentido, que los sucesos fueron amplificados por la prensa y por el rumor callejero como es inevitable en estos casos, y generaron un estado de ansiedad y temores crecientes probablemente desproporcionados en relación a lo que parece ser la verdadera magnitud de los mismos.

Una consecuencia directa de los acontecimientos fue la organización de los grupos de civiles armados que, nucleados desde el Centro Naval, habían intervenido en el conflicto desde el 10 de enero atacando a los obreros rebelados, a la comunidad judía (cuyos miembros eran identificados con los "rusos" maximalistas) y a la catalana (asociada con los anarquistas). Estos grupos cristalizarán en una organización poderosa y de vasta actuación, la "Liga Patriótica Argentina", el 19 de enero de 1919. Aunque reunía en su seno elementos contradictorios, la "Liga" puede ser considerada el primer grupo nacionalista argentino, pariente y antecesora de los escuadrones, legiones o guardias que abundarán en la Argentina de la década del treinta en imitación más o menos explícita de los "fasci di combattimento" mussolinianos.

El ideario político de la Liga, expresado en la declaración de principios de la misma, contiene muchos elementos del tipo nacionalista-fascista descripto en la introducción. Bajo el lema "patria y orden", la LPA se constituía en "guardián de la 'argentinidad' ", para "estimular el amor a la patria", "cooperar con las autoridades en el mantenimiento del orden público", "inspirar al pueblo amor por el ejército y la marina"[46], en un contexto de marcado chauvinismo y antisemitismo. Igualmente, su "filosofía de la acción" y su estructura paramilitar será notablemente semejante a la de organizaciones posteriores.

Si la metodología de acción política y numerosos elementos doctrinarios permiten considerar a la Liga Patriótica dentro de cierto tipo de grupos nacionalistas, otros aspectos no menos importantes la diferencian de aquéllos. En primer lugar, el respeto al marco constitucional –explicitado en la declaración de principios–, que sumado a la escasa autonomía de sus objetivos políticos y al rol subordinado a las instituciones y a los poderes que la Liga se asignaba darán a esta más un papel de reserva estratégica que de punta de lanza o vanguardia transformadora, tan típico en otros grupos del género.

Por otra parte, el marco ideológico era excesivamente contradictorio y confuso ya que confluían en él sectores de la más diversa procedencia: católicos moderados, liberales, nacionalistas antidemocráticos, conservadores y hasta radicales, reunidos por algunos odios comunes más que por afinidad entre ellos. Monseñor De Andrea se codeaba en ella con representantes de grandes empresas extranjeras como S. Hale Pearson o S. O'Farrell, con militares de alta graduación como el ex-presidente del Círculo Militar el General Eduardo Munilla o con políticos de zigzagueante carrera como Manuel Carlés. Miembros del Jockey Club, del Círculo de Armas, de la Asociación de Damas Patricias, del Círculo Militar y del Centro Naval, de la patronal Asociación del Trabajo y del Comité Nacional de la Juventud –entidad aliadófila con conexiones con el radicalismo metropolitano– componían sus cuadros, entre los cuales resaltaba significativamente la alta cantidad de oficiales del Ejército y la Armada de alta graduación que en un porcentaje superior al 10% del total componían sus cuadros directivos.

La ambigüedad de la Liga se expresa con claridad en la trayectoria de su presidente Manuel Carlés (1872-1946). Este abogado rosarino, descendiente de una familia acomodada, que residía en el Plaza Hotel y que era profesor de la Escuela Superior de Guerra y del Colegio Militar así como de la Facultad de Derecho y del Colegio Nacional de Buenos Aires, reflejará en su carrera política ciertas dualidades de la situación que una oposición muy neta entre radicalismo y conservadorismo impedirían percibir. Radical en su juventud, participó en la revolución del 93; posteriormente sería miembro del parlamento conservador como diputado entre 1898 y 1912 para ser recuperado por Yrigoyen quien lo designará interventor en Salta en 1918 –antes de la Liga Patriótica Argentina– y por Alvear que lo designará interventor en San Juan (1922) durante su actuación como Presidente de la LPA. Alejado nuevamente de sus simpatías yrigoyenistas, apoyará el golpe de Uriburu para luego distanciarse de él ante los "excesos" de su gobierno[47]. Su ideario político, que es el de la Liga Patriótica que presidiría con mano férrea durante 28 años, aparece claramente expresado en el documento 8, cuyo título resume admirablemente el contenido: "Salvemos el orden y la tradición nacional". Se trata de un

discurso pronunciado en la Sociedad de Beneficencia el 26 de mayo de 1919. Dios, patria, hogar es la tríada que evitará "el mal en las generaciones argentinas" amenazadas por el extranjerismo de los inmigrantes y también por el exotismo de los argentinos que quieren ser franceses o ingleses; sólo ella podrá recuperar la tradición y el espíritu de la moral argentina, nunca tan amenazadas como en los actuales tiempos.

Leopoldo Lugones y la hora de la espada

Más allá de las evidentes afinidades de la Liga Patriótica con muchos grupos nacionalistas de tiempos posteriores, no cabe duda de que la figura clave del nacionalismo en los primeros tiempos de la década del veinte fue la de Leopoldo Lugones. El conocido escritor cordobés, que había nacido en 1874, unió a su vocación literaria una constante preocupación política que conservaría hasta el fín de sus días. Socialista en su primera juventud, abandonó el partido en 1896 con un grupo de jóvenes radicalizados para dirigir el periódico *La montaña* desde donde atacaba con violencia al sistema y sus instituciones, incluídas las militares. De esta primera época data también su vinculación al modernismo del que fue uno de los impulsores junto a Rubén Darío, al cual lo unió una amistad permanente.

En los primeros años de este siglo abandonó el izquierdismo juvenil para acercarse a posiciones liberales, apoyando al roquismo y a la candidatura de Quintana. Comienza en esta época la contribución de Lugones al nacionalismo pero dicha contribución no es aun de carácter político sino literario. En 1916, con la publicación del *El Payador*, culminaba su obra de revaloración del *Martín Fierro*, iniciada en un ciclo de conferencias en el teatro Odeón en 1913, a las que asistió el mismo presidente Saenz Peña. El poema de Hernández gozaba entonces de gran popularidad, pero los medios académicos lo consideraban con total indiferencia: "Los pulcros universitarios que, por la misma época, motejáronme de inculto, a fuer de literatos y puristas, no supieron apreciar la diferencia entre el gaucho viril, sin amo en su pampa, y la triste chusma de la ciudad, cuya libertad consiste en elegir sus propios amos; de igual modo que tampoco entendieron la poesía épica de *Martín Fierro*, superior, como se verá, al purismo y a la literatura"[48]. Para Lugones *Martín Fierro* era el poema épico nacional, y los payadores los herederos de los aedas y rapsodas, mientras que el gaucho era el prototipo del argentino, en sus cualidades y defectos, el cimiento heroico de nuestra nacionalidad, aquél que había hecho posible la conquista de nuestra libertad. En el gaucho veía la encarnación del héroe que expresaba los valores de lo nacional. En la misma obra caracterizaba a Buenos Aires como "una nueva Salónica", en la que se había censurado su "enérgica evocación de la patria"[49] y expresaba su menosprecio por los extranjeros y por el sistema democrático, que profundizaría en obras posteriores: "La plebe ultramarina, que a semejanza de los mendigos ingratos, nos armaba escándalo en el zaguán, desató contra mí al instante sus cómplices mulatos y sus sectarios mestizos. Solemnes, tremebundos, inmunes con la representación parlamentaria, así se vinieron. La ralea mayoritaria paladeó un instante el quimérico pregusto de manchar un escritor a quien nunca habían tentado las lujurias del sufragio universal."[50]

Tras el fin de la Primera Guerra Mundial viró hacia posturas nacionalistas y antiliberales, alarmado sin duda por las convulsiones que habían sucedido a la paz en Europa y en América. Abandonó el idealismo racionalista que había sustentado durante la guerra para confiar cada vez más en el uso de la fuerza: "Entramos a comprender que para la nación resultaba más importante la potencia que el derecho y la soberanía que la libertad. Pues la vida no era un régimen jurídico ni moral, sino un estado de fuerza.[51] . A lo largo de la década del veinte comenzó a difundir sus nuevas ideas a través de conferencias y escritos periodísticos (fue en esos años colaborador permanente en *La Nación*). Allí expresó muchas de las que fueron constantes del pensamiento de una gran parte de los grupos nacionalistas argentinos: la condena al liberalismo y al régimen democrático, una valoración del patriotismo como virtud suprema, y la misión de las fuerzas armadas, destinadas a restablecer el orden de la república, amenazado, según Lugones, por la ineficacia de su sistema político y por la creciente agitación maximalista que, conducida por extranjeros, ponía en peligro la supervivencia de la patria.

En la base de la nueva prédica lugoniana se encontraba una concepción de la vida caracterizada, según palabras de Julio Irazusta, por un "nietzchismo desenfrenado"[52] que lo llevaba a manifestar una apocalíptica hostilidad al cristianismo. Consideraba a los primeros cristianos como una "plebe brutal enemiga de los intelectuales" y como "antecesores de los comunistas rusos". Era en cambio ferviente admirador de la cultura greco-latina, a la que consideraba "el fundamento de la civilización a la cual pertenecemos"[53], mientras que "la civilización cristiana es un fracaso en todo lo que no representa una prolongación del paganismo".[54] Su anticristianismo, que se atemperará en la década del treinta hasta culminar con la conversión de Lugones al catolicismo, hará difíciles las relaciones de éste con los nacionalistas católicos, de lo cual es un ejemplo su elíptica polémica con Tomás Casares sobre política y moral[55].

Un momento significativo en los comienzos de la nueva campaña nacionalista iniciada por el poeta lo constituye la serie de conferencias que pronunció en el teatro Coliseo, organizadas por la Liga Patriótica Argentina y el Círculo Tradición Argentina, en 1923. El primer texto seleccionado (documento 9) reproduce parte de una de ellas, *Acción* (. . .) de julio de dicho año que sintetiza bien el nuevo ideario político de Lugones. Allí denunciaba lo que consideraba el doble peligro que se cernía sobre la Patria: la paz armada, en la que la Argentina se veía doblemente amenazada a causa del pacifismo de la izquierda, y la invasión de "una masa extranjera disconforme y hostil que servía en gran parte de elemento al electoralismo desenfrenado". Frente a esta doble amenaza, se imponía "exaltar el amor a la patria hasta el misticismo". El fragmento transcripto corresponde a la parte del discurso en que Lugones se refiere a los extranjeros, desde una perspectiva común a gran parte de los nacionalistas de entonces.

El segundo texto (documento 10) fue sin duda el que más polémicas despertó. Conocido como el "Discurso de Ayacucho" o "La hora de la espada", fue pronunciado por Lugones en Lima en diciembre de 1924, en ocasión de los festejos del centenario de la batalla de Ayacucho. Lugones formaba parte de la comitiva argentina que acompañaba al ministro de Guerra, Agustín P. Justo, y pronunció su discurso clausurando la conmemoración. Allí –y frente a representantes de todas las naciones americanas– llamó al ejército, "responsable de lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia", a restaurar el orden y la jerarquía amenazados por la democracia, la demagogia y el socialismo. El discurso, que suscitaría una oleada de comentarios desfavorables, le serviría sin embargo al poeta argentino para comenzar a anudar firmes lazos que se harán evidentes hacia 1930. En ese año, el "Discurso de Ayacucho" fue reproducido junto con una serie de artículos publicados en *La Nación* entre 1927 y 1930 en la obra titulada *La Patria Fuerte*, significativamente editada por el Círculo Militar en vísperas de la Revolución de setiembre y distribuida entre sus socios poco antes de la comida de camaradería de las Fuerzas Armadas celebrada en julio de 1930.[56]

Poco después del discurso continuó su campaña antiliberal desde las páginas de *La Nación* en una serie de ocho artículos que serían editados al año siguiente con el título de *La organización de la paz*. En el prólogo explicaba cómo y porqué había abandonado la ideología democrática y pacifista, a la que acusaba de falaz y peligrosa, afirmando que "cada nación, como cada individuo, tiene que vivir su vida de acuerdo con sus posibilidades y sus conveniencias" y que "todo conflicto entre la vida y la moral es una perversión mística"[57].

Las posiciones políticas de Lugones lo llevaron naturalmente a vincularse con los distintos grupos nacionalistas que preparaban la conspiración que estallaría en setiembre de 1930. Colaboró así con los jóvenes de "La Nueva República" –aunque en muchos aspectos sus ideas no fueron coincidentes– y estrechó lazos con los militares golpistas encabezados por el general Uriburu. Según testimonios coincidentes de su hijo y del teniente coronel Sarobe, Lugones había sido el redactor del manifiesto revolucionario que el general Uriburu se proponía dirigir a la nación el 6 de setiembre y que fuera modificado, antes de ser hecho público, por el citado teniente coronel.

Poco antes de la revolución, el escritor cordobés, como parte de su prédica agitativa, publicó en agosto de 1930 *La Grande Argentina*. Obra escrita con propositos didácticos, fue "su mayor esfuerzo para sistematizar sus opiniones acerca del interés nacional",[58] y contiene,

junto a las constantes del pensamiento lugoniano de la época, un programa de gobierno destinado a quienes se hicieran cargo del poder tras el derrocamiento del presidente Yrigoyen. A lo largo de varios capítulos se modela un proyecto de país que aparece como alternativo al de la Generación del 80, en el que se cuestiona la validez del modelo agroexportador, el ingreso irrestricto de extranjeros, la política internacional y el sistema político. Lugones propone la reforma de la Constitución, a la que califica de "máquina anglosajona que el pueblo nunca ha entendido",[59] la abolición del sufragio universal y del sistema parlamentario, la supresión de los partidos políticos y la instauración de un régimen corporativo, en el que los militares tendrían un rol preponderante. De esta obra se han seleccionado dos fragmentos (documentos 11 y 12).

El primero de los textos revela algunos aspectos del ideario económico expuesto en ella. Señala los riesgos a que está sometida la Argentina especializada como país agroexportador, y propone una política de desarrollo industrial basada en el proteccionismo aduanero. En otros capítulos se amplían estos conceptos: "la guerra moderna ha erigido la siderurgia en uno de los fundamentos de la defensa nacional";[60] "un país se basta, cuando sabe explotar sus riquezas naturales con eficacia suficiente para no depender del exterior en ningún ramo indispensable".[61] Aunque Lugones no propone una política restrictiva hacia el capital extranjero, es interesante comparar este bastante elaborado programa económico nacionalista con las escasas reflexiones que al respecto se formulaban para esa época los escritores de "La Nueva República". Por su parte el documento 12 señala la imposibilidad de llevar a cabo el plan de reforma —"plan metódico del progreso nacional"— en el marco del sistema liberal democrático. El gobierno mayoritario es siempre "caro, torpe y con frecuencia corrompido". Se impone un gobierno de orden.

Al igual que la gran mayoría de los nacionalistas, Lugones se sentiría pronto desilusionado con el gobierno de Uriburu ante la imposibilidad de éste de llevar a cabo sus proyectos de ribetes corporativos y, en una muestra de desesperanza, terminará apoyando la candidatura de Justo en las elecciones de 1931. Pero de esto se hablará en otro capítulo. Se impone, para cerrar éste, intentar un balance de esta compleja figura que permita integrarla en el cuadro más amplio del nacionalismo de su época.

Con la mayoría de los nacionalistas de su tiempo compartió numerosos rasgos comunes: en primer lugar, un origen provinciano; luego, una juventud contestataria y con abundantes influencias antipositivistas; por último, una etapa adulta caracterizada por una ideología antiliberal, antidemocrática y antiextranjera y por una opción política frustrada: la revolución de Uriburu. Sin embargo, sobresalen algunas notas profundamente discordantes: su exacerbado anticristianismo que al igual que su violento y casi único antihispanismo lo alejaba de la gran mayoría de los grupos nacionalistas, en especial de los de origen católico. Igualmente, la poca influencia recibida por Lugones de los tradicionalistas europeos, tanto laicos como Maurras o católicas como de Maistre, lo separaba de otros grupos como el de "La Nueva República", cuyo nacionalismo le parecía "precipitada imitación de mala cosa europea". En represalia, estos últimos recordaban otras diferencias al señalar la admiración del gran poeta por Mussolini y el sistema corporativo, así como por la filosofía de la acción de estirpe d'annunziana. Pese a las a veces profundas diferencias, fue respetado y admirado por sus compañeros de ruta que toleraban sus opiniones, aún, las más discordantes, tal vez fascinados por su personalidad, su mayor edad o su prestigio.

A diferencia de los otros nacionalistas, este criollo viejo, voluble, autoritario, a menudo irreflexivo y que tiene el dudoso honor de ser el primero que convocó públicamente a los militares a la escena política, trascendió su propio círculo, alcanzando una notoriedad excepcional para su tiempo. Notoriedad que explica quizás por qué fue el único nacionalista antiliberal que pudo repetidamente exponer sus ideas desde las exclusivas páginas de *La Nación*.

Documento 8: *La Patria y sus peligros*

Señora Presidente:
Ilustrísimos señores:
Señoras y señoritas:

Al encontrarme en medio de la ilustre Sociedad de Beneficencia, jamás, como en este instante, sentí más

intensamente la memoria de mi santa madre. La Sociedad de Beneficencia es la personificación de la virtud en tierra argentina, como mi madre que la presidió fue la encarnación de la virtud militante en la dama de los hogares argentinos. Si vuestra Sociedad es la historia inmaculada del honor nacional, las madres que la forman son la expresión de la hidalguía, cuyo ejemplo viene de Jesús y que perdurará inmortal como la Patria, eterno como Dios.

En ningún momento de nuestra historia fuè más necesario invocar a Dios y recordar la Patria como en los actuales tiempos, en que el pesimismo ha declarado la guerra a la tradición y que gentes extrañas pretendieron conmover el espíritu de la moral argentina.

La civilización nacional encaminó sus destinos bajo la égida de Dios, "fuente de toda razón y justicia"; y mientras la sangre pura de nuestros mayores circule por las venas de sus descendientes legítimos, hemos de enaltecer el honor como fundamento de los caballeros, el trabajo como base de la República y la familia como la consagración del amor sacramental. La furia que el hambre desata y la insensatez que la injusticia exalta en países agotados de Euro-Asia, invadieron, nuestro edén, patria de la luz, de la gracia y del fruto abundante, intentando vengar aquí extraños agravios y predicando reformas que perturbaron las imaginaciones de los descuidos en hogares sin patria y en escuelas sin Dios.

La energía de los buenos contuvo el desorden durante la primera semana de Mayo; pero las causas subsisten ocultas, si queréis, aunque, a todas luces, latentes. Es peligrosa la medicina sintomática que se satisface con disimular el dolor, prolongando el mal sin curarlo; es necesario en estas circunstancias sociales aplicar la medicina causal que averigua el origen de la enfermedad, lo evidencia y lo extirpa como condición de la salud. No bastan policías prudentes y enérgicas para prevenir y castigar el mal, por el ejercicio del bien; la ignorancia por la difusión de la ciencia; el delincuente, por la educación de la honestidad; los efectos de la infamia patentizando las ventajas del honor, todo lo cual se consigue impregnando el corazón del hombre con el sentimiento de patria que es la virtud de la gloria y vivificando las conciencias con la fe en Dios, esperanza y encanto de las almas fuertes para perseverar en el deber.

23

Un alma sin fe fácilmente es víctima de la angustia, como un corazón sin patriotismo es presa de cualquier rebelión. *La angustia es el mal del siglo* en las ciudades populosas; comienzan en la imaginación envidiando lujos que vé imposibles para sí, continúa en el sentimiento abrazándose con el rencor para odiar al dichoso y concluye por convertirse en sistema que la utopía concierta en conciliábulos emocionantes para lanzarla después a la calle, entre el alarido del poseído y el estallido del arma homicida. Se explica que el esclavo se rebele contra el amo, que la tiranía arme el brazo del ciudadano, que el hambre lastime el despecho del trabajador agotado en el trabajo sin recompensa; se explica que el héroe compasivo liberte al oprimido y defienda la justicia del salario remunerador, lo que en definitiva concluye por modificar el espíritu del campeón para entristecerlo y angustiarlo. Se comprende, pues, que Europa haya hecho de esa lucha la odisea vibrante de la debilidad del obrero y de su fatalismo económico contra el poderoso y su insolente fortuna; pero, aquí, donde, todo brinda abundancia, generosidad y alegría en la extensión ilimitada de la pampa inculta, al alcance de la voluntad inteligente para que el fruto enriquezca al trabajador, aquí, la protesta aparece exótica, artificial o mórbida. Debemos, por consiguiente, prevenirla y curarla.

La obra de la previsión es oficial, corresponde a la policía internacional y a la salubridad moral de los municipios, impidiendo la entrada del malhechor expulsado de Europa, *extrañando el mal habitante* que consiguió colarse entre nosotros y alejando al ciudadano que olvidó sus deberes para atentar contra la existencia de la sociedad. La gran tarea consistirá, sin embargo, en prevenir el mal en la niñez propensa al contagio en hogares inmorales, sin escuela o con escuela sin virtud, almácigo de todos los venenos que amortiguan primero en la dignidad del niño para lanzarlo a la vida después en condiciones de contaminarse en la primera ocasión.

Sólo el hogar con patria y de escuela con Dios pueden prevenir el mal en las generaciones de argentinos. El otro, el hogar extranjero que comienza por amortiguar el cariño del hijo y de la madre, el respeto del padre y del esposo y la amistad del vecino, concluye por renegar de la patria, por odiar la sociedad, burlarse de la tradición y envilecerse a sí mismo. La otra, la escuela sin Dios,

comienza por suponerlo todo, discutirlo todo y creer que todo lo sabe para concluir por despreciarlo todo; la familia, la patria, el honor, el trabajo y la mujer, para gritar en seguida con énfasis de energúmeno las mayores insolencias y reemplazar con su pedantería los respetos más sagrados. No debemos ir muy lejos, ni mirar el pasado remoto, para comprobar el espectáculo de sociedad tan amenazada por la inmoralidad de la anarquía. Hace un año que el pueblo de la República vive una existencia de sorpresas inauditas, durante el cual la prensa del suburbio, del insulto y de la rebelión se difundía con miles de ejemplares en los barrios de familias buenas, se la veía en las manos de los escolares y hasta se la honraba con transcripciones en los diarios del orden. Los locales anarquistas funcionaban a vista y paciencia de todo el mundo, para que fuese moda llevar en el ojal la flor roja del credo disolvente. Fue necesario pasara de la amenaza y revelase el ademán del golpe para que saliéramos todos a la calle dispuestos a repeler la osadía y castigar ejemplarmente a los osados.

Cambiemos de sombras, pasemos a la sombra triste de los angustiados, a las sombras de figuras pálidas que vislumbraron a los personajes del drama en los palacios de las grandes avenidas. También una educación deficiente deforma el alma de la niñez en las moradas suntuosas donde se confía en institutrices extranjeras la dirección mental de los pequeños argentinos. La institutriz enseña lo que sabe; el idioma, el credo, la tradición y el espíritu social de su raza, de su patria y de su Dios; no enseña lo que no sabe: el idioma, la tradición y el espíritu social argentino. Tales discípulos saben decir sus gracias como el más parisién de los franceses y el más londinense de los ingleses, se apasionan por las glorias y las penurias de Inglaterra y Francia y hacen gala de ignorar las cosas argentinas; y si las saben, las sienten mal, porque reflejan lo que oyeron a la institutriz referir con la indiferencia o el mal humor de las personas que habitan por necesidad países que consideran de índole inferior. Cuando esa niñez deformada alcanza la juventud, la mueve una preocupación: ser como la educaron, francés o inglés, donde le enseñaron que la vida merece pasarse, en Europa; y allá van y allí permanecen y de allá regresan, pero regresan convertidos en el francés artificial, en el inglés de comedia, con los vicios y sin las virtudes de los hombres de esas razas selectas.

¿Qué se puede esperar de tales sujetos sin alma, sin personalidad, sin patria ni Dios? Estos argentinos exóticos son peores, si cabe, que aquellos argentinos desalmados, porque son disolventes de la nacionalidad por degradación, por hastío; son perturbadores de nuestra civilización cuya moral deforman con los vicios extranjeros que desde la niñez han contraído; por último son perniciosos por el mal ejemplo que dan con sus apellidos ilustres y el lujo de sus viviendas a la gente sencilla impresionable, que sigue la moda de los brillantes del gran mundo.

Apresurémonos a cambiar de panorama; traslademonos del imperio de las sombras al reino de la luz, donde el contento del civismo hace buena a la gente y donde los corazones laten los mismos sentimientos. Por educación y temperamento soy optimista, pertenezco a los millones de argentinos que nos enternece la gloria de la patria y que ofrendamos en sus altares todos los dones con que la naturaleza nos dotó. Contemplo el pasado de mi tierra y lo veo civilizarse incesantemente, de año en año; primero fue la familia castellana honesta, numerosa, sana y valiente; después apareció la libertad amplia, práctica y generosa; luego perduró la constitución liberal, humanitaria, y amparadora de la libertad del bien y para los buenos; y, por último, recordemos como fue aquel día de 1910, cuando con emoción profunda el pueblo de la república presenció el saludo universal a la bandera invicta de los argentinos, que ampara al trabajo menos doloroso del mundo en las tierras más fecundas del orbe.

(. . .)Y, así pasarán los tiempos y cada uno irá agregando una nueva suerte a esta tierra privilegiada, para que algún día cien millones de argentinos, al compás de su "Oíd mortales el grito sagrado de la libertad", puedan con noble unción elevar su plegaria de "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de bueva voluntad".

He dicho.

(Manuel Carlés. *¡Salvemos el Orden y la Tradición Nacional!* , en Revista, *Estudios*, año IX, tomo XVII, Bs. As., julio-diciembre 1919).

(. . .) Nosotros hemos querido cumplir el mandato de nuestros padres, haciendo de esta Patria lo que debe ser: una gran concordia. A la discordia nos la han traído de afuera. Y necio el que por mal entendida hospitalidad, siguiera mulléndole la cueva a la víbora clandestina que se metió en su huerto.

A la discordia nos la han traído de afuera.

Hemos asistido últimamente a dos huelgas que ya no pedían lo que suele hacer dignos de atención y hasta simpáticos esos movimientos: la mejora económica o gremial: pues la protesta del trabajador que padece es digna de respeto en sus propios extravíos; sino que declaraban sin ambages una insolente solidaridad con el crimen. Huelgas de rebelión contra el país, declaradas por una inmensa mayoría extranjera. Así se vio, por ejemplo, en el choque final: tres argentinos tan solo sobre dieciocho heridos. Así en la prensa sectaria y cómplice, cuyos redactores y propietarios son extranjeros sin excepción.

Es que se trata de una consigna tendiente a realizar el programa del maximalismo ruso y sus adherentes más o menos encubiertos, la declaración de huelgas con o sin motivo, a título de "gimnasia revolucionaria", para engendrar la guerra civil que será el instrumento de la revolución social. Programa enunciado con alarde por los corifeos de Rusia y de todo el mundo.

Pero olvidan esos sectarios que si la guerra social resultaría civil en Rusia, en España o en Italia, donde existe homogeneidad de población, la consecuencia es inaplicable a un país como la Argentina. La guerra que nos traen los extranjeros rebeldes, conforme al programa de un gobierno extraño, es un ataque exterior, mucho más peligroso que la guerra militar porque maniobra a traición desde adentro. *No hay guerra civil con extranjeros*. Por el contrario: *toda guerra con extranjeros es una guerra nacional*.

El estado de conciencia de otros extranjeros, conservadores más bien, o liberales templados, no es menos inquietante. Así nos lo reveló el otro día un episodio pequeño, y por lo mismo, más significativo aún. *La Nación* había publicado un suelto de advertencia a los extranjeros descontentos del país, que acababan de manifestar, en incidentes aislados, pero repetidos con demasiada frecuencia, desagradable animosidad. Basta recordar la tradición más que cincuentenaria ya, la templanza, el liberalismo del gran diario, para inferir lo que diría ese suelto, *cuyo autor conozco*. No decía sino esto, en dos palabras: las puertas abiertas para entrar quien lo desee, lo están, por cierto, para salir de igual modo. Nadie que venga al país por simpatía o conveniencia, tiene obligación de permanecer cuando dejen de animarlo esos móviles.

No se necesitó más para revelar en gran parte de la prensa extranjera un singular estado de prevención y de amargura.

Durante diez días continuos, estúvose formulando toda suerte de mortificantes comparaciones. Todo lo debíamos al extranjero: riqueza, cultura, progreso, con una evidencia que definiría la más completa superioridad. Y hasta apareció la intolerable diferencia: *nuestros hijos, y los otros. . .*

Hubo periodista de ésos que llegó a suponer, en su extravío, la posibilidad de choques entre una columna de juventud nacionalista y otra de extranjeros indignados, lanzada a manifestar por las calles, como si se tratara para ellos de una colonia levantina: ¡extranjeros en manifestación pública contra la juventud del país! Otro nos hizo saber que los extranjeros venían porque se les daba la gana, a favor de garantías constitucionales que nadie osaría tocar, como si ellas nos crearan ante los favorecidos una verdadera subordinación. . .

Este asombroso olvido de la conveniencia recíproca que engendra la vinculación leal del residente con el país, impone, a mi entender, definiciones categóricas.

Y es la primera, que la condición de ciudadano comporta dominio y privilegio para administrar el país, porque éste pertenece *exclusivamente* a sus ciudadanos, *en absoluta plenitud de soberanía*. Nosotros ejercemos el gobierno y el mando. *Somos los dueños de la constitución.* Del propio modo que la dimos, podemos modificarla o suprimirla por acto exclusivo de nuestra voluntad. No hemos creado con ella ningún dogma, ni nos hemos comprometido temporalmente ante los extraños. La declaración de los derechos del hombre que en ella formulamos con amplitud jamás alcanzada por otra, es

25

acto propio, no subordinado directa ni indirectamente, antes ni después, a ninguna voluntad ajena. Nosotros somos quienes aceptamos al extranjero, no el extranjero quien nos acepta a nosotros. Entre el extranjero y el país hay reciprocidad de conveniencia, no de potencia. Nuestra soberanía no puede compararse a su potestad negativa de no venir o de no permanecer. Su residencia es siempre condicional respecto a nuestra soberanía, mientras que ésta no lo es respecto a ninguna voluntad extranjera. Somos los dueños del país. Y de tal modo, que si sólo quedáramos mil argentinos entre diez millones de extranjeros residentes seríamoslo sin duda: porque cuando esto dejara de suceder, el hecho revelaría que el pueblo argentino había también dejado de existir bajo una dominación extranjera.

La segunda definición es que para nosotros no existen acá hijos de extranjeros y otros que no lo sean. No hay más que argentino, hijos de una misma patria, con un solo derecho y con un solo deber.

Y la tercera es que si, llegado el caso, la defensa de la Patria en bien de todos, ciudadanos y extranjeros, *solo a nosotros concierne*, su respeto obliga a todos sin la más mínima discrepancia. Tolerarlo, en virtud de armonías ideológicas equivale a aceptar la traición. La Patria no es una ideología. Es un hecho. No, tampoco, una pertenencia internacional, sino un bien de los argentinos.

Por esto, en presencia del doble peligro que la amenaza, y que bajo su aspecto interior lo comprueba la misma necesidad de formular estas declaraciones, la actitud militante resulta un caso de conciencia. *Tenemos que exaltar el amor de la Patria hasta el misticismo, y su respeto hasta la veneración.*

Militantes se declaran a su vez los enemigos extranjeros que traicionan su hospitalidad. Militantes hasta la agresión insolente o pérfida, son los agentes de sectas y de gobiernos extraños que han perturbado tantos espíritus, hasta convertir la República, para muchos de sus propios hijos, en una colonia experimental del Soviet, artificialmente contaminada por rencores ajenos, avergonzada de sí misma en la negación de bellezas y de glorias dignas de enorgullecer a cualquier país, deprimida por el pesimismo de los fracasados que revierten en deyección de calamar su siniestra envidia, y en trance de

saqueo internacional a las manos de bandoleros sin ley y de impúdicos mendigos.

Tenemos que afrontar virilmente la tarea de limpiar el país, ya sea por acción oficial, ya por presión expulsora, es decir tornando imposible la permanencia a los elementos perniciosos, desde el malhechor de suburbio hasta el salteador de conciencias.

La deportación de los extranjeros perniciosos, a sus países de origen, es un reclamo de la conciencia nacional. Esta lo exige con energía mayor aún que la no menos necesaria para el resguardo venidero del territorio, desciudado, si no abandonado por complacencias inauditas.

A impulso de un sentimentalismo desviado hasta la perversión, conocemos casos reiterados de mendigos, ciegos, tullidos, dementes, a quienes se concedió ingreso de inmigrantes "por orden superior", mientras numerosas personas de la clase pudiente, desequilibradas por la ideología maximalista que estaban lejos de comprender ni de sentir, pero que, a guisa de escandalosa novedad, "vestía mucho", concurrían con sumas importantes al socorro de los hambrientos rusos, cuando nuestra peonada obrajera del interior sucumbía al hambre, la miseria y los contagios, sin inspirarles la más mínima piedad. La extirpación de ese extranjerismo maléfico, será un recobro de salud. El apostolado de la rebelión contra el país, ejercido por extranjeros traidores, que no siempre son agitadores gremiales, requiere una perentoria intervención.

(Leopoldo Lugones. *Acción ante la doble amenaza, en Antología de la prosa*, Bs. As., Centurión, 1949, pp. 365-373).

Documento 10: *La hora de la espada*

(. . .) Señores: Dejadme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja literaria y de fracasada bien que audaz ideología.

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada.

Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el

orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogía o el socialismo. Pero sabemos demasiado lo que hicieron el colectivismo y la paz, del Perú de los Incas y la China de los mandarines.

Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir un hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad.

El pacifismo no es más que el culto del miedo, o una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso de verdadero varón yergue su oreja el león dormido.

La vida completa se define por cuatro verbos de acción, armas, combatir, mandar, enseñar. Pero observad que los tres primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza. La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad.

En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con aquélla. En esto consisten su deber y sacrificio. El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Solo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza.

Habría traicionado, si no lo dijera así, el mandato de las espadas de Ayacucho. Puesto que este centenario, señores míos, celebra la guerra libertadora; la fundación de la patria por el triunfo; la imposición de nuestra voluntad por la fuerza de las armas; la muerte embellecida por aquel arrebato ya divino, que bajo la propia angustia final siente abrirse el alma a la gloria en la heroica desgarradura de un alarido de clarín.

Poeta y hermano de armas en la esperanza y la belleza: ahí está lo que puede hacer.

Déjame solamente decirles a tu Lima y a tu Perú dos palabras finales que me vienen del alma.

Gracias, dulce ciudad de las sonrisas y de las rosas.

Laureles rindo a tu fama, que así fueran de oro fino en el parangón de *homenaje, y palmas a tu belleza* que hizo flaquear —dichoso de él en su propia demisión— al Hombre de los Andes con su estoicismo. ¿Pues quién no sabía por su bien —y por su mal— que ojos de limeña eran para jugarles, no ya el infierno, puesto que en penas lo daban, sino la misma seguridad del Paraíso?

En el blanco de tus nubes veo embanderarse el cielo con los colores de mi Patria, y dilatarse en el tierno azul la caricia de una mirada argentina. Y generosa me ofrecen la perla de la intimidad y el rubí de la constancia, tus sonrisas de amistad y tus rosas de gentileza.

Y tu, nación de Ayacucho, tierra tan argentina por lo franca y por lo hermosa; patria donde no puedo ya sentirme extranjero, Patria mía del Perú: vive tu dicha, en la inmortalidad, vive tu esperanza, vive tu gloria.

(Leopoldo Lugones. *El discurso de Ayacucho* (fragmento), en *La Patria Fuerte*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1930, pp. 19 y ss.)

Documento 11: *La Argentina industrial*

La república rural que hasta hoy somos, constituye de hecho un estado colonial respecto de las naciones que habiendo alcanzado civilización completa, mantienen su industria con los productos primarios suministrados por aquélla. Dicha subordinación económica resultará tanto mayor, cuanto menos variados sean los productos rurales, y más grande en consecuencia la diversidad de artículos que su rendimiento global debe costear de retorno. Por grande que sea su prosperidad, la monocultura engendra la vida cara, retarda la difusión de la riqueza y está fatalmente condenada a declinar ante el primer cambio de condiciones en el mercado comprador; porque su propia rigidez le impide acomodarse a tiempo. Monocultura y latifundio son correlativos; de suerte que la única manera de acabar con este último, sin causar trastornos peores que sus *inconvenientes, es transformar* aquélla en producción variada y elaborada. La situación general que después de la Gran Guerra se ha producido, comporta una doble enseñanza experimental: 1° que al abaratarse nuestra producción agraria, competida por la

27

de aquellos países resueltos a bastarse, como Italia con sus "batallas de trigo" y España con su protección ganadera a todo trance, crece el gasto sin aumentar las ganancia, subordinándonos cada vez más a las importaciones de los Estados Unidos; y 2° que de acuerdo con aquella actitud, compartida por el mundo entero, el secreto de la prosperidad nacional no está en el comercio exterior sino en el mercado interno. Como triple garantía de bienestar, seguridad y progreso, la nación necesita poseer sus industrias vitales, que son: alimentación, vestido, electricidad, higiene, transporte, utilería agraria, combustible industrial y doméstico, siderurgia y construcción. Tiene para ello todas las materias primas en condición natural verdaderamente privilegiada. No falta sino la adopción del método conducente a dicho fin.

Nuestra subordinación de meros productores de materia prima, limitóse primero a la Gran Bretaña. Ahora lo es también, y en proporción mucho mayor, respecto de los Estados Unidos, hasta alcanzar la relación siguiente: con solo *seis* productos agropecuarios que representan el ochenta por ciento de nuestra exportación (trigo, maíz, lino, carne, lana y cueros) debemos costear la importación de *más de tres mil artículos*, industriales que constituyen más de un tercio de nuestro consumo de manufacturas; de modo que un solo año malo para la producción agraria nos obliga ya a echar mano del crédito y del capital nacionales, añadiendo un eslabón más a la cadena que no sabemos romper.

Esta contingencia es un resultado directo de la subordinación a los países que compran materia prima exterior para venderla valorizada por la transformación industrial: dependencia que mostraré con un solo ejemplo entre muchos.

Somos el principal consumidor de suelas americanas, aunque la posibilidad de fabricarlas en el país data del siglo XVII; y los Estados Unidos son a la vez los principales compradores de los cueros y del tanino de acá con que las fabrican. He aquí los motivos por qué aun cuando se trate de artículos de primera necesidad para nuestros clientes, sean ellos quienes nos fijan el precio; manteniendo la subordinación conforme a su conveniencia. El fomento de la industria nacional equivale a un verdadero movimiento liberador, digno por cierto del sacrificio que cuesta. Solo en nuestro comercio con los Estados Unidos, el eslabón correspondiente a 1928 fue de trece millones de pesos oro.

El sacrificio consistiría en un aumento temporal del precio de ciertos artículos cuya protección hallaríase limitada por un *maximum* fijo de gravitación sobre el término medio de los presupuestos familiares; mientras su compensación inmediata estaría en el aumento de trabajo y de salarios consiguientes a la instalación de nuevas industrias. Así se evitaría el proteccionismo prohibitorio o de agresión; pues bastarse no significa aislarse, sino todo lo contrario. Los Estados Unidos son el país más proteccionista y el que sostiene mayor comercio internacional.

Conviene, por otra parte, advertir que en relación a la vida individual, no es la baratura de las cosas lo que la facilita, sino los mayores recursos del consumidor; mientras en relación a la vida colectiva, lo que abarata las cosas es el mayor consumo. Ambos propósitos alcánzalos, pues, el incremento de salarios y de población, sendas consecuencias de la organización productiva. Esta será tanto mejor a su vez, cuando más ramos comprenda: condición que satisface el adelanto de la industria. El principal estímulo de la prosperidad común es la circulación del dinero ganado. O en otros términos: cuanto menos dinero improductivo haya en el país, mayor será la prosperidad de todos. Nada favorece tanto ese movimiento bienhechor como la industria empezando por el fraccionamiento y el traspaso de la propiedad raíz. El latifundio dura tanto como el período de la monocultura rural a cuyo sistema de producción corresponde.

No solo requiere la industria una adecuada protección arancelaria; sino una diligente policía contra el *dumping*, que es la maniobra de guerra comercial, y contra la introducción de similares baratos procedentes de países que nada nos compran, como el aceite manchuriano de *soya*, para no citar más que un caso; y naturalmente, crédito organizado en la escala variada y flexible que indica su propia multiplicidad.

El abandono aduanero que padece la Nación, puede apreciarse en dos líneas de resumen. Mientras el promedio del gravamen sobre el valor efectivo de la mercadería de importación, excede del treinta y cinco y del cuarenta por ciento en la mayor parte de Europa y en los Estados Unidos respectivamente, *aquí no pasa del veintiuno*. La

revisión que se impone, debe comprender además la mercadería libre de derechos y la negociación de tratados comerciales que estudiaré en otro lugar.

(Leopoldo Lugones. *La Grande Argentina*, Buenos Aires, Babel, 1930, pp. 113-115)

Documento 12: *Disciplina y Libertad*

La incapacidad del conjunto político llamado pueblo, para comprender y realizar la tarea que dejo expuesta, o sea el plan metódico del progreso nacional conducente al estado de potencia que debe alcanzar la República —es evidente. Fáltale no sólo la competencia técnica indispensable para apreciarlo, sino la voluntad coherente para seguirlo, y la elevación patriótica de subordinar al bien común todo interés egoísta. La masa es siempre ignorante, anárquica y concupiscente, por la sencilla razón de que el hombre no nace culto, equitativo ni virtuoso. Cultura, equidad y moral, son estados de alma creados por la *educación*, y cuya síntesis denominamos *conducta*: sendas palabras que significan *dirección*. La falacia del ente político, creado por la ideología liberal bajo el nombre de ciudadano, proviene de esa condición nativa; pues conforme lo ha mostrado la experiencia, el hombre no es capaz ni libre por el mero hecho de nacer. La formación de su conciencia mediante el ejercicio de la razón, la mente y el sentimiento, cuya síntesis constituye, es, pues, un resultado experimental. Si aquella operación se efectúa espontáneamente, su fruto es un individuo antisocial o inepto para la vida asociada. Por esto, la sociedad la dirige; es decir, *educa* mediante la triple acción de escuela, familia y autoridad. Esta imposición del deber, que empieza con la vacuna y la enseñanza obligatoria, tiene por objeto adecuar el hombre a su función social, y se llama disciplina. Más, como al mismo tiempo, el hombre tiene la facultad de labrar y buscarse su propio bien según mejor le parezca, la conciliación de este poder personal, que es la libertad, con el interés social, que es el bienestar común, requiere un instrumento regulador, que es el gobierno. Así se forma la organización humana que llamamos civilización.

Tres son los medios concurrentes al sostén de la

disciplina: la religión, la costumbre y el mando. Triple expresión a su vez de la autoridad, allá donde uno u otro falla, dicho poder lo compensa con el incremento de los otros: diferencias correspondientes a cada índole nacional, que determinan las distintas formas de gobierno. Allá donde fallan los tres, sobreviene la anarquía.

En los Estados Unidos, nuestro modelo constitucional, la religión o sanción de conciencia, y la costumbre o sanción social, son los medios más eficaces. Entre nosotros no; de suerte que la autoridad debe asumir con mayor amplitud la forma de mando. Por esto, aquellas instituciones resultan fatalmente inadecuadas a nuestra índole nacional. Religión y costumbre, son estados de conformidad que imprimen carácter deliberativo a la adopción de las órdenes y leyes. El mando es un estado de imposición, determinado por la necesidad social del orden; y de consiguiente, no se basa en la conformidad, sino en el prestigio. Es resultado personal y no colectivo.

Pero, acá como en cualquier parte, la sociedad se constituye para el bienestar de todos y de cada uno. El objeto del gobierno es asegurar el bienestar adquirido y la adquisición del bienestar aspirado. Esto requiere cuatro condiciones fundamentales: *el orden*, o sea el desarrollo colectivo y personal de todas las actividades, sin estorbo ni perjuicio de unas por otras: *la libertad*, o sea la potestad personal de ejercer todas las actividades lícitas: *la igualdad* de condiciones para hacerlo, mediante la instrucción y la organización económica del Estado; y *la defensa* contra ataques exteriores. Estas cuatro obligaciones determinan, según se ve, otras tantas funciones técnicas: la judicial, la política, la docente y la militar. En la cooperación de todas las capacidades que a eso puedan concurrir, consiste la democracia. Ese es el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, pero formado por los idóneos, no por la voluntad *igual* de competentes y de incapaces. Y bajo este concepto, el orden es la imposición de la equidad. Orden inicuo quiere decir tiranía.

Mas ¿quién, se dirá, va a designar a los idóneos? Pues, los idóneos. ¿No se gobiernan así la universidad, el ejército, la iglesia? Y si el gobierno de la Nación, es mucho más complicado y difícil ¿por qué se ha de excluir de su formación la competencia, más necesaria por lo mismo? . . . Aquí está la paradoja de la ideología

29

liberal. Porque, según ella, desde que todo hombre nace libre, el hecho de nacer constituye derecho para gobernar: mera trasposición, como se ve, del derecho divino hereditario. Si el rey era malo por esto ¿en virtud de qué ha de resultar bueno declararnos a todos reyes? Racionalmente, debe resultar peor, como todo mal que se generaliza. Mas, esto no era, en suma, sino una satisfacción de la envidia y la concupiscencia. Lo que el siervo quiere, no es suprimir al amo, sino ser amo a su vez. La libertad es una aspiración aristocrática.

No menos falaz resulta la determinación de la capacidad común de gobernar, por el interés común de formar un buen gobierno. El ignorante empieza por no saber en qué consiste el gobierno bueno. Cree, en cambio, que lo es, aquel que le apaña sus transgresiones policiales y dilapida en su favor la fortuna pública y ajena. Recordemos que la moral no es nativa, sino adquirida o impuesta. De aquí que el gobierno mayoritario sea siempre caro, torpe, y con frecuencia corrompido. Por vinculación natural, el gobierno tiene que ser para quienes lo hacen: es decir para el comité, según lo enseña la experiencia a despecho de la ideología.

Esta creación dogmática, puesto que afirma principios indemostrables, sigue prefiriendo su sistema a la realidad. Es decir el criterio lógico, o de perfección, al empírico, o de posibilidad. Pero lo cierto es que no se puede gobernar sino con éste. El gobernante resulta, entonces, un artista. En el otro caso, un lógico riguroso; un profesor. Y he aquí por qué fueron matemáticos los principales autores de la Revolución Francesa. La noción del progreso indefinido, en que se basa la ideología liberal, es la misma de la recta infinita: vale decir una abstracción insostenible y arbitraria. Por esto asistimos a su simultánea rectificación. La continuidad lógica, que es otro de sus aspectos, tampoco existe en los dominios de la vida. La evolución no es una ley de progreso, sino de mera transformación, muchas veces brusca e inconsecuente, y no pocas funesta a las especies que bajo ella degeneran y sucumben.

Pero el ideólogo carece de concepto experimental. Es un señor que instalado en su bufete, pónese a idear un sistema de organización humana: un teólogo laico. Dicho sistema hállase, así, subordinado a su lógica que es el instrumento constructor, y la vida humana debe amoldarse a él como el líquido al vaso. Cortar lo que sobra y aumentar lo que falta, es la revolución con sus ejecuciones y sus despojos. Tengo advertido ya que la lógica del igualitarismo liberal lleva fatalmente al comunismo. (Quinta Parte. *La cuestión social*). De igual manera, por cierto, el humanitarismo conduce a la negación de la patria. Por amor a la humanidad, odia a los suyos el ideólogo, declarando santa la guerra civil y fraternizando con el enemigo extranjero. Así viene a definirse también la lógica del pacifismo.

Este sistema de paradojas destructoras, verdadera organización del pesimismo, si bien se ve, culmina en el misticismo nihilista de la libertad. Ella resulta, así, un principio abstracto y negativo cuya satisfacción está en el atropello antisocial del derecho ajeno: perversión que arrastra al respeto del desorden, confundido con el respeto a la libertad. Nuestros ideólogos son especialistas en la materia. Así han llegado a una verdadera complicidad sentimental con el delito.

Pero la libertad no tiene su finalidad en sí misma. Es para algo. "Para hacer lo que se me dé la gana". dirá el ignorante. Pero esto es, por decirlo así, una idea de caballo. Libertad es el poder que cada hombre tiene para procurar y labrarse su propio bien, sin perjuicio de terceros. *Está, pues, dentro del orden*; y cuando le falta esta condición y aquel objeto, desvanécese en la abstracción o degenera en atentado.

(Leopoldo Lugones, *La Grande Argentina*, cit., pp. 161-164)

III

EL NACIONALISMO DE ELITE

De Alvear a Yrigoyen

Promediaba la década del veinte y, pese a las atronadoras palabras de Lugones, las cosas en la Argentina transcurrían en forma apacible. Gobernaba desde 1922 Marcelo T. de Alvear, el aristócrata radical que al igual que un antecesor, Roque Sáenz Peña, había ido directamente de Europa a la Casa Rosada sin pasar por la campaña electoral, en lo que parecía una elocuente demostración de la permanencia de ciertas prácticas más allá o más acá de la Ley de Sufragio Universal de 1912. Su candidatura para la primera magistratura debíase exclusivamente a una decisión personal de Hipólito Yrigoyen, quien, probablemente, veía las mejores garantías para la continuidad de su predominio en el partido, en la falta de sustento propio de don Marcelo en el aparato partidario y en la confianza que despertaba su personalidad mundana y caballeresca. Y efectivamente así ocurrió. La presidencia de Alvear pasó como un liviano intermedio entre las dos del gran caudillo. A pasar inadvertido le ayudó tanto su propia personalidad como una situación económica moderadamente expansi-

va, que estaba signada por un ciclo suavemente ascendente que, salvo dos ligeros desfallecimientos a mediados de 1925 y a fines de 1926, se continuó hasta más allá del fin de su mandato[62].

La aliviada situación económica, después de los difíciles años que como consecuencia de la guerra se vivieron durante la presidencia de Yrigoyen, se percibía en la retracción de la desocupación y el crecimiento del salario real, que pasó de un índice 73 para 1921 a 89 para 1925 y a 101 para 1928 (1929= 100)[63], lo que se reflejaba a su vez en la disminución de la conflictividad social, manifiesta en la caída del número de huelgas para el período, en el menor grado de violencia de las mismas y en el descenso del número de afiliados a los sindicatos. Todos los indicadores económicos mostraban una lenta y persistente expansión: crecimiento del volumen físico de las exportaciones y de la producción industrial que en números índices pasa de 27,9 en 1922 a 43,4 en 1928 (1950= 100)[64]. Algunos problemas estructurales no parecían preocupar mayormente: la escasa participación de la industria en la formación del producto bruto interno (menor al 20 %), el crecimiento más lento de la producción agrícolo-ganadera –como consecuencia de haber llegado a los límites naturales de la frontera agropecuaria–, y sobre todo, el pesado servicio de la cuantiosa deuda externa que evaporaba el superavit de la balanza comercial y provocaba que la balanza de pagos sólo pudiera sostenerse gracias a la continua afluencia de capital extranjero. Especialmente significativa era en estos años la creciente importancia de las inversiones norteamericanas (que en 1929 igualarán al capital británico invertido en el país) y cuyo símbolo era la instalación de la Ford, en 1922, y la General Motors, en 1925. Comenzaba un prolongado conflicto entre el automóvil y el ferrocarril que reflejaría la sorda lucha por la hegemonía y el control de la economía argentina entre Estados Unidos y Gran Bretaña[65].

Nada sin embargo parecía perturbar la tranquilidad de un gobierno convencido de las bondades del *laissez faire* y de las ventajas comparativas del agro argentino. Su único plan coherente era, a la usanza de los gobiernos conservadores, controlar el gasto público y reducir el déficit fiscal, limitando la "empleomanía" del primer gobierno radical y reduciendo las obras públicas. Si en su

política liberal y en la defensa del modelo agroexportador el gobierno de Alvear carecía de adversarios dentro del propio partido, o aún fuera de él entre los conservadores o los socialistas, distinto era en cuanto al problema del gasto público. Ahí se chocaba con la oposición de buena parte del aparato radical preocupado por las consecuencias electorales de una política semejante[66]. He aquí uno de los nudos –aunque no el principal– del conflicto que crecientemente opondrá al gobierno de Alvear con la estructura partidaria controlada por Yrigoyen. De mayor importancia era el conflicto político que pronto opondrá a partidarios y adversarios del caudillo de Balvanera y que generará la división del partido entre radicales antipersonalistas y radicales yrigoyenistas, latente desde hacía años en su seno. En la base del conflicto, la confrontación entre los "galeritas" pertenecientes a los estratos sociales elevados, en general de origen tradicional, conservador y a menudo terratenientes y los oscuros hombres de comité, incondicionales de Yrigoyen y pertenecientes a la pequeña clase media urbana, con apellidos nuevos y poco ilustres.

El Presidente, tironeado por ambos grupos, prefería mantenerse neutral, pese a sus secretas simpatías por los antipersonalistas –lo que se reflejaba ya en la composición de su gabinete: sólo un yrigoyenista contra cuatro que podían considerarse de tendencia "azul" y un conservador[67]. Porque estaba más preocupado por dar puntapiés iniciales en los estadios o por inaugurar exposiciones de pintura, según la conocida imagen, que por organizar un nuevo partido, o porque conservaba una lealtad inquebrantable hacia Yrigoyen, o porque era tal vez un auténtico demócrata, Alvear no dio los únicos pasos que hubieran permitido al antipersonalismo luchar con éxito: intervenir la provincia de Buenos Aires y retornar a la "empleomanía" en gran escala. Los insistentes reclamos del ministro del Interior, Vicente Gallo, en esos dos sentidos fracasaron ante Alvear y el resto de los ministros, y Gallo, uno de los creadores de la U.C.R. antipersonalista en septiembre de 1924, se vio obligado a renunciar diez meses después tras un fracaso completo. El nuevo partido no estaba bien arraigado y sólo era fuerte en la provincia de Santa Fe, donde existía una larga tradición antiyrigoyenista y una profunda rivalidad con Buenos Aires.

A partir de la segunda mitad de 1925, Alvear realizó una política ambigua respecto de los dos grupos radicales y de escasa ingerencia en las situaciones provinciales: apenas cuatro intervenciones federales en tres años y ninguna en 1926 y 1927, lo cual estaba decididamente por debajo del promedio de la época y reflejaba que el gobierno no estaba especialmente interesado en la campaña electoral. La misma ambigüedad esencial se reflejaba en otras áreas de acción. ¿Cómo compatibilizar si no a las políticas del Director de YPF designado por Alvear, Enrique Mosconi, con las del ministro de Hacienda Herrera Vegas?

Se acerca el año 1928 y la sucesión presidencial. En Buenos Aires, entre tanto el tango abandonaba el suburbio para ocupar el centro y una polémica estético-literaria, que atraviesa el segundo lustro de la década del veinte, concitaba la atención de los intelectuales: Boedo o Florida. Fuera del radicalismo, otro viejo partido se ha escindido en 1927: el Socialista. La tradicional tensión en los partidos socialdemocrátas entre la tendencia hacia los sectores obreros y la tendencia hacia los sectores medios hace crisis y una parte importante del partido, con de Tomaso y Pinedo a la cabeza, se separa fundando el Partido Socialista Independiente, pronto disponible para diversas combinaciones con los conservadores y aun con los incipientes sectores nacionalistas.

El 1° de abril de 1928 Yrigoyen obtiene un clamoroso éxito electoral, el mayor del radicalismo en toda su historia, triunfa con el 57,4% de los votos emitidos –más de ochocientos mil ciudadanos apoyan al viejo caudillo próximo a los 76 años contra la fórmula del "contubernio" antipersonalista-conservador que obtiene apenas 155.000. Desde todo punto de vista, la situación del nuevo gobernante es superior a la que encontrara en 1916: una situación social más holgada, un conflicto social decreciente, un mayor conocimiento de la cosa pública, un programa de gobierno más definido –por ejemplo, en materia petrolera–, un partido mucho más homogéneo tras la escisión "galerita" –lo que podrá observarse en la composición del nuevo gabinete "plebeyo" integrado casi exclusivamente por profesionales provenientes del sector medio y de larga militancia radical–, y, por último, un mayor control sobre el aparato legislativo a través de una amplia

mayoría en diputados (a diferencia de 1916 cuando los radicales estaban en minoría): 92 radicales sobre un total de 156 miembros efectivos[68]. Sólo el Senado permanece bajo control opositor –además de la Suprema Corte–, como consecuencia de la escisión antipersonalista: ocho radicales se enfrentan allí con diecinueve antioficialistas. Cómo todas estas ventajas no pudieron evitar que, menos de dos años después de asumir, el nuevo gobierno pudiera ser derribado por un cuartelazo, en medio de la indiferencia general, es algo de lo que se hablará en otro capítulo. Toca ahora detenerse en los grupos nacionalistas que se han ido conformando desde la segunda mitad de la presidencia de Alvear y que adquirirán una fuerza insospechada como avanzada de la oposición a la segunda presidencia de Yrigoyen.

La Nueva República

En la segunda mitad de la presidencia de Alvear comenzaron a aflorar las primeras voces periodísticas nacionalistas. La primera, aunque no la más importante fue "La Voz Nacional", órgano dirigido por un médico entrerriano, Juan Emiliano Carulla, y respaldado y financiado por un heterogéneo grupo de personajes extravagantes. Una marquesa francesa, dos condes italianos, un capitán del ejército italiano mutilado de guerra y un periodista de "La Fronda" –diario conservador dirigido por Francisco Uriburu– eran algunos de sus integrantes. Sólo tres argentinos componían el elenco del primer periódico nacionalista según el recuerdo irónico y casi burlesco del mismo Carulla en sus memorias[69]. El éxito fue escaso, a pesar de haber tenido algunos suscriptores famosos como el ex presidente Figueroa Alcorta y el general Uriburu, quien entusiasmado con la publicación quiso conocer a su director, hecho que aconteció a mediados de 1925 y que tendría importantes implicancias para el futuro. El periódico dejó de publicarse en noviembre de 1925, a los ocho meses de su aparición.

Si "La Voz Nacional" pasó con poca trascendencia por la época, distinto será el caso de otro periódico nacionalista: "La Nueva República". El origen del mismo debe buscarse en las conversaciones que por varios meses, a lo largo de 1927, sostuviera un grupo inicialmente muy heterogéneo compuesto por: "católicos tradicionales, o conversos recientes, maurrasianos, conservadores, antipersonalistas e yrigoyenistas, nacionalistas de actuación flamante y empíricos puros", en el decir de uno de sus protagonistas[70]. El proyecto inicial era constituir un periódico que expresara a una generación intelectual: la de los nacidos entre 1890 y 1900, pero pronto sería abandonado por el proyecto más militante de constituir un órgano político-doctrinario de oposición al gobierno. Las consecuencias de dicha elección eran inevitables: reunión tan heterogénea debía decantarse y así sucedería. Abandonaron las conversaciones Mario Jurado y Carmelo Pellegrini, radicales yrigoyenistas, y Alfonso de Laferrère, periodista de "La Fronda" de edad algo superior al resto de los miembros del grupo, que se declaraba maurrasiano ortodoxo y que efectivamente había sido uno de los introductores del político francés entre nosotros.[71] El staff de la nueva publicación quedó compuesto entonces por Rodolfo Irazusta, su Director, Ernesto Palacio como Jefe de Redacción, Juan E. Carulla, Julio Irazusta y Mario Lassaga como redactores permanentes y César Pico y Tomás Casares como colaboradores especiales. El nuevo periódico semanal se llamaba "La Nueva República" –título que había provocado el disgusto y retiro de Laferrère– y, por imposición de Carulla, llevaba como subtítulo el de "órgano del nacionalismo argentino". Que ese nacionalismo era menos preciso que lo que posteriormente se ha supuesto lo prueba uno de los lemas adoptados por los jóvenes de la nueva publicación, tomado significativamente de Alberdi: "La República, tan fecunda en formas, reconoce muchos grados y se presta a todas las exigencias de la edad y del espacio. Saber acomodarla a nuestra edad es todo el arte de constituirse entre nosotros"[72]. Se utilizaba a los mentores ideológicos del 80 –liberales pero no democráticos– para cuestionar un régimen y un sistema por democráticos pero no por liberales.

¿Quiénes eran estos ambiciosos jóvenes? ¿Qué elementos tenían en común? El Director, Rodolfo Irazusta, nacido en 1897, figura muy admirada entre los nacionalistas posteriores, aun de corrientes diferentes, era por entonces un joven entrerriano con ciertos antecedentes en el radicalismo no yrigoyenista de su provincia, sobre todo a través de acompañar a su padre,

dirigente de dicha corriente. De familia acomodada, tuvo, al igual que su progenitor, un escaso interés por las tareas agropecuarias y una marcada inclinación hacia la política. De formación asistemática, no completó sus estudios de Derecho, cayó en 1923, durante su estadía en París, bajo el influjo de Charles Maurras a través de la lectura cotidiana del periódico monárquico *L'Action Française*, en el cual aquél firmaba diariamente un extenso artículo titulado "La Politique". Hombre más preocupado por la acción que por la labor intelectual, poseía una personalidad vigorosa, descripta así por su entonces colega Carulla: "Desde el primer instante pude apreciar en Irazusta condiciones excepcionales de dirigente: visión política, arrojo, conocimiento a fondo de la doctrina constitucional y republicana, y singular versación en materia de historia y filosofía de los regímenes de gobierno. En cambio, carecía de otras, tales como perseverancia en el esfuerzo, diplomacia y ductilidad en el trato, modestia en sus aspiraciones"[73]. Enemigo acérrimo del liberalismo, término que "tenía la propiedad de enfurecerlo, como el paño rojo enfurece al toro"[74], admirador incondicional de España, de donde recibió el influjo doctrinarista de Donoso Cortés, y, en un marco más amplio, de la civilización greco-latino-cristiana, dejó una escasísima producción intelectual compuesta por artículos periodísticos en los que, en su mayor parte, se refiere a la actualidad política y no a aspectos teórico-ideológicos. Su hermano Julio lo definió como: "un periodista nato. Desde el principio al fin de su vida fue incapaz de escribir para que su prosa se publicara a semanas, meses o años de distancia del momento en que terminaba su trabajo"[75]. Gozó de un notable prestigio en los círculos nacionalistas, probablemente debido a su dinámica personalidad y a sus observaciones originales, sobre todo a partir de 1930, con respecto a la historia argentina. Adversario encendido de la democracia, del "vulgo" o "populacho", conspiró contra Yrigoyen apoyando activamente la revolución de Uriburu. A la luz de sus resultados se arrepintió e inició una revalorización del pueblo y la democracia y del rol que habían jugado en la historia argentina, lo que lo llevó a una polémica con César Pico en las páginas de *Criterio*[76]. Sin embargo, este rescate de una tradición popular en el pasado que lo impulsó a un reacercamiento al radicalismo y a establecer vínculos amistosos con Raúl Scalabrini Ortiz y el grupo FORJA, se interrumpió ante la reaparición "en acto" de la "horda" con el surgimiento del peronismo, al cual se opondrá. Años antes, en 1933, en un día y medio, había escrito la mayor parte de su contribución a una obra conjunta con su hermano y que haría época: *La Argentina y el imperialismo británico*. En la línea del pensamiento tradicional europeo criticó a los "ideólogos" defendiendo una concepción "realista" de la política; sin embargo, paradójicamente, su influencia sobre la realidad argentina fue exclusivamente ideológica.

El Jefe de Redacción de la revista era, sin dudas, la pluma más brillante del grupo. Ernesto Palacio (1900-1979), perteneciente a una destacada familia de Buenos Aires —su padre había sido Presidente del Concejo Deliberante—, había mostrado una rápida inclinación hacia las letras, a pesar de estudiar y recibirse de abogado en la Universidad de Buenos Aires. Anarquista en su juventud universitaria, partidario de la Reforma del 18, pronto se vinculó a las "vanguardias" literarias y, en 1924, se contó entre los fundadores de la innovadora revista *Martín Fierro*. Colaborador asiduo de la nueva publicación, sobre todo con artículos críticos o satíricos firmados con el seudónimo de Héctor Castillo, cayó bajo la influencia del filósofo tomista César Pico, quién lo convertiría en un católico militante. Su conversión lo llevó a abandonar sus tareas literarias para acercarse a los problemas de la teoría y de la acción política, a la cual se dedicará de ahí en adelante. Menos influido por Maurras que sus colegas, tal vez a causa de su catolicismo, ya que el líder de *L'Action Française* había sido interdicto por el Papa en 1926, estaba en cambio quizás más impresionado que sus compañeros por la acción de Mussolini en Italia. Buen conocedor de los clásicos y del pensamiento reaccionario europeo, hará buen uso de ello en sus artículos doctrinarios publicados en "La Nueva República" y en las obras de reflexión ideológico-política escritas posteriormente, como su célebre "*Catilina*" o su *Teoría del Estado*. La lista de "autoridades" citadas en sus artículos es inmensa —a diferencia de lo que ocurre con los de Rodolfo Irazusta— y sobre ellos se hablará en el análisis de los textos. Su temática es previsible: la defensa del orden y las jerarquías, del

catolicismo y del espíritu clásico, oposición a la Revolución Francesa, partera de los males del mundo contemporáneo –en una línea que continúa a Burke por un lado y a de Maistre por el otro– y a su continuador, el romanticismo. En sus opciones políticas prácticas, fue opositor a Yrigoyen y apoyó el golpe de Uriburu. Pronto se arrepentirá del hecho cometido: "Me sentía defraudado en mi patriótico fervor juvenil; y, lo que es peor, culpable de haber participado, por inexperiencia y por una suerte de fatalidad, inherente a mi posición y mis vinculaciones, en una empresa cuyo carácter maléfico se me hacía cada día más patente" y se apartará de aquel decidiendo "romper con los comilitones de la víspera, abandonar la mesa del infame festín y solidarizarme en la calle con los vencidos"[77]. Con los años se mostrará más consecuente que sus amigos los Irazusta y, a diferencia de aquéllos, apoyará al peronismo, siendo elegido diputado por el nuevo movimiento, como cabeza de lista por la Capital Federal. Sorpresivamente, el temido polemista, el crítico mordaz, enmudeció en la Cámara de Diputados, donde el teórico político tuvo una actuación anodina pasando totalmente desapercibido. Autor de numerosos libros, entre ellos una *Historia Argentina* de carácter revisionista, y escrita en pocos meses, que publicó en 1954, muestra como rasgo original una acendrada defensa de Mariano Moreno en lo que puede verse la admiración del teórico político hacia un político teórico, deja inéditas unas "Memorias" seguramente de gran interés para el análisis del nacionalismo.

Juan Emiliano Carulla (1889-1968), médico entrerriano, era otro de los fundadores del periódico. Anarquista en su juventud, fue colaborador de *La Protesta* y de otros periódicos izquierdistas, durante la Primera Guerra se enroló como profesional en el ejército francés participando en la contienda. En París, se convirtió al credo de "L'Action Française", "el trato directo con tres o cuatro de sus dirigentes, todos ellos magníficos combatientes de primera línea, así como la lectura del diario del partido y algunos libros de Maurras que no conocía hubieron de influirme profundamente",[78] recordaba en sus memorias. De todas formas, según testimonio de Julio Irazusta, de los dos directores del periódico monárquico, Carulla se sentía más atraído por el panfletista León Daudet que por el reflexivo autor de la "Encuesta sobre la Monarquía". Vuelto a Buenos Aires, fundó el primer opúsculo nacionalista, como ya se señalara, y luego, tras escribir en el diario conservador *La Fronda*, se integró al grupo de "La Nueva República" donde publicaría artículos sobre temas históricos, políticos y culturales. Amigo de Uriburu, jugó y se atribuye un rol principal en la conspiración que derrocara a Yrigoyen. No se apartó de Uriburu tras el golpe, como algunos de sus amigos, sino que continuó colaborando con el mismo a través de su participación en la creación de la "Legión Cívica Argentina", organización semi-militar de características "fascistoides", y de un efímero "partido Nacional" oficialista. A mediados de 1932 fundó un diario que pretendía continuar con los principios del golpe de setiembre de 1930 y que estaba claramente influido por el modelo del régimen mussoliniano[79]. El nombre ya era todo un programa: "Bandera Argentina" con referencia y en oposición a la "bandera roja". Tras varias experiencias del género en la década del 30, viró, en lo externo, hacia posiciones aliadófilas durante la Segunda Guerra Mundial y, en lo interno, hacia posiciones liberal-conservadoras y antiperonistas. Deja unas memorias muy conocidas y bastante denostadas por los nacionalistas por el tono burlesco que utiliza, en sus recuerdos, para con sus antiguos camaradas.

Desde una perspectiva contemporánea, la figura de mayor trascendencia entre los hombres que integraban "La Nueva República" fue sin dudas la de Julio Irazusta. Dos años menor que su hermano Rodolfo, "lector omnívoro", como le gustaba definirse, desde muy joven manifestó una marcada inclinación hacia la crítica literaria, que lo llevó a abandonar, pocos años después de la muerte de su padre, los estudios de Derecho. En 1923 realizó su primer viaje a Europa, en donde permanecería con pocas interrupciones hasta 1927. La experiencia europea fue fundamental en su formación intelectual. En primer lugar, en París, tomó contacto a través de su hermano con la obra de Charles Maurras. La influencia del pensador francés, aunque significativa, fue mucho menos importante que en Rodolfo y, a todas luces, inferior a otras. Así lo reconocía él mismo en sus *Memorias*: "ni en seguida de caer bajo su hechizo, ni más tarde, ni nunca estuve en entero acuerdo con su enfoque de la política. El beneficio que me procuró su

acción y su obra fue el de darme un interés por las cosas de la práctica que yo no había sentido jamás. Mucho más debía yo a la enseñanza de Benedetto Croce y a la de Santayana". De mayor relevancia para el análisis de su obra es la experiencia que realizó en Inglaterra. En este país donde, según sus palabras: "más que en ningún otro país de Europa (con excepción de España) me sentí (...) at home"[80], realizó, por consejo de Pearsall Smith, cursos en Oxford que tanto contribuirían a conformar esa amplia cultura humanística que lo distinguía de tantos otros intelectuales contemporáneos. La tercera etapa de su periplo europeo fue Roma, donde dos experiencias distintas completaron su formación. Por un lado, la amistad que entabló con el filósofo espiritualista y conservador Jorge Santayana, el hombre que junto con su coterráneo Luis Doello Jurado más influiría sobre el futuro escritor, y con quien iniciara sus lecturas sistemáticas de los grandes filósofos modernos, a comenzar por Spinoza. Por otro lado, pudo conocer de cerca el sistema fascista, en ese momento (1925) en tránsito de un régimen autoritario a uno totalitario, y la opinión que elaboró del mismo fue francamente desfavorable sobre todo por la violencia que veía ejercer sobre los opositores[81]. Vuelto a Buenos Aires, por influjo de su hermano comenzó a colaborar en el proyecto de "La Nueva República" y, desde posiciones poco relevantes, en la "Liga Republicana". De todos modos, su interés por la política seguía siendo escaso y la prueba de ello es que pocos meses antes de la revolución de setiembre se embarca nuevamente para Europa, en donde se encontraba cuando aquélla estalló. A finales de 1930 retornó al país y pudo comprobar de cerca el fiasco de la aventura uriburista. Como ha señalado en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, fue el fracaso del proyecto revolucionario lo que inclinó su vocación hacia el estudio del pasado argentino en detrimento de la crítica literaria[82]. En 1934 aparece, como respuesta al pacto Roca-Runciman, el célebre *La Argentina y el imperialismo britanico* escrito en colaboración con su hermano y, de menor notoriedad pero mayor enjundia, el notable *Ensayo sobre el año 20*, modelo de historia social. De esta época data también su amistad con Raúl Scalabrini Ortiz y su acercamiento al radicalismo, al cual se afiliará en 1935 y del cual será candidato a

diputado provincial "de relleno" en 1939. Su actividad principal es, de todas maneras, histórica y literaria. En 1937, recibe el Premio Municipal por *Actores y Espectadores* y en 1941 aparece el primer volumen de su monumental *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*. Fue en los años posteriores decidido antiperonista, contra cuyo régimen escribió después de su caída *Perón y la crisis argentina*.

De los pocos historiadores revisionistas sistemáticos y eruditos, gozó Julio Irazusta del respeto de sus colegas y de sus adversarios políticos, aún los más encarnizados. Entre sus influencias no debe omitirse la del "whig" tradicionalista Edmund Burke, a quién consideraba uno de los más notables escritores políticos de todos los tiempos[83] y con el cual su filosofía política encontraba numerosos puntos de contacto. Enemigo del autoritarismo y de los gobiernos despóticos, así como de las diferencias raciales o religiosas, tolerante y respetuoso de las divergencias ideológicas, encarnó lo mejor de un nacionalismo nostálgico de un pasado agrario, elitista y moralizante. Representó el modelo clásico del intelectual humanista que, ayudado por un discreto patrimonio familiar que consumió a lo largo de los años, pudo mantenerse independiente y crítico de los distintos gobiernos, no ocupando cargos públicos. Murió en 1982 y como la mayoría de los hombres de su generación, no dejó discípulos.

A los escritores mencionados, habría que agregar otros dos colaboradores ocasionales, provenientes de la más rígida ortodoxia católica y de los cuales se hablará más extensamente al analizar la revista *Criterio*. Todos los integrantes del nuevo periódico, más allá de sus diferencias, que se harán más evidentes con el correr de los años, compartían un fundamento común. Como dijera mucho más tarde Julio Irazusta, en referencia al grupo: "El criterio de base, católico, aristotélico, hispánico, siguió siendo siempre el mismo. En las opciones prácticas de la política es donde se produjeron los mayores cambios"[84]. Si las opciones concretas dividirían con el tiempo a sus integrantes, por ahora eran comunes: la oposición a la democracia radical y en especial a Yrigoyen.

Como se ha señalado, "La Nueva República" no quiso ser solamente un periódico de actualidad política, sino

que trató de desarrollar el fundamento teórico de sus posturas frente a la realidad argentina. Desde los primeros números, las colaboraciones de Palacio, Pico y Casares hicieron evidente la vinculación ideológica del grupo con el pensamiento tradicionalista católico europeo del que recogían los principios básicos en una visión que abarcaba la situación mundial y, dentro de ella, la argentina en particular.

Ya en el primer número, Palacio desarrollaba sus ideas en el artículo "Organicemos la Contrarrevolución" (documento 13) en el que la crítica al liberalismo: "nuestra juventud ha podido comprobar la vaciedad de las ideologías democráticas y liberales con que se nutrieron sus antecesores inmediatos", quedaba enmarcada en una crítica global al romanticismo –responsable del desconocimiento de las jerarquías espirituales y de las jerarquías naturales– y a la Revolución Francesa, "que emponzoñaron toda la actividad pensante de varias generaciones argentinas y obstaculizaron nuestro crecimiento político". Según el polémico abogado, la infección demagógica que se propagaba como una epidemia por todo el país, dejaba espacio para la amenaza del obrerismo bolchevizante. La organización de la contrarrevolución consistiría, entonces, en una doble tarea: la destrucción de los sofismas democráticos y liberales y la "lucha sin cuartel contra los adversarios de la nacionalidad y el orden". Por supuesto que el artículo no se apoyaba tan sólo en un marco teórico muy conocido sino también en modelos políticos reales contemporáneos, y Palacio lo reconocía, que eran la España de la dictadura del General Primo de Rivera y la Italia de Mussolini.

Al año siguiente, el mismo Palacio se ocupaba de esclarecer el significado del término "nacionalismo", en su artículo "Nacionalismo y Democracia" del 5 de mayo de 1928 (documento 14), uno de los trabajos clave para definir la postura de los hombres de "La Nueva República". Allí se expresaba que el nacionalismo consistía en una "restauración de los principios políticos tradicionales, de la idea clásica de gobierno, en oposición a los errores del doctrinarismo democrático", que sus verdades fundamentales eran el orden, la autoridad y la jerarquía. Se agregaba además que el mismo era incompatible con la democracia, con "las imaginaciones malsanas del psicópata ginebrino" en obvia referencia a Juan

Jacobo Rousseau. Por otra parte, se deslindaba el campo señalando que no era nacionalismo el "indianismo artificial y literario" (en manifiesta alusión a Rojas), ni tampoco "el sospechoso americanismo antiyanqui" (como aparecía caracterizado el de Ugarte), sino "una doctrina, precisa y clara" cuyos términos quedan claramente anunciados. Debería pasar un tiempo para que Palacio reconociera, en una obra bastante posterior, que el movimiento nacionalista con que se identificaba en ese entonces "coincidía estrictamente *en sus finalidades* con el radicalismo tradicional y obedecía a idénticos móviles"[85]. Por ese entonces, 1928, radicalismo y nacionalismo aparecían a los hombres del nuevo periódico como dos términos antagónicos.

En *Inteligencia y Revolución*, su primera contribución a "La Nueva República" (documento 15), César Pico, uno de los pensadores católicos más conocidos de los años treinta, escribía su consabido artículo sobre la decadencia de la civilización occidental, que con distintas variantes reproducía, monótonamente en diversas publicaciones (cfr. con el artículo publicado en *Criterio* y transcripto adelante). Partiendo de lo que consideraba "el fracaso de la democracia mayoritaria", se remontaba en el tiempo para analizar la decadencia de la civilización occidental, iniciada a partir del Renacimiento y la Reforma y completada por el triunfo del cartesianismo en el terreno filosófico y de la democracia mayoritaria en el orden político.

De la primacía de los valores espirituales (la cultura) se habría pasado a un predominio de la materia (la civilización); se imponía pues, según Pico, un retorno a la cultura, a la gran tradición greco-latina y a la reivindicación de la Iglesia y del tomismo. Para este nacionalismo tradicional católico, el modelo de sociedad ideal es el de la Europa Medieval, "el cenit de la cultura con el predominio de una honda espiritualidad que no han vuelto a contemplar los siglos modernos"[86], en la cual prevalecía el respeto por el orden y las jerarquías y en la que la Iglesiaocupaba un lugar preponderante. Se proponían por lo tanto, siguiente a Berdiaeff, contribuir al tránsito hacia "una nueva Edad Media".

También en la Edad Media, según afirmaba Casares en "Política y Moral" (documento 16) la Iglesia había logrado "el milagro de la armonía estricta de lo moral y

lo político" mientras que la sociedad moderna contemporánea, al esgrimir la doctrina de la soberanía individual como fundamento de la soberanía del pueblo, desligaba estos términos inseparables, llevando necesariamente al predominio de la fuerza y al despotismo o la revolución. Agregaba el futuro miembro de la Suprema Corte que "la salvación vendría de un reconocimiento de la supremacía de los deberes del hombre en cuanto tal sobre los derechos de la persona individual concreta", y ese reconocimiento sólo podría ser obra de la Iglesia, "depositaria de la Revelación en que está la raíz viva de esa norma trascendente". A la soberanía del Estado absoluto y a la soberanía popular oponía el reconocimiento del orden sobrenatural, que consideraba anterior y superior a cualquiera de ellas. Casares de igual orientación ideológica que Pico –pero de formación más sistemática– reafirmaba aquí las aseveraciones de su artículo "La política y la moral/A propósito de Machiavelo" en el que había contrarrestado el nietzchismo de Lugones y su identificación con las afirmaciones del pensador florentino.[87]

Los hermanos Irazusta, menos preocupados por las cuestiones de orden dogmático, enfocaban el problema desde una perspectiva más laica, en la que se reconocía junto a la presencia de los tradicionalistas modernos como Maurras o Rivarol, la influencia marcada de los grandes pensadores políticos clásicos –en especial los greco-latinos– que tanto influyeran en su formación.

Julio Irazusta, en el que consideraba su artículo más logrado del período a pesar de sus tintes maurrasianos, "La forma mixta de gobierno"[88], sostenía que: "La mejor forma de gobierno es aquella que contemple la colaboración entre un jefe del Estado, una minoría asesora y un pueblo que preste su asentimiento". Sin embargo, "los ideólogos con sus constituciones escritas" han venido a revertir el orden tradicional, transformando lo que debía ser la base de la pirámide –el consenso popular– en su vértice, y este absurdo geométrico no es sino una forma de gratificar un absurdo ideológico. Y culminaba sosteniendo que "la democracia sistemática que conocemos es lo más absurdo que hay, es el pecado contra el espíritu", ya que, remarcaba, para realizar los altos fines del gobierno, es necesario respetar el orden natural de las cosas, y de esto eran incapaces, suponía, las repúblicas democráticas (documento 17). Subyace en este artículo, además de la influencia obvia de Maurras, el modelo romano de gobierno mixto y de constitución no escrita tal cual este fuera descripto –imaginativamente– por Polibio.

En *República y Democracia* ampliaba sus consideraciones. "Los principios de libertad e igualdad sin restricciones que son el fundamento de la democracia hacen imposible toda organización, la cual no vive sino de diferencias y de sometimiento de unas partes a otras". No deben pues, para Julio Irazusta, confundirse los términos república y democracia: la República, según la definición clásica, es sólo "la cosa pública", y no puede identificarse con ningún régimen de gobierno en particular. El régimen político es sólo un medio, el fin es el bien común, y a este fin debían subordinarse las instituciones para el joven entrerriano (documento 18). Nuevamente aparece aquí la influencia greco-latina, tan marcada en él a partir de sus estudios en Oxford, y dentro de ella es evidente la referencia a la *Política* de Aristóteles.

La mayor parte de los artículos de Rodolfo Irazusta se ocupaban de temas de actualidad, agrupados en la sección "La Política", pero en vísperas del aniversario de la sanción de la Constitución Nacional inició una breve serie dedicada al análisis de algunas de sus disposiciones. A diferencia de Lugones, el grupo de la Nueva República no proponía la reforma constitucional, sino la del sistema electoral establecido por la ley Sáenz Peña. Rodolfo Irazusta remarcaba insistentemente que nuestra constitución republicana y el régimen democrático eran incompatibles: "En los ciento y tantos artículos de la constitución del 53, ni una sola vez se habla de democracia". Sus autores, agregaba con agudeza, "sabían que la democracia era el desorden, la crisis de las repúblicas y de las monarquías y no un sistema de gobierno y tenían fresco el recuerdo de los horrendos crímenes que el desborde del Demos había producido en Francia el año 93".

Deducía entonces que suprimir la democracia significaba restablecer el republicanismo. Al fin y al cabo "El pueblo siempre estará en retraso con respecto al presente de todo momento, que sólo contados espíritus pueden descifrar", suponía. Por último, analizando el artículo

1°, que establece la forma de gobierno republicana, representativa y federal, concluía con que ninguno de estos términos era inseparable del concepto de democracia y que, más aún, dos de ellos, republicana y federal, le eran francamente hostiles (documento 19).

En los artículos que completaban la serie, Irazusta continuaba sus ataques al régimen democrático. Así, por ejemplo, en "Las relaciones entre la Iglesia y el Estado", afirmaba: "La Constitución ha formado pues un Estado católico, y como católico antidemocrático. La democracia es en los tiempos modernos de origen protestante (. . .) porque el protestantismo es la rebeldía contra el dogma católico y por lo tanto el principio de la revolución", en lo cual coincidía con la postura de Pico y Palacio[89].

Si el rostro del modelo político diseñado por Rodolfo Irazusta es a esta altura bastante preciso –antidemocrático, tradicionalista, elitista y autoritario–, lo es menos la conexión entre ese modelo y el pasado nacional. Todavía se mantiene cierta incongruencia entre presente deseado y pasado valorado, incongruencia que nace de un elemento común entre ambos términos: el antidemocratismo característico tanto de los hombres de la tradición liberal como del nuevo grupo. Pero si ese elemento es común, no lo serán en cambio los otros términos de la ecuación y pronto Rodolfo sacará de ello las consecuencias lógicas. En un artículo publicado en 1929 en el periódico *El Baluarte*, publicación que sostenía un grupo de estudiantes universitarios identificados con la prédica del por entonces extinto semanario, comenzará la lógica revisión. En el trabajo, titulado "El precio del liberalismo" (documento 20), formulaba su autor una crítica al liberalismo ahora apoyada en una visión diferente de la historia argentina, que había sido apenas esbozada en trabajos anteriores, pero que sería clave en su evolución posterior como uno de los iniciadores de la corriente denominada revisionismo histórico. Hasta entonces, más allá de alguna reivindicación parcial de la figura de Rosas, en la que se alababa su resistencia a la intervención anglofrancesa[90] o su obra en lo que respecta a la consolidación de la unidad nacional[91], éste era presentado como una personalidad negativa con la cual se comparaba –no para alabarlo sino para denostarlo– al presidente Yrigoyen[92]. Ahora, en cambio, Rosas quedaba enmarcado en un análisis global y lineal del pasado argentino, en el que la corriente liberal, encarnada por Moreno, Rivadavia y más tarde por los hombres de Caseros, comenzaba a ser considerada responsable de que la república fuera "derrotada, desmedrada, amputada", y a la cual Irazusta opone la corriente nacional representada, por ahora, por Funes primero y por Rosas que "encarna la reacción del espíritu nacional" después. De donde "La corta historia de esta bulliciosa república demuestra que no en todo momento nos es provechoso el liberalismo y que cuando lo fue, sus beneficios pasajeros se pagaron a un precio excesivo". Es cuando menos sugerente que la recuperación de Rosas se inicie antes que la crítica al modelo liberal agroexportador y a las relaciones de dependencia económica con Gran Bretaña, de donde su reivindicación aparece más vinculada con el carácter de su sistema político que con los eventuales beneficios de su política.

Además de los artículos teórico-doctrinarios, el periódico incluía comentarios de actualidad, generalmente agrupados en la sección "La Política", siguiendo el modelo de "L'Action Francaise", y redactados por Rofolfo Irazusta. En los análisis de la realidad argentina se hacían evidentes ciertas constantes, tales como la condena al liberalismo, al régimen democrático y a los partidos políticos, aderezadas con abundantes expresiones de desprecio hacia las mayorías –"el vulgo", "el populacho"– y en las que no faltaba la visión apocalíptica de los extranjeros, a los que se acusaba de poner en peligro, con sus ideas y su acción, los cimientos de la sociedad.

Aunque los socialistas recibieran las críticas más mordaces: "Nada más repugnante que ese desfile de fósiles, que ese museo de palabras vanas y de gritos gastados"[93] y que, al morir Juan B. Justo, Palacio hubiera escrito que "nunca es lamentable la muerte de una personalidad tan peligrosa como la del que fue jefe supremo del socialismo criollo"[94], el responsable último de todos los males, que recibía la mayor parte de las acusaciones, era el régimen demoliberal, del que consideraban una consecuencia natural el triunfo del socialismo en un plazo no muy largo. Así, por ejemplo, decía Rodolfo Irazusta de los dirigentes del Frente Unico en vísperas de las elecciones del 28: "los más, aunque de un

39

democratismo bastante amenguado, son de formación liberal, discípulos de Montesquieu y de Rousseau, y algunos hasta de Marx. (...) El caso de Melo puede convertirse en el de Kerenski o Karolyi, que precipitaron a sus países en la anarquía más espantosa por lealtad a las ideas liberales en que habían sido educados".[95]

El manifiesto temor a la revolución social quedaba también expresado en la caracterización que hacían de Yrigoyen, al que imaginaban encubriendo bajo su prédica las ideas socialistas, presentándolas "aderezadas de mil maneras", despojando a su socialismo "de esa frialdad ideológica inhumana que lo caracteriza en su estado original y que debe a su origen judío y a su crianza protestante".[96]

El cuestionamiento al régimen democrático tenía también argumentos económicos: acusaba R. Irazusta a los gobiernos de ser insensibles a los reclamos de los productores agropecuarios, que tanto contribuían a la riqueza del país. El origen de esta política debía en su opinión buscarse en el predominio de la población urbana sobre la rural, que llevaba a los políticos a buscar sus votos en las ciudades, al punto de que en algunos casos –como el de mantener bajo el precio de la carne en defensa de los consumidores– preferían beneficiar a los frigoríficos extranjeros: "la democracia que nos gobierna y el extranjero están de acuerdo en expoliar al productor argentino"[97]. De todos modos, en toda esta primera época, la cuestión económica ocupa en el periódico un lugar muy secundario, a diferencia de lo que ocurrirá más adelante, y la denuncia contra el capital extranjero queda por otra parte reducida a la visión que podían manifestar entonces los pequeños y medianos ganaderos del Litoral. La reivindicación del mundo rural ante el crecimiento del mundo urbano es también una de las constantes del pensamiento de las derechas europeas, defensoras de un mundo agrario que aparecía como el último baluarte del Antiguo Régimen, y con éstas coincidía Irazusta, de acuerdo a lo expresado en el fragmento que sigue: "En todas las grandes civilizaciones el médico o el curial han sido subordinados del señor agrario, que la naturaleza de las cosas ha hecho para dirigir y gobernar. (...) La democracia odia la riqueza con nombre, que honra y obliga a su posesor, que establece la natural jerarquía. Prefiere el capital anónimo, el

40

dinero vagabundo y sin entraña, que la corrompe y serviliza pero que no la ofende con su presencia".[98]

En cuanto a los temas de política exterior, merece destacarse una visión muy crítica hacia los Estados Unidos y su política imperialista, denunciada en ocasión de sus intervenciones en Centroamérica y de sus proyectos panamericanistas. La condena al imperialismo no es formulada por Irazusta en términos principistas: también en este terreno en desacuerdo con el gobierno –y sobre todo con la actuación del embajador Pueyrredón en la Conferencia de La Habana– no niega el derecho de intervención, sino el derecho de los norteamericanos a hacerlo en América. Propone en cambio la formación de una fuerza de intervención integrada por tropas de países hispanoamericanos[99]. No hay en cambio referencias al imperialismo británico, que empezará a ser denunciado recién a medida que los efectos de la crisis mundial se hagan evidentes a lo largo del año 30.

Las críticas formuladas por el periódico al radicalismo no fueron durante la presidencia de Alvear mayores que aquéllas que se dirigían a la democracia en general, aunque al fin de su gobierno lo sometiera a un "juicio de residencia" en el que se condenó la mayor parte de su política, pero no la referida a la defensa nacional, en la que atribuían especial mérito al ministro de Guerra Justo (al que años más tarde dirigirían abundantes críticas).

Con Yrigoyen fueron en cambio menos prudentes, ya que éste resumía en su persona todo lo que ellos consideraban los vicios de la democracia. Después de haberle ofrecido un programa de gobierno del que enseguida hablaremos, fueron lanzando sus dardos hasta culminar con el artículo "La Política" (documento 21), publicado en el último número de la primera época, del 5 de marzo de 1929. No queda allí nada por decir: la comparación con "los ominosos tiempos de Don Juan Manuel", su "franca amistad con el populacho", "el absolutismo democrático", la desilusión de los cesanteados por el nuevo presidente. Y la solución propuesta es: "o la voluntad soberana del sufragio universal o la primacía de la ley que es su contrario".

El tono amenazador de la última frase transcripta debe vincularse con la tarea conspirativa que el grupo había iniciado desde fines del año anterior a través de su relación con el General Uriburu, que había festejado

junto a los redactores de "La Nueva República" el primer aniversario de la publicación. Desde marzo del 29, volcarían sus esfuerzos a la acción agitativa, y el periódico recién volvería a aparecer pocos meses antes de la Revolución de Setiembre.

De las propuestas de la primera etapa quedaban también como testimonio dos programas: el que había servido de presentación al grupo, en el primer número, y el que ofrecieron a Yrigoyen cuando éste asumió la presidencia. El primero más que un programa es una denuncia de la crisis espiritual e institucional en que sostenían que se debatía la Argentina, y en el que no están ausentes los elementos doctrinarios en la crítica al positivismo y al cientificismo o en la defensa de la Iglesia y la familia.[100]

El programa de gobierno presentado a Yrigoyen abarcaba todos los ramos del gobierno, desde la legislación general hasta la acción de cada uno de los ministerios, pero tampoco proponía, excepto en el tema del sufragio, modificaciones radicales en la estructura del Estado. Se trancriben (documento 22) los fragmentos más signficativos desde el punto de vista ideológico. Entre ellos la restricción del derecho de sufragio, la limitación al derecho de asociación, la reforma al Código Penal, haciéndolo más severo, la reimplantación de la enseñanza religiosa en las escuelas, la supresión de la Reforma Universitaria y la insólita propuesta de reexhumar a una institución colonial: el cabildo. En otros aspectos, el programa era menos innovador. Así, en los temas referidos a Hacienda, Agricultura e Industria se mantenía con pocas variantes el modelo agroexportador vigente. Algunas medidas parciales sugeridas, como la instalación de fábricas de armamentos y astilleros o la formación de una compañía de navegación transatlántica, no alcanzaban a alterar el cuadro de conjunto. Por otra parte conservaban todo su prestigio algunos de los grandes lemas del 80, como la inmigración, a la que se proponía hacer selectiva pero no suprimirla, y sobre todo el "gobernar es poblar" alberdiano.

No aparecía, en cambio, ningún atisbo de programa corporativista, que enunciarán recién en el período siguiente, en las propuestas presentadas a Uriburu.

"Criterio"

En marzo de 1928 aparecía un semanario de orientación católica de vasta influencia y perdurable existencia que se prolonga hasta el presente. Aunque no era una revista típicamente nacionalista, debe ser incluida en esta selección tanto porque en ella colaboran numerosos grupos de esa tendencia, como porque su orientación ideológica —desde el catolicismo tradicional— coincidía en no pocos aspectos con la prédica que los nacionalistas realizaban. El origen de la nueva publicación debe buscarse en la expansión de los movimientos culturales católicos que surgieron con fuerza en la primera posguerra, tanto en Europa como en la Argentina.

Particular importancia revistieron el Ateneo Social de la Juventud, fundado en 1917 por entre otros, Tomás Casares y Atilio Dell'Oro Maini y sobre todo los Cursos de Cultura Católica organizados en la década del veinte por los dos pensadores mencionados y a los que habría que agregar a César Pico.[101] Los Cursos, que contaban con el apoyo de importantes personalidades de la Iglesia, así como de laicos destacados, jugarán un rol central como centro de difusión intelectual del catolicismo ortodoxo. Su papel será sobre todo muy destacado en la década del treinta, época en que eran dirigidos por Casares, al albergar no sólo a los principales representantes del catolicismo vernáculo ultramontano como Meinvielle, Sepich o Pico, sino también a destacados visitantes extranjeros como Garrigou-Lagrange o Jacques Maritain quienes expusieron sus ideas en los cursos organizados por dicha institución.

El intenso movimiento intelectual generado en el campo católico culminó con la aparición de "Criterio", dirigida en su primera época por Atilio Dell'Oro Maini. Disponiendo de abundantes medios económicos, como consecuencia del apoyo prestado por distintas instituciones religiosas, la revista poseía una excelente presentación gráfica y, según recuerda con nostalgia Manuel Gálvez, pagaba excelentemente a sus colaboradores[102] y se daba el lujo de publicar artículos de destacados pensadores católicos europeos como Chesterton, Belloc, Maritain o Papini. Durante toda esta primera época la publicación expresaba, un poco sorprendentemente, la combinación de lo más tradicional en materia filosófica,

apoyado en la autoridad de Santo Tomás, y el vanguardismo en materia literaria aportado por jóvenes que o bien procedían directamente de los "martinfierristas" o bien de otros grupos afines en cuanto a sus ideas estéticas. Colaboraban así en un equilibrio inestable —debido en gran parte a la amplitud del Director— distintas actitudes mentales apoyadas, por supuesto, en un marco doctrinario, espiritualista y católico común. Hombres que incluso tenían opciones políticas netamente diferenciadas colaboran en la revista desde su iniciación: Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Ignacio Anzoátegui, Ernesto Palacio, Manuel Gálvez, Guillermo de Torre, Alfonso de Laferrere, Leonardo Castellani o Rómulo Carbia eran algunos de ellos.

Si la lista de colaboradores refleja amplitud, el tono general de la revista era marcadamente tradicionalista y el peso de los nacionalistas demasiado evidente. En el número uno, de los seis artículos firmados, tres pertenecen a escritores que también colaboraban en "La Nueva República": Palacio, Carulla y Casares. Además, en el editorial inicial sin firma, se expresa el deseo de un "retorno al orden natural" y un "anhelo de disciplina y de restauración de jerarquías"[103]. Un artículo contra la penetración del comunismo en la escuela y en la prensa, y una referencia a "nuestros amigos de "La Nueva República" completan el panorama. En el segundo número, la proporción es semejante. Es cierto que hay una colaboración de Jorge Luis Borges, por ese entonces yrigoyenista, pero junto a ella otras de César Pico (sobre la tradición occidental), Julio Irazusta y Manuel Gálvez. La impresión que genera la lectura de los números de los dos primeros años de la revista es el de una publicación hostil a la democracia, al liberalismo, al socialismo y al positivismo, elitista y conservadora, más tradicionalista que nacionalista (se manifiesta contraria a la nacionalización del petróleo) a la usanza de la época. Las opciones políticas escogidas por la revista posteriormente lo confirmarán. Enemiga acérrima de Yrigoyen, aplaudirá el golpe de Uriburu al que se le hará un reportaje en octubre de 1930 y en el cual el militar se manifiesta lector habitual de *Criterio* de "Sus artículos de doctrina, sus editoriales políticos" agregando que "Estoy en la corriente de ideas que Uds. difunden y defienden"[104].

42

Antes de cumplir los dos años, se produjo en el seno de la revista una escisión del grupo perteneciente a la "nueva sensibilidad" estético-literaria que ya desde el inicio había chocado con la estrechez de miras del Padre Vizcarra asesor religioso y verdadero censor del periódico. Dell'Oro Maini presentó su renuncia y lo acompañaron en la retirada varios jóvenes colaboradores de la publicación que fundaron otra denominada *Número* dirigida por Julio Finguerit y en la cual colaboraban durante la efímera existencia de la misma, Anzoátegui (que comenzó a publicar allí sus visiones satíricas de figuras de nuestro pasado, compiladas luego en *Vidas de Muertos*) Ernesto Palacio, César Pico, Jacobo Fijman, Francisco Luis Bernardez y el filósofo ultramontano cordobés Nimio de Anquín. El cisma no afectó sin embargo la orientación ideológica de *Criterio* y el nuevo director era toda una garantía de la continuación de la tendencia católica, tradicionalista y autoritaria: Enrique P. Osés, de larga actuación posterior en periódicos nacionalistas filofascistas de la década del treinta. Recién después del retiro de Osés y durante la época en que la revista católica fue dirigida por Monseñor Gustavo Franceschi, esta viró hacia una temática más religiosa y cultural en la que la política ocuparía un espacio muy reducido[105].

De los documentos seleccionados, el primero corresponde a Manuel Gálvez (documento 23) y es un artícul[o] sobre Sarmiento que levantó mucha polvareda en s[u] época por tratarse de uno de los primeros ataque[s] frontales contra uno de los próceres de la histori[a] argentina. Allí se acusaba al expresidente de falta d[e] sensibilidad hacia la religión, la filosofía, el arte y l[a] historia, se le criticaba su antiespañolismo y su laicism[o] recuperando como único valor positivo —y debem[o]s recordar que nos encontramos en este momento con [e]l Gálvez más influenciado por los modelos totalitari[os] europeos— su autoritarismo.

El segundo artículo transcripto (documento 24) pe[r]tenece a la pluma de nuestro conocido César Pico. Est[e] destacado médico bacteriólogo de profesión pero filós[o]fo por vocación, ejerció una considerable influenci[a] especialmente entre los católicos nacionalistas de gener[a]ciones más jóvenes a través de sus charlas en los Curs[os] de Cultura Católica en los cuales exponía con amenida[d]

y en un lenguaje campechano las ideas del Doctor Angélico, según recuerdo de uno de los asistentes, Federico Ibarguren[106]. Colaborador de numerosos periódicos católicos y nacionalistas, este católico intolerante, llamado por ello el "Vice-Papa" por sus amigos, estaba muy influido por el primer Maritain, por Berdiaeff —al cual glosa de diferentes maneras en un sinnúmero de artículos publicados en *Criterio* y *La Nueva República*— y por Belloc, entre otros, y bastante poco por Daudet y Maurras, a los cuales había relegado a la fila de atrás de su biblioteca, según el decir de Julio Irazusta, después de la condena Vaticana[107]. En la década del treinta, polemizó con el nuevo Maritain demócrata, a propósito de la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista. Justificaba Pico dicha colaboración sosteniendo que los ciudadanos católicos tenían como misión detener la expansión del comunismo y ayudar a que el fascismo o el corporativismo no se apartasen de la doctrina católica. Este impávido pensador tomista sufrió en la década del treinta la importante influencia de Ortega y Gasset, a partir de lo cual intentó una confusa elaboración doctrinaria que integrara el pensamiento del filósofo español con el de Aquino. Furioso antipopular y antidemócrata —había polemizado ya al respecto con Rodolfo Irazusta en 1931— fue un enconado adversario del peronismo. En el documento que transcribimos, retoma uno de sus temas favoritos, la gran tradición greco-latina-cristiana europea que habría empezado a decaer con el Humanismo y la Reforma. Todo ello enmarcado en el análisis del problema de Oriente y Occidente.

Otro de los colaboradores habituales de *Criterio* y también de *La Nueva República* fue el destacado filósofo y jurista Tomás Casares. Como ya se ha señalado, estuvo vinculado desde muy joven a los grupos católicos, de varios de los cuales fue organizador. Repartió su tiempo entre esta actividad, sus cátedras, en la Universidad de Buenos Aires de Filosofía del Derecho y de Introducción a la Filosofía, y su carrera judicial (secretario de Juzgado Civil de 1926 a 1932, Asesor de Menores hasta 1937 y luego Juez en lo Civil). Típico exponente del nacionalismo católico, fue uno de los hombres de dicha tendencia que más participación tuvo en las instituciones del Estado bajo distintos regímenes.

43

Vice-Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, Decano de la Facultad de Humanidades de la Plata, fue designado Interventor de la Universidad de Buenos Aires por el régimen militar surgido tras el golpe de 1943. Este Doctor en Jurisprudencia, tradicionalista de cuño tomista, antimoderno, que colaboró intelectualmente con los grupos nacionalistas pero sin participar activamente en ellos, culminó su carrera política como miembro de la Suprema Corte designado por el gobierno de Perón. El texto que hemos seleccionado de él, refleja una faceta diferente del pensamiento nacionalista: su imagen del papel de la mujer y, en especial, de la mujer en la vida política. Enemigo del liberalismo moderno, Casares lógicamente considera que la participación de la mujer debe reducirse al hogar y se manifiesta absolutamente contrario a su actuación política a través del sufragio. Todo el artículo (documento 25) refleja con mucha claridad el ideario clerical y conservador del autor, así como de la revista que hemos analizado.

El último texto seleccionado pertenece a Juan E. Carulla, de quién se ha hablado en la presentación de *La Nueva República*. El mismo (documento 26) es casi una antología de los temas que han aparecido ya en otros artículos. Los males del mundo contemporáneo son, en la visión del médico entrerriano, producto del liberalismo, la Revolución Francesa, el siglo XIX, las izquierdas latinoamericana y argentina, los extranjeros y la enseñanza laica. En algunos países, algo se está intentando para revertir esta situación, restaurando la enseñanza religiosa en las escuelas. La obra de Mussolini es mostrada como paradigmática en este campo.

Observados en conjunto, los cuatro artículos seleccionados de *Criterio* pueden confundirse perfectamente con los del semanario nacionalista dirigido por Rodolfo Irazusta. Sin embargo, un análisis más amplio del conjunto de artículos de ambas publicaciones revelaría algunas diferencias significativas. Apuntemos sólo dos: por una parte, mientras *La Nueva República* era una revista exclusivamente nacionalista, *Criterio* era una revista católica, controlada por la Iglesia, en la cual tenían un peso decisivo los nacionalistas; por otra parte, con el correr del tiempo, ambas irán diferenciándose. Las colaboraciones de Pico y Casares en el Semanario republicano se harán mucho más espaciadas y las de Palacio o

Irazusta, en *Criterio*, también. El criterio de base será siempre común, pero dentro de él se perfilarán dos líneas internas del nacionalismo: el hispanista católico por un lado y el elitista republicano por la otra y ello ocurrirá en la década del treinta.

Documento 13. *Contra los adversarios de la nacionalidad y el orden*

Organicemos la contrarrevolución

La generación a que pertenecemos tiene ya bien definida su misión en la historia de la cultura argentina. Al revisar su patrimonio, nuestra juventud (la que cuenta) ha podido comprobar la vaciedad de las ideologías democráticas y liberales con que se nutrieron sus antecesores inmediatos. Reconoce, en consecuencia, la necesidad de reaccionar contra ellas.

Fortalecida en el estudio de la mejor tradición nacional, la juventud argentina digna de este nombre rinde el homenaje de su respeto al genio político y al buen sentido superior de quienes realizaron la organización del país, no obstante los errores intelectuales que profesaban. Pero al mismo tiempo sabe que, si bien el sentido político exacto y el conocimiento de la realidad pueden primar sobre las nebulosidades doctrinarias —gracias a la relativa autonomía de que goza el orden práctico con respecto al especulativo—, los errores son siempre peligrosos y a la larga funestos. Tanto más peligrosos y funestos cuando menos abundan las personalidades capaces de sobreponerse a ellos en virtud de esa facultad de conformar los propios medios a la realidad circundante, que es privativa del genio y del talento superior en las bellas artes como en las artes políticas.

Tenemos a nuestras espaldas más de medio siglo de desorientación intelectual. Los sofismas del romanticismo y la revolución francesa, que emponzoñaron toda la actividad pensante de varias generaciones argentinas y obstaculizaron nuestro crecimiento político, siguen siendo en el ambiente nacional la ideología dominante.

Sus consecuencias naturales son: en el orden científico y artístico, la apoteosis de la improvisación y la incultura; en el orden político, una torpe demagogia que amenaza arrasar hasta con los más firmes pilares del monumento levantado por la cordura de nuestros constituyentes.

Entre ambos fenómenos existe una evidente correlación. Los dos pueden tratarse bajo el rubro común de la barbarie.

El romanticismo es, en el orden especulativo, desconocimiento de las jerarquías espirituales. Significa una defección de la inteligencia ante el sentimiento o la experiencia sensible y se manifiesta bajo múltiples formas: en el orientalismo contemporáneo, en las filosofías de la intuición, en las seudometafísicas "científicas" y en los extremos literarios del naturalismo y el futurismo.

El romanticismo político, a su vez, significa desconocimiento de las jerarquías naturales. Su expresión categórica es el dogma de la soberanía del pueblo, fuente de casi todos los errores doctrinarios que hacen del siglo pasado uno de los más funestos en la historia del pensamiento universal.

Nuestra vida de nación organizada se ha desarrollado en su totalidad bajo el signo del romanticismo. Por eso la negación de toda clase de jerarquías parece haberse hecho carne en la República Argentina, como también en las otras naciones de América. Negación de la jerarquía sobrenatural de la Iglesia de Cristo; negación de la jerarquía natural del Estado. Predominio del arbitrio individual y de la sensibilidad revolucionaria.

La escuela laica y el sectarismo de la enseñanza que se imparte en nuestros colegios y universidades, unidos a la prédica disolvente de los partidos avanzados y a la propaganda de la prensa populachera, contribuyen al mantenimiento de ese estado de espíritu.

La infección demagógica conspira hoy más fuertemente que nunca contra la salud de nuestro organismo social y se propaga de tal modo que apenas queda institución en el país completamente libre del contagio.

Los cabecillas ambiciosos e ignorantes, alimentados con odio y con discursos, escalan los consejos de Facultad y las cátedras de toda categoría, pontifican libremente en las columnas de los diarios y ocupan importantes puestos administrativos.

El obrerismo bolchevizante asoma ya en algunas constituciones provinciales del Norte y amenaza con invadir el litoral.

Y por si esto no fuese suficiente, bastaría contemplar

el panorama que ofrece parte de nuestra juventud universitaria —que por natural destino está llamada a gobernar al país dentro de quince o veinte años— para temblar por el porvenir de la República. . .

Frente a esa vasta conspiración de fuerzas enemigas, debemos emprender sin demora una labor constante y metódica, en nombre de la salvación nacional.

En todos los círculos del país domina un estado de mentalidad romántica y revolucionaria. Nos corresponde iniciar la contrarrevolución de los espíritus.

La tarea que nos incumbe tiene un doble aspecto.

Uno puramente intelectual, que consistirá en la destrucción paulatina de los sofismas democráticos y liberales con que se envenena a nuestra juventud desde la cátedra, el periódico y el libro. El otro —político— será la lucha sin cuartel contra los adversarios de la nacionalidad y el orden, contra la coalición de la canalla revolucionaria cada vez más insolente y envalentonada.

Contaremos para nuestra campaña con el concurso de todos los hombres de bien, y por eso estamos seguros de triunfar.

La República de mañana será lo que nosotros hagamos de ella. La invasión demagógica no ha de ser para nuestra patria una fatalidad histórica —como lo pretende la impostura socialista—, si nosotros mismos no lo permitimos. Frente a quienes proclaman la dictadura del populacho como una necesidad impuesta por presuntas leyes de la economía y la historia y se regocijan o se resignan ante ese monstruoso destino, opongamos el ejemplo confortador —historia viva— de Italia y España, donde se nos demuestra que más puede la voluntad inteligente de los hombres que las fuerzas ciegas del azar.

Organicemos, pues, la contrarrevolución. . .

(Ernesto Palacio - *La Nueva República*, 1/12/1927)

Documento 14: *Nacionalismo y democracia*

Nacionalismo y democracia

La ignorancia del significado tradicional de los términos inherente a la decadencia de la cultura, se alía así al desparpajo con que se les adjudica sentidos arbitrarios, adecuados al fin que cada propagandista se propone. Tal ocurre hoy con la palabra nacionalismo y otras análogas, a las que se atribuye la influencia magnética de atraer voluntades o la virtud mágica de multiplicar los sufragios.

Entre nosotros hemos visto calificar de nacionalista a un indianismo artificial y literario; o bien, con el calificativo de "continental", a un sospechoso americanismo "anti-yanqui" bajo el cual podía adivinar el menos advertido una añagaza bolchevique para difundir, a cubierto de la solidaridad invocada, el virus prendido en algunos países del Norte. Ciertos grupos de estudiantes universitarios invocan un "nacionalismo idealista" del mismo jaez, es decir, mexicanizante y soviético. Y para colmo de confusión, hasta una de las fracciones del socialismo internacional acaba de usar con éxito el disfraz nacionalista en las últimas elecciones y ha llegado al extremo de prostituir la bandera argentina, paseándola enlazada con el trapo rojo al frente de su turba partidaria extranjera el 1° de mayo. Nada diremos de los demás partidos políticos que naturalmente, y guiados por idéntico propósito utilitario, se atribuyen cada cual por su parte la exclusividad de la doctrina. La democracia es el reino de la impostura y ya hemos visto cómo, en trance de sufragio, triunfa el que miente mejor.

Por supuesto, ninguno de esos conceptos vagos que brotan de la boca de los demagogos, ya desmentidos en la intención y ultrajados en los actos, tienen nada que ver con el nacionalismo. No lo es tampoco la simple aspiración al bien del país, aún suponiendo benévolamente que sea de buena fe, ni la ostentación ruidosa de la hojalatería patriótica. El nacionalismo es una doctrina precisa y clara; como tal, se dirige a la inteligencia más que al corazón, no obstante estar fundada en un hondo sentimiento de patria. El nacionalismo razona, no declama, y así las dianas del 25 de mayo más le estorban que le ayudan. Esto en cuanto a su aspecto intelectual, doctrinario. Lo que no significa, claro está, carecer de emoción patriótica, sino devolver a la inteligencia lo que le pertenece. La perfección de la doctrina no es obstáculo para que el nacionalista típico pueda llorar y llore, en efecto, como el más simple de los ciudadanos, contemplando el paso de las banderas en los desfiles militares o

45

escuchando los acordes del Himno en cualquier fiesta conmemorativa. Porque ese es, precisamente, el secreto: sentir como el pueblo, no pensar como él.

Para definir el nacionalismo es útil comenzar distinguiéndolo de sus contrarios.

El nacionalismo persigue el bien de la nación, de la colectividad humana organizada; considera que existe una subordinación necesaria de los intereses individuales al interés de dicha colectividad y de los derechos individuales al derecho del Estado. Esto basta para diferenciarlo de las doctrinas del panteísmo político, las cuales se caracterizan por el olvido de ese fin esencial de todo gobierno —el bien común— para sustituirlo por principios abstractos: soberanía del pueblo, libertad, igualdad, redención del proletariado.

Sabemos ya los orígenes de esta desviación moderna. Reconocemos inmediatamente las imaginaciones malsanas del psicópata ginebrino que trató de encontrar las leyes eternas a que obedecen las sociedades en el murmullo de los álamos de Ermenonville y hurgando en su propio corazón, podrido de vanidad. Las doctrinas del panteísmo político son, en efecto, consecuencia lógica de la falsificación previa del hombre imaginada por Juan Jacobo Rousseau, funesto genio que se enternecía descubriendo por introspección la bondad natural de la especie, mientras abandonaba metódicamente en la Inclusa a los tristes frutos de sus amores. . .

Los movimientos nacionalistas actuales se manifiestan en todos los países como una restauración de los principios políticos tradicionales, de la idea clásica del gobierno, en oposición a los errores del doctrinarismo democrático, cuyas consecuencias desastrosas denuncia. Frente a los mitos disolventes de los demagogos erige las verdades fundamentales que son la vida y la grandeza de las naciones: orden, autoridad, jerarquía. Principios fundados en la razón y la experiencia y en los cuales se compendia íntegra la ciencia del gobierno.

Existe, pues, una divergencia profunda entre el nacionalismo y la democracia. El nacionalismo quiere el bien del país: su unidad, su paz, su grandeza. Estos beneficios no se obtienen sin el orden, garantía de justicia y bienestar social; sin el orden, cuyos elementos son la autoridad y la jerarquía. El espíritu democrático, con su invocación de derechos absolutos y su ignorancia de los deberes del individuo hacia la sociedad, es enemigo natural de la autoridad y la jerarquía; por consiguiente, del orden; por consiguiente, del bien de la nación, de su unidad, su paz y su grandeza.

El demócrata que se declara nacionalista o miente a sabiendas, o ignora en absoluto el valor de los conceptos. Porque en todo demócrata hay un creyente en el *Contrato Social* y en los "Derechos del hombre", y ya hemos visto cómo estos derechos explosivos son un constante peligro para el mantenimiento de esa suprema realidad política que es la nación constituida.

Los razonadores políticos pueden dividirse en rigor en dos grandes grupos: los que, reconociendo la naturaleza social del hombre, consideran a la sociedad como un fenómeno natural y los que creen que ella es una creación más o menos artificiosa de los individuos. Los primeros pueden ser nacionalistas; los segundos nunca. Los primeros, al aceptar la sociedad como un hecho anterior y superior, se someterán a ella, tratarán de hacerla objeto de conocimiento y descubrir sus leyes propias. Los demócratas, en cambio (presuntos herederos directos de los distinguidos salvajes que en un día de mortal aburrimiento pusieron sus firmas prehistóricas al pie del contrato donde resolvían vivir en común), serán los eternos disconformes en cualquier sociedad organizada, pues cada una llevará un plan de república ideal en la cabeza, un contrato nuevo o una nueva cláusula que satisfaga las ansias de expansión de su yo incontenible. Cosa muy natural, por otra parte, en quienes se sienten sometidos a obligaciones generalmente molestas por estipulación de un antepasado remoto que no pudo consultarlos y que además era salvaje. Para resolver estos incómodos pleitos de familia a largo plazo se inventó el mito del Progreso y se crearon los parlamentos modernos.

Quienes aceptan que la sociedad está fundada en la naturaleza, pueden ser nacionalistas. Reconocerán el carácter necesariamente limitado de los propios derechos y su subordinación al orden de la sociedad a que pertenecen. Aceptarán la necesidad de un jefe y de una jerarquía. Tratarán por todos los medios de que la nación propia se organice de acuerdo con las leyes naturales descubiertas por la inteligencia. Serán, pues, antidemócratas. (. . .)

Los nacionalismos actuales significan en el orden político un restablecimiento de la primacía de la Inteligencia sobre las creaciones oscuras del sentimiento y la imaginación. Reanudan así en cierto modo una tradición de cultura interrumpida por la Revolución francesa. Esta abrió, efectivamente, un abismo profundo entre dos épocas; pero en un sentido completamente opuesto al proclamado por las ridículas profecías de los románticos. La cantaron como el triunfo de la razón. Fue, en realidad, su breve eclipse.

(Ernesto Palacio - *La Nueva República*, 5/V/1928)

Documento 15. *La decadencia de Occidente*

Inteligencia y revolución

El fracaso de la democracia mayoritaria, considerado como acontecimiento contemporáneo, obliga a reflexionar sobre los factores que lo determinan. Désele al hecho la importancia que se quiera, el hecho subsiste y sobre este punto no cabe discusión. Hay, pues, que establecer el determinismo (para emplear una terminología científica) de este hecho indudable.

Nicolás Berdiaeff, en su notable libro titulado "Una nueva edad media", hace el proceso de la historia a partir del Renacimiento y la Reforma y establece, con admirable sagacidad las etapas que marcan la transición entre la cultura —orden y primacía de los valores espirituales— y la civilización, es decir, el agotamiento de las energías creadoras, por aplicación de las mismas hacia la práctica, hacia el orden específicamente material. En términos filosóficos, se diría que el tránsito de la cultura a la civilización técnica y aplicada obedece a una inversión del predominio del espíritu sobre la materia, de la inteligencia sobre el sentimiento y la voluntad.

Una vez introducido el desorden en las jerarquías, la reacción se produce fatalmente en virtud de la dialéctica interna de los principios que rigen los acontecimientos: "Chassez le naturel et il revient au galop". Ahora bien la naturaleza misma exige la primacía de la inteligencia; y la confusión delirante que caracteriza este período agónico de la historia moderna y contemporánea no es más

que la vindicación de la naturaleza violentada por los sofismas del humanismo individualista, por el subjetivismo criterio-lógico de las filosofías del parecer que se han ido sucediendo desde Descartes hasta nuestros días.

La democracia mayoritaria es, en el orden político, una expresión lógica de esa indiferencia (fruto del escepticismo) ante la verdad y el error y que ha recibido el nombre de tolerancia. Faltos de un criterio objetivo, *trascendente al simple parecer subjetivo*, los *teorizadores* de la política se vieron constreñidos a aceptar el criterio seudomayoritario para acomodarse a la necesidad ineludible de la vida pública y colectiva. Los frutos están a la vista. El régimen parlamentario ha podido desenvolverse mientras no se presentaron problemas apremiantes. Ante un grave peligro, exterior o interior, ha sido constantemente necesario apelar a la "unión sagrada", a los regímenes de fuerzas. Concomitantemente, la evolución de las ideas ha respondido a los hechos, y así hemos visto a los más diversos pensadores desarrollar doctrinas que, por impositivas, testimonian de una manera precisa o instintiva, una adhesión a lo que se considera verdad, a los regímenes de intolerancia. El fascismo y el bolcheviquismo son dos exponentes extremos de este estado de espíritu. Y es precisamente este estado de espíritu colectivo lo que trae consigo, por incompatibilidad, el fracaso de la democracia liberal.

Ante el hecho consumado se plantea el problema de la elección entre dos direcciones divergentes.

La demagogia revolucionaria se deja guiar por la lógica de los acontecimientos y, desvanecida la democracia social (el socialismo), se dirige hacia el consumismo integral. Esta actitud, *lógica a fuerza de antiliberal, tiene* el grave inconveniente de carecer de autocontrol. Es un movimiento instintivo, sentimental, encubierto por el aparato de un cientifismo fuera de moda. La literatura demagógica corrobora este aserto con la ininterrumpida palabrería que expresan los más abominables lugares comunes, detrás de los cuales solo se percibe el vacío intelectual más absoluto, no obstante el poder de sugestión sentimental y colectiva ejercitado por la terminología izquierdista. Claridad, progreso, vanguardia, libertad, opresión, juventud, tiranía. . .: "soyez beni mon Dieu qui m'avez dé livré des idoles" diría Paul Claudel.

La reacción intelectual (es sintomática la aversión de

los "dirigentes" comunistas por los intelectuales) responde, también, a los acontecimientos de esta hora del mundo. Pero consciente del significado filosófico de la crisis contemporánea busca el remedio en un retorno a la cultura, a la primacía del espíritu y de la inteligencia. Ante todo, una revisión de los sofismas del subjetivismo filosófico, una vuelta hacia la gran tradición de la filosofía realista. Cultura greco-latina y católica; reivindicación de la Iglesia y del tomismo; disciplina obligada de la soberanía romántica. Busca primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás vendrá por añadidura.

(César E. Pico - *La Nueva República* 1/1/1928)

Documento 16: *El orden sobrenatural*

Política y moral

(. . .) La doctrina moderna del Estado basada en la soberanía del pueblo respondió como un eco fiel a la doctrina moral de la autonomía individual, instaurada por la Reforma y teorizada luego por el genio de Kant. Pero como en el hecho las sutiles teorías de la universalidad de la norma autónoma, y de la voluntad general eran incapaces de suscitar y mantener un orden de estricta sujeción, una obediencia en conciencia en todos y cada uno de los ciudadanos, abierta como estaba la perspectiva fatídica de la autonomía, triunfa en moral y en política el principio de la plenitud individual sin restricciones, a lo Nietzsche. No hay deber, sólo hay derecho a vivir y triunfar; el mundo es de la voluntad de potencia. De aquí la perenne disposición a la rebeldía en los súbditos, y la exaltación de la fuerza estatal para imponer un orden que cada día se hace más difícil en el caos de las individuales autonomías desorbitadas.

Y así viven los pueblos entre el despotismo y la revolución repitiendo un ciclo del que sólo puede sacarlos el reconocimiento liso y llano del concepto del "deber" entendido como sometimiento racional a una norma que tenga en su absoluta trascendencia la garantía de su universalidad, y en su vinculación con la causa primera de todo lo que es, la prueba de su autoridad indisputable. En una palabra, la salvación vendría de un reconocimiento de la supremacía de los deberes del hombre en cuanto tal sobre los derechos de la persona individual concreta. Y ese reconocimiento sólo puede venir por obra de la Iglesia depositaria de la Revelación en la que está la raíz viva de esa norma trascendente; la Iglesia que logró el milagro de la armonía estricta de lo moral y lo político en el esplendor de la Edad Media, muchas veces contra reyes y caballeros, y pueblos ensoberbecidos, pero que no pecaban contra la luz, vale decir, que reconocían la realeza de Cristo con toda la secuela de consecuencias sobrenaturales y temporales, comenzando con la sujeción de "todo" al destino sobrenatural del hombre porque todo ha sido creado para el hombre y el hombre para Dios, y concluyendo por la salvaguarda de la humana dignidad en su plenitud moral.

(Tomás D. Casares - *La Nueva República* 15/1/1928).

Documento 17: *La mejor forma de gobierno*

La forma mixta de gobierno

Todos los gobiernos son monárquicos, aristocráticos democráticos al mismo tiempo, porque la persona que e definitiva es la que gestiona los intereses de todo aprovecha los otros poderes, diferentes del suyo, que so el intelectual de las "élites" y el práctico del pueblo. Si la colaboración del pueblo no hay régimen que mantenga, por más violencia que emplee; sin las luces las distintas capacidades no hay consejo para la buen dirección de la voluntad ejecutiva; sin agente person que decida prontamente no hay voluntad ejecutiva, por lo tanto no hay gobierno. Mirando bien las cosa esos tres elementos se encuentran en todos los regím nes. Según sea el elemento que predomine, los diferent gobiernos históricos han recibido los nombres de moná quicos, aristocráticos o democráticos. Pero antes tomar nombres existieron, y al tiempo que funcionab como el órgano propuesto a la gestión de los intereses los pueblos eran menos simples que en las designacion con que han pasado a la historia de la ciencia políti (. . .)

Los órganos de representación pueden ser soberanos de nombre y estar llamados a decidir de la paz y de la guerra, como en las repúblicas; pueden dar la ilusión de una identidad perfecta con el ejecutivo salido de su seno, como en las aristocracias; o no tener aparentemente ninguna función como en las monarquías llamadas absolutas. Pero todos son, en los gobiernos de distintas etiquetas, medios de expresión de las necesidades particulares. Porque aún en las monarquías la voz del pueblo no es acallada, y aunque más no sea en la plaza pública (con motivo de una fiesta popular o en amotinamientos deliberados) sabe encontrar el camino de los oídos del soberano.

La ciencia política ha proclamado por medio de sus más altos representantes la verdad que resulta de las comprobaciones anteriores. Platón, Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Maquiavelo, Vico, Rivarol reconocen como la mejor forma de gobierno a aquella que concilie los anhelos de la libertad con las exigencias de la autoridad. La aparición de los ideólogos con sus constituciones escritas provocó el olvido del orden tradicional que se había establecido espontáneamente. Desde entonces la especulación política brega por establecer a plumazos un orden perfecto y por acreditar la superioridad de uno solo de los elementos que entran en juego en el hecho del gobierno. No habría en ello nada de malo si, como en la comprobación de los filósofos aludidos, se hubiese querido dar un estatuto filosófico a la realidad de las cosas, y del hecho de que el elemento personal en el poder político es la cumbre de una pirámide que puede simbolizar a la actividad práctica en uno de sus aspectos, deducir que la forma de gobierno que asegura mejor el desempeño de aquel elemento personal es superior a todas las otras, como lo hace Vico con la monarquía. Pero lo que hicieron de un siglo y medio para acá los pensadores políticos, o los que hacen las veces de tales, que son los ideólogos, fue precisamente acreditar la superioridad de las fuerzas populares, y tratar de convencernos de que una pirámide se quedará en reposo sobre su punta como si fuera un trompo. El momento de la deliberación fue considerado por ella como más importante que el de la decisión. Y eso es lo que lo ha echado todo a perder. Mucho más absurdo que la pretensión de establecer para las formas de gobierno una escala rígida de valores en que la monarquía tuviera el primer lugar es querer establecer otra en la cual lo tenga la democracia. (. . .)

La democracia sistemática que conocemos, es lo más absurdo que hay, es el pecado contra el espíritu como decía el otro. Precisamente por ser sistema; porque siéndolo, espera que en el desierto moral realizado por la revolución, el pueblo, esa entidad amorfa y sin cabeza, quede solo y se guíe a sí mismo, que vea el oasis y calcule con exactitud el linde lejano de una nueva civilización.

La forma mixta de gobierno no quiere la supresión de ninguno de los elementos de la sociedad. (. . .)

(Julio Irazusta- *La Nueva República* (31/1/28)

Documento 18: *La República*

República y democracia

República es, entendida la palabra en su acepción etimológica, la cosa pública. Es la suma de acciones realizadas por un agente, de acuerdo con ciertas reglas establecidas por él o por leyes anteriores a él, y enderezadas al bien común. En tal sentido podían hablar de república los clásicos españoles y franceses que vivieron bajo regímenes monárquicos. Como se ve la acepción es lata. Comprende el hecho político de los más variados países. Es la realidad misma del gobierno.

La democracia es la utopía, la abstracción. De la justa exigencia de clasificar los gobiernos por géneros, según el orden de distribución del poder, para luego pasar más fácilmente al estudio de los gobiernos particulares, los teorizadores racionalistas han pasado a hacer de los géneros verdaderas hipóstasis. Cada forma de gobierno se ha convertido así en una persona con más vida que los gobiernos de tipo semejante de los cuales se han sacado las cualidades que caracterizan a aquélla. Y el teorizador dice que no habrá gobierno perfecto en cada caso particular sino cuando se reproduzcan exactamente los rasgos de una de aquellas personas ideales. Cada una de éstas ha tenido sus propugnadores. Pero ninguna tantos como la democracia. Ni tan sistemáticos. Es que de la

aristocracia y la monarquía, de la república romana y el reino de Francia se ha ido formando la teoría al mismo tiempo que la realidad histórica, y el teorizador ha sido en la mayoría de los casos nada más que el historiador de aquellas formaciones políticas. Así las teorías de la monarquía, la aristocracia o la república son, en los mejores autores, una misma cosa con la de la forma mixta del gobierno, la cual permite una razonable organización social bajo cualquiera de aquellos regímenes. La teoría de la democracia perfecta ha surgido como un movimiento de oposición, hecha por hombres que sufrían de los inconvenientes inevitables en toda formación social y que se vengaban teorizando sus rencores. Ostenta la unilateralidad y el espíritu sectario de un programa de partido.

El demócrata siempre está a la puerta de las condiciones que harán posible la democracia perfecta. La democracia existente es siempre la mala. La buena siempre está por hacerse. Y como la construcción no terminará nunca, nunca le será posible a la ciencia juzgarla definitivamente. Por eso, si Platón y Aristóteles fueron partidarios de la aristocracia, dice el teórico demócrata, sus preferencias no tienen valor alguno. (. . .)

En el aspecto económico, la democracia es un régimen de consumo. Como en teoría todos somos iguales, nadie acepta de buen grado los duros oficios de la producción, que quedan únicamente para aquellos que no alcanzan una participación en el presupuesto del Estado. Se puede empezar a poner en práctica, en gran escala, sólo después de un régimen de producción y economía, iniciándose con la expoliación de los que han acumulado la riqueza. A medida que la democracia se acerca a su ideal, cada vez los ricos tienen menos sin que los pobres tengan más, hasta el momento de la nivelación por abajo en la miseria de todos; y con fugaz realización de la democracia perfecta coincide su ruina o la del país en el que se practique. Rivarol trae al respecto el siguiente apólogo: se acusó a las fuentes públicas de acaparar las aguas; las fuentes fueron destruidas y el agua se perdió. Como se ve, no se pretende negar en absoluto la posibilidad de la democracia, que todo es posible. Sino que tampoco se puede ganar, dada la correcta aplicación de aquélla, lo irremediable del fin al que conduce.

República es el gobierno existente en cualquier país

bien organizado, donde éste sea regido por aquél como el cuerpo lo es por el alma. Implica la admisión, en el ejercicio del gobierno y en su formación, de un principio más espiritual que el mayoritario, la capacidad y la representación de la capacidad, y en el organismo social, de las diferencias establecidas por la naturaleza; el respeto por las superioridades de la posición, de la cultura, de la edad, etc.; una equitativa consideración de todas las clases. No es la manera menos eficaz de atender a las justas reivindicaciones de los trabajadores el procurar su buena inteligencia con los capitalistas para el mejor resultado de la producción. En una república bien organizada la acumulación de la riqueza no es delito; el dinero es honrado porque sólo así se consigue que preste un servicio público. El Estado necesita que haya quienes puedan y quieran servirlo desinteresadamente. (. . .)

(Julio Irazusta –*La Nueva República*– 15/3/1928)

Documento 19: *Constitución y Democracia*

(. . .) Una misma institución puede variar de contenido en el curso del tiempo, si no variar radicalmente sus formas. Nuestra constitución republicana hasta Sáenz Peña, ha podido tolerar hasta ahora el desenvolvimiento democrático que la está poniendo a prueba, pero es conveniente no continuar tan peligroso juego si se desea su salvación. No será ésto el volver a los gobiernos de familia, que gobernaron el país durante medio siglo, pero sí la supresión total del elemento democrático. La reforma debe venir de un estudio detenido de los recursos que ella contiene para restablecer el republicanismo. Despojándola del vértigo democrático, la veremos más hermosa y esperaremos el día sereno en que la paz social perfecta y el espíritu ciudadano más esclarecido, permitan suplantarla si no sirve.

En los ciento y tantos artículos de la constitución del 53, ni una sola vez se habla de la democracia. Esa palabra no figura para nada en texto tan extenso. Esto se debe a que sus autores, algunos de ellos muy cultos, conocían los clásicos políticos y sabían el verdadero significado de los vocablos. Sabían que la Democracia era el desorden, la crisis de las repúblicas y de las monarquías y no un sistema de gobierno y tenían fresco el recuerdo de los

horrendos crímenes que el desborde del Demos había producido en Francia el año 93. Sin embargo, en esa época la palabra tenía boga universal; se la usaba en toda América y era en Europa el estandarte de todos los levantamientos. (. . .)

Busquemos, pues, la senda constitucional que nos lleve a suprimir el mal.

II. El artículo primero

"La Nación adopta para su gobierno la forma republicana representativa y federal."

De las tres palabras que definen la forma de gobierno, ninguna de ellas es inseparable del concepto de Democracia y dos son francamente hostiles.

En efecto, Republicano es el interés por la cosa pública, causa pública, como dice el diccionario de la Academia. Es decir, la subordinación de todas las acciones públicas al interés general. En último término, Republicanismo significa la primacía del derecho público sobre el derecho privado, que según Vico es la salud del Estado, siendo su contrario la disminución y ruina del Estado. La Democracia es precisamente la primacía del derecho privado, como se ve en Spencer, en *El Individuo contra el Estado* y como lo confirma Alain, el teorizador de la Democracia Francesa cuando sostiene que los ministros no son sino delegados de la representación popular para defender a los ciudadanos contra los cuerpos del Estado, Ejército, administración, etc. Además, el último argumento de todo buen demócrata, es el de la dignidad. El de que nada tiene tanta importancia como su propia libertad. Lo natural es que el hombre defienda sus derechos ante la sociedad, pero también lo es que la sociedad defienda los suyos ante la tendencia a exagerar los propios de todo individuo. Eso se ve con los delincuentes de toda naturaleza, que invocan mil veces sentimientos respetables y que la sociedad debe castigar para su conservación. En el régimen democrático, todos los excesos de dignidad personal, de capricho y de interés que pueda tener el ciudadano se traducen en votos contra el Estado. Por eso los gobiernos democráticos hacen mala policía y desorganizan la justicia. Eso cuando no aparece una ley como la de condena condicio-

51

nal, que demuestra claramente la primacía del derecho privado. El republicanismo y el democratismo son, pues, antitéticos.

En la palabra representativo, podía caber un sentido democrático, aunque en la democracia no exista en realidad representación. Podría aducirse que representativo significa representantes del pueblo como se suele llamar a los magistrados democráticos. Pero aparte de ser impropia esa denominación cuando se refiere a los diputados, es imposible concebir que los gobernantes representen al pueblo. Entiéndese bien, que lo representen cuando gobiernan, porque todo gobierno representa a su país ante el extranjero, aunque sea el Emir de Afganistan. Porque la representación debe ser ante alguien y el uso de ese vocablo para designar a los mandatarios democráticos, proviene de las antiguas Cortes o Estados Generales, en que los diputados o procuradores de las clases de la sociedad, los representaban ante el soberano. Además, si un diputado puede pretenderse representante, jamás puede invocar esa condición un gobernante. Lo que en teoría es la Democracia, es una delegación de poder, que es muy diferente. Y una delegación de poder que en una Monarquía o en una república es precaria, debido a la permanencia del soberano, en una democracia es absoluta.

La elección no puede dar una representación fiel, si no se opera entre hombres de la misma condición social o profesional. Puede ocurrir que un diputado de sufragio universal represente vagamente su distrito y los intereses particulares de su ciudad, pero no que represente a todos los ciudadanos. Por lo general un abogado, un profesional de la política no representa a nadie para gestión de los intereses públicos; la prueba la dan las numerosísimas corporaciones y comisiones eventuales que están o se forman para defender los intereses particulares. Cuanto a que los diputados representan el interés general, es un contrasentido, porque ese sólo puede representarlo el Estado en su unidad. Podría pues la representación involucrar la democracia, pero la realidad de la democracia destruye toda representación con el sufragio universal.

Queda por último el Federalismo. Aquí no hay duda alguna; el federalismo y la democracia son sencillamente incompatibles. Ya vimos que la delegación de poder que

significa la democracia es absoluta, y el absolutismo del sufragio es mucho más efectivo que el de los monarcas llamados absolutos, porque éstos se apoyan siempre sobre otras instituciones permanentes, como la Iglesia, la cual tiene grandes fueros y empieza por consagrar los reyes o emperadores. Cuando el Estado proceda del sufragio universal, no respeta nada porque ninguna limitación tradicional puede valer su soberanía. Esto se ha visto con la primera presidencia democrática, la de Yrigoyen, que arrolló las autonomías provinciales al mismo tiempo que los gobiernos provinciales atropellaban los municipios. Lo mismo ocurrió con los fueros de las regiones españolas que los reyes absolutos habían respetado y los gobiernos de sufragio universal suprimieron sin contemplación.

El federalismo es por naturaleza tradicionalista y por ello constituye una valla para el poder político. Por eso o hay federalismo o hay democracia; los dos juntos no pueden vivir.

(Rodolfo Irazusta. *La Nueva República* 28/4/1928)

Documento 20: *La revisión del pasado*

El precio del liberalismo

El liberalismo se ha mantenido muchos años en auge basado sobre el prestigio de su utilidad. Es indudable que ciertos aspectos del bien público, sobre todo en el orden material, han sido logrados por esa escuela, siempre que ella se ha limitado, obligada por las circunstancias, a operar solamente en el campo de la economía. Los liberales positivistas pueden vanagloriarse de haber provocado el desarrollo de la prosperidad material de muchos países, pero no es posible admitirles que esa prosperidad haya sido jamás completa y menos aún favorable a las naciones que la han usufructuado temporariamente, sino en aquellos países de donde procedía la doctrina y en donde las instituciones políticas tuvieron bastante fuerza para restringir sus efectos el campo estricto de la economía.

Así, por ejemplo, puede sostenerse con fundamento, que la prosperidad de Inglaterra se debe al liberalismo

económico mantenido con intermitencias casi un siglo. Pero no se tiene ninguno cuando se afirma que la política inglesa haya sido liberal durante el período de su enriquecimiento con el libre cambio. Nos referimos naturalmente a su política exterior, que es la verdadera política de los estados prósperos y bien organizados.

Cierto es que al individualismo que de acuerdo a la doctrina liberal equivale en el orden político, al librecambio en el orden económico, ha tenido gran desarrollo en la vida del pueblo inglés; su condición insular permitió siempre a Inglaterra relevar a sus habitantes de la disciplina a que se ven obligados los ciudadanos de países con fronteras abiertas e inseguras. Pero, esa disciplina les era impuesta a los ingleses con respecto a los intereses capitales del Estado, no sólo por la simplicidad y concreción de esos intereses, sino también por el dispositivo de su política. Además, por su conducta en el extranjero, el inglés, es típicamente disciplinado, patriota y solidario; su individualismo insular se convierte súbitamente al transponer las aguas de la Gran Bretaña en el mutualismo más estrecho de las colonias que forma.

Si consideramos la existencia del liberalismo en otros países, no podemos menos de constatar lo dicho anteriormente, es decir que el liberalismo político es dañoso, sin que necesariamente lo sea el liberalismo económico. En los Estados Unidos no ha existido propiamente dicho el liberalismo. Sus métodos económicos, han tendido generalmente, al proteccionismo y su política ha sido, es y será completamente imperialista, aunque las formas de ese imperialismo hayan pasado de la conquista territorial al industrialismo y de éste al dominio financiero como lo estamos viendo en nuestros días. Por otra parte, el individualismo protestante sobre el cual se asienta la doctrina liberal es allí rigurosamente contrarrestado por el fanatismo puritano, de cuyo dominio no es posible dudar después de la ley seca. (. . .)

Si observamos el siglo diez y nueve español o italiano, no podremos menos de constatar a cada paso el efecto desquiciador que la doctrina liberal ha operado en ambas naciones, en todo sentido. Y es que las instituciones políticas solo sirven a los países que las han creado, de acuerdo a sus necesidades y a sus condiciones.

Un país hay que parece ser el ejemplo más concluyen-

52

te de los beneficios que rinden las instituciones liberales. Ese país es la República Argentina. En ella el liberalismo ha estimulado la inmigración, fomentado la agricultura y el comercio, implantado industrias, construido ciudades y desarrollado una estupenda red ferroviaria. Los beneficios recibidos por los ciudadanos individualmente y por la colectividad, son incontables aunque no inapreciables en conjunto. El liberalismo, enriqueciendo a los argentinos, les permitió la formación de un estado poderoso a cuya voluntad sistemática se debe una maravillosa difusión de la enseñanza y el afianzamiento de la seguridad elemento esencial este último para el perfeccionamiento social y el desarrollo de los estados. Agregado a todo estos bienes de orden material, el país argentino ha gozado durante la vigencia (ya terminada) de la Constitución liberal del 53, del bien inapreciable que significa la libertad individual más amplia efectiva y completa de que haya ejemplo en la historia del mundo. Los argentinos y aun más los extranjeros que habitaban el país, han gozado durante cincuenta años del máximum de libertad, con el mínimum de sacrificio en pro del interés general. El derecho argentino elaborado por los liberales establece tal desproporción en beneficio del derecho privado y en perjuicio del derecho público, que los usufructuarios de ese orden se creyeron por cierto tiempo, enceguecidos por el orgullo, una especie de superamericanos. . . .

Dicen algunos historiadores que tal resultado era la aspiración del movimiento de Mayo que originó la independencia y en parte tienen razón.

Sin embargo, la corta historia de esta bulliciosa república demuestra que no en todo momento nos es provechoso el liberalismo y que cuando lo fue, sus beneficios pasajeros se pagaron en un precio excesivo.

El proceso histórico argentino de la primera mitad del siglo diez y nueve no es más que una lucha de excesos entre el liberalismo político de importación y el sentimiento patriótico naciente, exacerbado por la lucha de la independencia. Primero el jacobinismo abiertamente antijerárquico de Moreno, ante el sentido tradicional y culto de Don Gregorio Funes, a continuación el principismo exótico de Rivadavia, cuyo desarrollo provocó la reacción nacional de Rosas. Moreno significa la destrucción de las jerarquías mantenedoras de orden social,

atemperada por las necesidades de la guerra. Su ideal hubiera sido suprimir a los generales, si la causa americana no hubiera requerido para consumar la independencia de la disciplina y de la jerarquía militares. Rivadavia significó la introducción en el país de la lucha de principios ideológicos y la consiguiente aparición de las banderías políticas, origen de la guerra civil. Rosas encarna la reacción del espíritu nacional, (ya nacional) en forma banderiza, la primacía del interés supremo del Estado y la absorción por éste de todos los intereses y derechos individuales.

En esta lucha se jugaba un largo porvenir encarnado en la voluntad patriótica de consumar precisamente la unidad geográfica y política por un lado y en la ambición mediocre e impaciente de dar al pueblo una vida pacífica y próspera, poco apropiada al temperamento nacional de entonces.

La segunda mitad del mismo siglo nos muestra el liberalismo triunfante en Caseros y a la República definitivamente derrotada, desmedrada, amputada. *El liberalismo prefirió la prosperidad a la gloria*, sin sospechar que detrás de ésta última también esta la riqueza, una prosperidad pacífica más duradera. (. ...)

Los liberales argentinos olvidaron la lección de la historia. Ella les hubiera enseñado que nuestra patria fue desde la cuna, la víctima de esa doctrina destructora. Ello les hubiera recordado que el primer destello del liberalismo universal trajo también la prosperidad a estas lejanas playas del Plata, que trajo al ilustre Don Pedro de Cevallos munido de poderes para estimular el comercio, aunque también munido de una escuadra para contrarrestar el avance del enemigo tradicional. La Historia les había recordado también, que la misma inspiración progresista que nos enviara a Cevallos, nos había mandado unos años antes a un oscuro gobernador, Don Francisco le Paula Bucarelli, el cual por orden del progresista Carlos III había procedido a la expulsión de los Jesuítas de las Misiones, mantenedores del baluarte de la frontera oriental, sobre cuyos escombros ha podido penetrar en el flanco doloroso de la Patria esa cuña torturadora: *el rincón del Cuareim.*

(Rodolfo Irazusta – *El baluarte* 25/XII/1929)

53

Documento 21: *Yrigoyenismo y totalitarismo*

La política

(. . .)

II. *La indignidad de los tiempos presentes*

Cuentan las historias que en los ominosos tiempos de Don Juan Manuel, las madres y las hijas de los políticos unitarios o supuestos adversarios del régimen existente, solían temblar a la caída de la tarde, presagiando los riesgos que la alianza de la barbarie con la noche, hacían frecuentes por entonces. De los hombres no se dice que temblaran; será quizás que los de esta tierra no habían aprendido todavía.

Las angustias de esos pobres seres castigados por la brutalidad de las pasiones políticas no terminaron con la emigración de los enemigos del restaurador, al cual combatieron denodadamente durante quince años, con la pluma o con la espada, muchas veces con las dos, amparados en las capitales extranjeras o luchando en los campos de batalla. La trágica situación de las familias de los hombres que por su posición o condición se veían obligados a participar en la acción pública, fue el argumento más ardiente de la lucha, el elemento más poderoso de los que contribuyeron a destruir un poder, cuya utilidad fue grande en el momento, pues consolidó la unidad nacional y hubiera quizás realizado obra mayor si las fallas morales del hombre que lo encarnaba no hubieran precipitado su destrucción. Con todo, la trágica grandeza de la lucha da a la historia de aquella época una dignidad que no tiene la nuestra; poseemos suficientes garantías para vivir y trabajar, pero nos toca a todos un poco de la vergüenza con que el actual gobierno nos está cubriendo.

Los abusos del gobierno no tienen la intensidad que supieron tener en el año cuarenta, pero influyen más ampliamente en la vida social, debido a la estructura tentacular del estado moderno, hipertrofiada en la República Argentina por la enormidad de sus recursos y por la afición que entró a los argentinos desde la época del positivismo alberdiano a colaborar en el gobierno y a

participar de sus beneficios, colaboración y participación que el triunfo del partido democrático ha exagerado sobremanera.

La situación afligente en que se encuentran en la actualidad las personas que por una u otra razón dependen del Estado, debido a las veleidades del caudillo de la democracia, está indudablemente acumulando la indignación de los hombres de conciencia, pero mientras no se produzca una saludable reacción política, una ola de servilismo deprimente para la moral pública y solo enrostrable a quien con medidas inconsultas y arbitrarias se empeña en vejar y deprimir a los ciudadanos.

III. *El protector de los humildes*

Cuando el actual presidente llegó por primera vez a la Casa Rosada en 1916, arrastrado por la turba democrática, dio a entender desde el primer momento su voluntad de castigar el orgullo de los poderosos en franca amistad con el populacho cuyo amor desenfrenado no sospechó jamás en su retiro de veinte años, durante los cuales prefirió sistemáticamente el cuartelazo al comicio, pues sus aspiraciones no fueron hasta entonces de caudillo popular, sino de dominador inaccesible.

Tal propósito se traslució, por ejemplo, en la despreocupación de proveer las altas dignidades del Estado, las funciones directivas, en tanto que atiborraba las grandes dependencias del gobierno con millares de modestos empleados que habían de constituir más tarde los cuadros de su ejército electoral. Se tradujo en el tono despectivo que empleaba con el Congreso, mientras halagaba a las representaciones obreras: se puso de manifiesto en mil gestos de dudoso gusto con que manifestó a la burguesía liberal que había sido desposeída del gobierno, su más olímpico desprecio. (. . .)

Y desde entonces todos los humildes se creyeron amparados, protegidos por el poderoso caudillo, que había hecho inclinar la cerviz a los privilegiados, a los poderosos. El demos creyó en su protector y jefe y el ejército de los que esperan más de los trastornos políticos que de su propio esfuerzo, creció considerablemente. A cada elección la preferencia de los sufragantes se inclinaba más hacia la hueste yrigoyenista. Pero esa

posición de padre del pueblo requería la oposición para triunfar definitivamente; al despedirse el año 22 distribuyendo *nombramientos a diestra y siniestra*, dejó en el puesto a ese buen mozo de Alvear, de perfiles distinguidos, con una incurable inclinación a las frecuentaciones discretas y elegantes que forzosamente tenía que ser irritante al espíritu del demos cultivado con halagos durante seis años. ¡Maravillosa previsión!

La certeza del retorno estaba asegurada. La vigilia impaciente de seis años no podía menos de acicatear la esperanza de los humildes ambiciosos que anhelaban repartirse el cuantioso botín con las primeras auras primaverales de 1928.

La decepción ha sido grande. El caudillo, el poderoso señor de la democracia no quiere ver al pueblo, se rodea de soldados y de polizontes y con gesto agrio maltrata a sus ministros, los cuales dan muestras de su servilismo a toda prueba. Desde su cámara sombría, fulmina cesantías en masa que siembran el pánico en hogares modestos, *que provocan la desesperación elocuente de las* víctimas. El padre de los humildes, no solo los desampara, sino que los persigue; no solo los veja, sino que los atropella sin más razón que su soberana voluntad.

¡Bendita protección! ¡Justicia democrática llaman a eso!

IV. *El criterio eliminatorio*

(. . .) Si muchos empleados despedidos últimamente por el gobierno, no rendían ninguna utilidad a la República, *la culpa no es de ellos*, sino de quienes los nombraron con el fin de favorecerlos o de servirse de su voto. De cualquier manera el Estado no tiene derecho a ser injusto ni le conviene serlo, dado que la injusticia socava el principio de autoridad y, por ende, contribuye a desprestigiar el orden existente.

Quedamos de acuerdo con el gobierno en que no son necesarios tantos empleados administrativos, pero siempre que los puestos de que se despoja a los existentes no sirvan para ubicar más tarde a otros tan innecesarios como ellos.

Pero esto es pedir peras al olmo. La democracia necesita amamantar a sus cachorros y si el actual presidente no desea más triunfos electorales, no faltará quien ambicione conseguirlos. El cordón umbilical que une al electo con el elector, ofrecerá siempre el mismo fenómeno de interdependencia, subordinando las gestiones administrativas y la misma administración al interés de los partidos.

55

V. *Las garantías de la Ley*

Mientras el presidente se entretiene en mantener un estado de ansiedad en los medios administrativos, sus comisionados en San Juan cometen día a día un sinnúmero de torpezas y de abusos que amenazan desprestigar *completamente* una acción política que la *mayor parte* de la opinión del país consideró justa y oportuna. Estamos en presencia de un caso gráfico de incapacidad. Incapacidad del presidente para elegir sus colaboradores; incapacidad de éstos para llenar su cometido; incapacidad absoluta de conducta política en el partido gobernante.

La manera de encarar el problema de la administración de Justicia, ha sido por lo menos insuficiente. *La Prensa* reeditó en estos días las instrucciones que diera Don Vicente Gallo, entonces ministro del Interior, a un interventor en Mendoza. El problema es grave en sí mismo, pues si bien es cierto que nombrar jueces para entablar acciones contra *funcionarios depuestos* el día antes puede parecer fuera del principio constitucional que prohíbe los jueces especiales, no lo es menos que hacer juzgar a un gobernador por jueces nombrados por él mismo, como se estila en San Juan, es hacer ilusoria toda sanción.

Pero en todo caso, éstos deben brindar a los inculpados todas las garantías que la ley acuerda a los habitantes de la República, sin excepción alguna. (. . .)

VI. *El silencio*

La República pasa por un momento de vergüenza. Desde hacía muchos años, desde muchos años antes que tuviéramos uso de razón, no sufría el país un gobierno tan deprimente y tan indigno de su alta misión. Asombra, sin embargo, ver cómo los abusos de este gobierno

no provocan reacción alguna en el espíritu público. Las víctimas de las expoliaciones expresan en voz baja su indignación, mientras las presuntas victimas tiemblan de miedo. La prensa del país hace consideraciones sobre la oportunidad o extensión de las medidas y protesta por los atropellos de San Juan, sin responsabilizar enérgicamente al autor directo, que es el presidente. Ninguna voz prestigiosa se alza para dejar a salvo la dignidad del país ante los desmanes de sus indignos gobernantes. Parece como que se esperara la evolución del espíritu público por reacción directa. Nadie quiere comprometer ni su posición ni su prestigio enfrentándolos al autoritarismo del caudillo democrático. ¡Esa es la indignidad de los tiempos presentes!

Más que en los tiempos de Rosas, la gravitación del gobierno sobre el país es absoluta. Gobierno de partido, como el de Rosas, ningún partido adverso lo combate. Tal actitud sería encomiable, si su gestión administrativa fuera correcta y proba o si el supremo interés de la República estuviera en peligro. Pero la conducta del gobierno es detestable; se concreta en el abuso, el prevaricato y el atropello. El país no teme en este momento desmembración alguna y se encuentra en paz con todas las naciones del mundo y, por lo tanto, el absolutismo gubernamental no puede sustentarse sobre ningún motivo elevado, sobre ninguna necesidad imperiosa.

(Rodolfo Irazusta – *La Nueva República* (2/III/1929)

Documento 22: *El programa de "La Nueva República"*

Programa de Gobierno de "La Nueva República"

Para concretar sus propósitos directivos, para enunciar las necesidades más imperiosas del país, *La Nueva República* presenta en su primer número del actual período presidencial su programa de gobierno, que ofrece, como es su deber, a los gobernantes.

Los partidos políticos al confeccionar los programas, incluyen todo género de reformas novedosas, sacadas las más de ellas de modelos extranjeros de los países "más adelantados:: y que según el progreso actual a que nos quieren condenar los demócratas, debemos adoptar un

día u otro. Esos programas suelen contener proyectos de toda índole y en apreciable proporción, puntos que requieren reformas a la Carta fundamental y medidas que pueden adaptarse por simples decretos ejecutivos. Tal conducta proviene de la necesidad de mostrar algo que deslumbre al elector, el cual ignora generalmente la mecánica legislativa, aunque su buen sentido le permita apreciar la bondad o vicio de las instituciones.

A más de eso, delata la falta de sistema, por parte de los directivos políticos, para colocar las cuestiones en su debido plano.

Las reformas constitucionales no deben intentarse parcialmente. Deben ser coordinadas en plan de conjunto, que el día oportuno tendrá pronto *La Nueva República*. Pero antes habrá que demostrar que la actual constitución es inadaptable a las necesidades actuales y que su reforma es imprescindible. Más aún, será preciso que el gobierno esté en manos de hombres, que sean claramente capaces de inspirar una reforma de tal importancia y de realizarla con acierto infalible. Si desgraciadamente esto último es aún remoto, felizmente no se ha demostrado que la reforma es imperiosamente necesaria.

Mientras tanto, acudiendo a lo inmediato, enunciemos las medidas más factibles para regularizar el instrumento de gobierno, para mejorar la administración, para estimular el desarrollo de las poblaciones y fomentar el crecimiento de la riqueza pública y abrir nuevos caminos a la actividad nacional.

LEGISLACION GENERAL

(. . .) III. *Reforma de la ley electoral*

La ley electoral vigente a más de ser defectuosa en cuanto al sistema electivo, lo es también en la distribución de la representación. La lista incompleta ha fracasado en su fin, que era la organización de los grandes partidos nacionales, sin resolver el problema de la representación directa. Preconizamos una reforma que establezca la circunscripción uninominal, como más fiel, pues pone al electo en relación directa con el elector y contribuirá a mejorar el personal legislativo.

Para restringir el electorado y sustraer la administración pública a las influencias electorales, habrá que eliminar de los padrones:
Los funcionarios y empleados públicos de todas las jurisdicciones.

2° Los delincuentes de toda categoría.

3° Los analfabetos.

4° Los insolventes.

5° Los extranjeros.

Deberán ser suprimidas las penalides a la abstención, pues el voto es un derecho y no un deber.

VI. *Reforma del Código Penal*

Las últimas reformas operadas en el Código Penal y especialmente la condena condicional, han disminuido grandemente su eficacia punitiva, cuya consecuencia ha sido el desarrollo de la delincuencia y de la criminalidad. Es preciso rectificar el código estableciendo penas más severas y facilitando la acción judicial.

VII. *Reglamentación del derecho "asociarse con fines útiles"*

Existen en el país gran cantidad de asociaciones ilegales, pues su propósito no es de fines útiles como lo permite el artículo 14. Es preciso dictar una ley general que determine la utilidad de las asociaciones y especialmente las misiones religiosas extranjeras y las organizaciones de los sindicatos obreros.

VIII. *Ley de inmigración*

Una ley de inmigración que establezca un procedimiento selectivo y la organización de establecimientos de trabajo de asimilación del inmigrante.

XI. *Fundación de pueblos*

El Congreso deberá dictar una ley de fundación de pueblos y destinar para su cumplimiento una gruesa cantidad de millones. Hay que terminar con el desierto.

Hay que llevar a la Patagonia y al Chaco, generales y obispos, profesores e ingenieros que representen la civilización. Hay que llevar jueces y gastar grandes sumas en crear centros sociales que galvanicen la población y prestigien la República.

XII. *Adaptación de la denominaciones tradicionales*

Para dignificar la vida colectiva, debe dictarse una ley restableciendo las denominaciones tradicionales de los organismos del Estado, cambiadas bajo la influencia extranjera en los primeros años de la independencia y, sobre todo, restablecer la más ilustre de todas: el cabildo.

MINISTERIO DE I. PUBLICA

I. *Supresión de la enseñanza laica*

Instaurar la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en la Escuela Primaria, es hoy una necesidad fundamental para el enderezamiento moral del país. Es urgente soldar los cabos de la tradición rotos lamentablemente el día en que se sacó el Cristo de las Escuelas. La desmoralización actual del pueblo, que se manifiesta en estos momentos de manera tan alarmante en la decadencia de la familia, en la inmoralidad de las costumbres, en la venalidad política y en el auge de un feminismo de cabaret que no respeta ni el sagrado del hogar, solo podrá combatirse a ese precio, es decir, volviendo a colocar en la base de la educación de nuestros hijos la verdad del Evangelio.

La escuela Primaria no debe tener otro objeto que el de enseñar a leer, escribir y sacar cuentas, amén de conferir al niño unas cuantas nociones simples y precisas del mundo que lo rodea. Sobre esos núcleos de conocimientos, reducidos, pero claros y bien aprendidos, el auto aprendizaje posterior y la experiencia vital, edificarán algo más sólido que lo que se puede construir hoy sobre los pequeños cerebros de nuestros niños cuajados de extensas, inútiles y confusas nociones impropias de la edad.

57

El Colegio Nacional, cuya misión es, sobre todo, formadora de la inteligencia, debe ser podado de los excesos de erudicción y orientado hacia un fin de cultura que solo se puede alcanzar entregando la Dirección de la Enseñanza secundaria a la Universidad y librándola así de la influências de la politiquería y del electoralismo. El número de Colegios nacionales es hoy demasiado crecido, hecho que proviene de un falso concepto sobre su misión verdadera. Los ministros vienen creyendo que el hecho de producir muchos bachilleres resulta de beneficio para el país. En realidad, con esto solo se consigue aumentar la burocracia, desviando a la juventud de otras actividades. (. . .)

En cuanto a la enseñanza universitaria, se impone, en primer lugar, la supresión de la Ley de Reforma de 1918, que fue un verdadero acto de estupidez, por el cual el gobierno de las Universidades Argentinas pasó a manos de los Comités Electorales. Junto con esa medida, debe procederse a una inmediata reorganización del profesorado de la enseñanza superior, buscando atraer a la cátedras elementos de reconocida competencia del país y del extranjero si es necesario. La misión actual de estos establecimientos se ha reducido a la producción sin tasa de profesionales, cuando lo que el país ha menester es una élite de jóvenes sabios de todas las clases y condiciones, capaces de dar un tono propio a nuestra cultura.

(*La Nueva República* 20/X/1928)

Documento 23: *La crítica a la tradición liberal*

La verdad sobre Sarmiento

Ha cambiado tanto, en los últimos años, la conciencia del país —quiero decir: de las selecciones intelectuales y sociales—, que ya es posible establecer la verdad sobre Sarmiento. Hasta hace dos lustros, nadie hubiera osado tocar a aquel prestigio casi mitológico. Dominaba todavía, en las universidades, en los colegios y en toda la vida nacional, el positivismo, funesta tendencia filosófica en la que Sarmiento educó su espíritu y la que guió su obra escrita y su acción. Ya entonces, el positivismo estaba definitivamente muerto en Europa, y desde hacía muchos años. En estas tierras comenzaba a ser atacado por algunos jóvenes, pero perduraba, casi intacto en su gloria, en las regiones oficiales. Hoy el positivismo no existe. Sólo admiran sus doctrinas algunos maestros de escuela, mulatos étnicos y mentales que van a los congresos pedagógicos para hacer reir a la gente.

Pero, por singular paradoja, despreciamos al positivismo, al que creemos aciago, y seguimos venerando la obra positivista de Sarmiento. A riesgo de atraerme el enojo de "primarios", izquierdistas y toda laya de liberales, voy a decir una palabra sincera y verdadera sobre nuestro educador y gobernante.

Sarmiento fue insensible a los valores estéticos y espirituales. No comprendía ni el arte, ni la religión, ni la filosofía. Es preciso leer sus viajes por Europa para asombrarse de la pobreza de su sensibilidad. Poco le dicen las grandes obras del arte a este hombre inculto y bárbaro, que, con un fanatismo ingenuo, busca, en las viejas ciudades del arte, las manifestaciones del Progreso. Menos aún comprendía la religión. Era un espíritu absolutamente *arreligioso*, lo cual le condujo a ser irreligioso. La realidad de lo sobrenatural no existía para su estrecha mentalidad laica. Escribió algunas frases sobre la necesidad de la religión, pero es evidente que no sentía inquietudes trascendentales, aparte de lo violentamente que combatió a la Iglesia y a la doctrina católica, a las que, como es claro, no conocía sino superficialmente. Con todo esto queda dicho que tampoco le interesaba la filosofía. Era *ametafísico* irremediable.

Yo creo que poco vale un hombre a quien no le preocupan la religión, el arte y la filosofía. Y si tiene capacidades para la obra activa, su acción se resentirá de aquella fundamental falla. Mussolini, por ejemplo, es un hombre de acción, pero nadie negará que le preocupen hondamente la religión y el arte. La obra de Sarmiento fue materialista. Jamás le inquietaron, ni al hombre ni al gobernante, los problemas espirituales. Su afán consistió en "civilizar"; pero para él esta palabra solo significaba realizar obras de progreso material o, a lo sumo, cultural. Nuestro país no se enriqueció espiritualmente por la acción de Sarmiento. Al contrario, se empobreció por causa de su política materialista y *arreligiosa* y de su propaganda anticlerical en los diarios.

Sarmiento carecía de sentido histórico, como todos los materialistas. Por ésto, no comprendió la obra gigantesca de la conquista y de la colonización en la América española. Por falta de sentido histórico fue enemigo furibundo de España, y de todo nuestro pasado. Y por esta misma falla, llegó al ridículo de su reforma ortográfica, ignorando que cada palabra tiene una historia y que es preciso respetarla para que la palabra conserve su espíritu y su verdadero significado. La ortografía es el rostro de las palabras y sólo un mal escritor puede ignorarlo o desconocerlo. (. . .)

(Manuel Galvez – *Criterio* – Año I - N° 12, pp. 360-361)

Documento 24: *La tradición greco-latino-cristiana*

Cultura Greco-latina

(. . .) No hay duda que la Europa "moderna" padece muchísimos de los defectos que le adjudican sus críticos despiadados: fácilmente se demuestra, sin embargo que tales defectos proceden de los principios del Renacimiento humanista y de la Reforma que iniciaron la edad "moderna". Pero no es menos cierto que esas características resultan accidentales si se las opone a la gran tradición de la cultura greco-latina y católica que formó la Europa, y que se continúa hasta nosotros, representando un elemento de unidad y cohesión. Hilaire Belloc, ha explayado maravillosamente esta concepción en su obra *Europa y la Fe.* Frente a los sofismas disolventes del subjetivismo filosófico y del libre examen, frente a las criteriologías del parecer individual autónomo, una filosofía perenne sostiene el criterio objetivo de la certeza –filosofía del ser– y predica el magisterio inapelable de la Iglesia, en los dominios de la teología.

Decimos que Europa representa la tradición greco-latina y católica, porque la criteriología objetiva y la cultura filosófica de Grecia, se continúa luego y se explaya por el genio político de Roma, fuente del derecho y porque la Iglesia asumió dicha tradición sobreelevándola al orden religioso y sobrenatural. De esta unidad específica ha sacado Europa su fuerza y su cultura.

(César Pico - *Criterio* - Año I – N° 2, pp. 270-71)

Documento 25: *La mujer y la política*

La mujer y la vida pública

El partido conservador inglés ha llevado al éxito la iniciativa del voto femenino, sin otras restricciones en lo que se refiere a las condiciones de las sufragantes y en lo que atañe a las materias sobre las cuales les será permitido votar, que las vigentes para el voto masculino. En una palabra, se abren de par en par a la mujer las puertas de la actuación pública.

Creemos que en esta iniciativa conservadora hay un error de táctica y un grave error de fondo. La fuerza conservadora que las mujeres representan, reside –y no es paradoja– en su debilidad, o mejor dicho, en lo que corrientemente se llama su debilidad, y es su sujeción a la intimidad del hogar.

Decimos que en esa debilidad está su fuerza, porque sólo desde esa intimidad puede la mujer influir con eficacia en la dirección espiritual del hombre al inspirar callada, pero hondamente, por el camino de la comprensión en el cariño, la conducta del marido, del padre, del hermano o del hijo.

En la intimidad hogareña la vida despliega su sentido profundo; allí recuperan las cosas su valor estricto al despojarse del ropaje con que las disfraza la discusión pública y el ajetreo de la calle. Allí, en fin, recobra el espíritu su primacía. Y bien, lo que se llama tendencia conservadora es el respeto de los valores esenciales; el afianzamiento de los deberes del espíritu en la subordinación a la Verdad, contra las declamaciones de un liberalismo para el que la libertad vale más que la verdad y que por eso concluye infaliblemente en la licencia.(. . .)

Y no hay hogar si no hay en él una mujer en condiciones de darle lo mejor de sí misma. Y como las preocupaciones de política electoral antes que la voluntad recta y la inteligencia desinteresada ponen en movimiento la sensibilidad con todos sus requerimientos subalternos y sus inquietudes por lo circunstancial y lo

inmediato, lanzada la mujer a la actividad pública la vida del hogar se hace imposible porque se extingue la llama sagrada: la preocupación silente de la mujer que mantiene con su delicadeza, su sencillez, su ternura, su sentido del orden, esa intimidad recogida en que la vida recupera su ritmo natural y su profundidad, y toda virtud florece.

(. . .) La reforma convertirá a la depositaria del sentido sobrenatural del respeto y la obediencia, condición indispensable de todo orden verdadero y esencial, en rival del hombre en la contemporánea carrera hacia el abismo que se llama "conquista de las libertades en la igualdad".

La raíz de los males que padece la sociedad actual es el laicismo —negación de la dependencia de Dios en que está todo lo humano.

Lo único que desde dentro resiste victoriosamente todavía es el hogar cristiano, impenetrable como el Sancta Sanctorum del Antiguo Testamento. Y si aun puede decirse que no son pocos los hogares cristianos, es por la influencia de la mujer en ellos, pero de esas mujeres para las que el hogar es un mundo, porque en él se forman y se templan las almas de aquellos de cuyo destino debe dar cuenta a Dios. He ahí la razón de la simpatía liberal y socialista por esta iniciativa (unos y otros votaron el proyecto en Inglaterra): no es fácil arrancar a Dios del alma femenina mientras el hogar sea un santuario de intimidad profunda: no es fácil conseguir la laización total mientras existan hogares en los que la mano femenina deshaga pacientemente la urdimbre de negaciones que teje la enseñanza oficial.

No hay derecho humano cuyo ejercicio pueda exigir como precio la integridad del hogar.

(Tomas D. Casares – *Criterio* – Año I - N° 6, p. 175)

Documento 26: *Contrarreforma de la educación*

Reforma educacional

(. . .) A penas hace medio siglo que nuestra nación se ha consolidado. Bien es cierto que una serie de administraciones excelentes, desde Caseros hasta 1916, dio al estado argentino una organización y una orientación que envidiarían países más viejos, pero estamos lejos de la consolidación espiritual y cultural y esto por dos causas principales.

En primer lugar, nuestras naciones tuvieron la mala suerte de nacer a la vida libre en una centuria poco propicia a las altas empresas espirituales. Francia, pero no la Francia eterna, sinó la Francia de la Revolución, fue la maestra que les deparó el destino al abandonar el regazo de la madre España. Junto con los primeros pasos hicieron el aprendizaje de ideologías destructoras y falaces. Tanto más arraigó la mala planta cuanto que la tierra era más nueva. El espíritu de la brillante generación de la indepenndencia, que fue la última modelada en el crisol de España se trocó en ese romanticismo liberal y humanitario que constituia la atmósfera del orbe civilizado a mediados del "siglo estúpido".

La educación pública organizada durante el coloniaje por los misioneros metropolitanos, debió así declinar sus doctrinas clásicas y cristianas para abrazar los ideales triunfantes, perdiendo poco a poco "la más fundamental y elevada de todas las inspiraciones humanas, la inspiración religiosa y trascendental sin la cual no hay cultura". (Vasconcelos). (. . .)

Los problemas de los pueblos de América se reducen cada vez más a un problema de educación, que es como decir de homogeneización de las distintas corrientes étnicas y culturales que los integran. En esto también estamos de acuerdo con lo resuelto en el mentado Congreso de Maestros. Cambia nuestra actitud cuando se trata de las bases que han de operar la reforma pedagógica. Desde luego no pueden serlo las declaraciones enfáticas, vacías y atrasadas de esos señores "avanzados".

Nuestra enseñanza está viviendo en el aire, falta una ética orientadora, que se pretende todavía suplir con los viejos mitos del siglo pasado. Pero ya los conceptos ciencia, progreso, evolución, han sido devueltos a sus verdaderos significados, han perdido la potencia animadora, diríamos talismánica, que teñían para los abuelos. Se busca otra cosa, aunque no se sabe bien qué. La desorientación reina sobre todo en los medios oficiales de la enseñanza en donde todavía predominan camarillas adictas a las doctrinas liberales y cientificistas. En realidad, esa gente está allí debido al juego de la política

pues las terribles luchas electorales a que nos ha abocado este primer ensayo de democracia pura que nos regaló el presidente Sáenz Peña, imponen a los gobiernos la necesidad de llamarlos a esos puestos.

La democracia pura no hace cuestión de capacidades; le interesa solamente el problema de las urnas.

El primer paso hacia la reforma deberá consistir en una restauración de las disciplinas espirituales que constituyen la médula de nuestra cultura, en un restablecimiento de la continuidad histórica, rota durante algunos decenios por la incorporación al cuerpo nacional de doctrinas negadoras de la tradición. Que no se interprete mal este aserto. Bienvenidos sean el progreso, la ciencia y los adelantos técnicos. Apreciamos esas cosas en lo que valen. Pero la cultura es otra cosa. Se basa en el mantenimiento de ideas morales y de reglas espirituales jerárquicamente superiores a los postulados de las ciencias aplicadas.

Hay que restaurar esas bases. Encuentro el ejemplo de ello en la obra educacional realizada en Italia por Musolini. Otros pueblos de Europa empiezan a inspirarse en ella. La misma Alemania, todavía en luna de miel con la democracia, defiende bravamente su cultura, manteniendo a pesar de la oposición tenaz de los partidos izquierdistas la enseñanza religiosa, que sin duda ninguna ha contribuido a su preeminencia científica sobre pueblos como Francia, invadidos por el "morbus demagógicus", y al actual renacimiento de su poderío.

(Juan E. Carulla – *Criterio* – Año I - N° 1, pp. 6-7)

IV

EL OTRO NACIONALISMO

Dos precursores del nacionalismo popular

Mientras los jóvenes nacionalistas desde sus periódicos atacaban al radicalismo y a la democracia, Hipólito Yrigoyen iniciaba su segunda presidencia. Pese a las condiciones favorables, que, como ya señalamos en el capítulo anterior, encontraba el nuevo gobierno, éste pronto se vería en crecientes dificultades. A ello contribuía no poco la avanzada edad del primer mandatario y su tendencia a centralizar las decisiones, a lo que se sumarían las pugnas dentro del elenco gobernante con vistas a la sucesión del anciano caudillo y la falta de un plan de gobierno orgánico y sistemático. Cuando la coyuntura económica favorable comenzó a revertirse en los dos últimos trimestres de 1929, como consecuencia del agravamiento del déficit en la balanza de pagos, producto de la caída en el precio de las exportaciones agropecuarias y de la disminución en la afluencia de capital extranjero, en especial de corto plazo[108], la situación comenzaría a adquirir ribetes peligrosos.

Si la política económica del segundo gobierno de Yrigoyen no presentaba contornos más precisos que la del primero, y al igual que en éste existía una excesiva

confianza en las bondades del modelo agroexportador, contenía por lo menos un aspecto novedoso: la política petrolera. Si bien es cierto que ya en las postrimerías de la primera presidencia radical se había manifestado una preocupación por el tema, reflejada en la creación de YPF en junio de 1922, recién en la última época el petróleo se convertiría en tema de campaña política y en proyecto de nacionalismo económico. Desde fines del gobierno de Alvear, la cuestión alcanzaría amplia repercusión tras la aprobación por parte de la Cámara de Diputados de una ley que establecía la nacionalización de los recursos mineros y el monopolio de su explotación por parte del Estado nacional. La nueva ley aspiraba a reemplazar al Código de Minería de 1886 que restringía la posibilidad del Estado de participar en la explotación minera y dejaba en manos de las provincias el derecho a otorgar concesiones. El nuevo proyecto, impulsado por la bancada yrigoyenista, fue aprobado después de un largo debate en 1927, con el apoyo de los socialistas independientes, y al año siguiente, poco antes de la asunción de Yrigoyen, se completó con una cláusula que establecía la expropiación de todas las concesiones en manos de empresas privadas. A pesar de los esfuerzos del Ejecutivo, el Senado, con mayoría opositora, se negó no sólo a aprobar el proyecto de Ley sino también a considerarlo en sus sesiones, por lo cual la nueva legislación no llegó a entrar en vigencia. El tema del petróleo, que fue uno de los ejes principales de la campaña electoral de Yrigoyen, planteó por primera vez con claridad un debate de amplia resonancia posterior acerca del papel del capital extranjero en la economía nacional y del rol del estado en la actividad económica.

El problema del petróleo, así como la defensa de la neutralidad durante la Guerra o el rescate de ciertos elementos culturales autóctonos son indicadores de la presencia de ciertos contenidos nacionalistas en el radicalismo. En realidad, muchos nacionalistas que conspiraron contra Yrigoyen, como Ernesto Palacio en su *Historia de la Argentina* o, en menor medida, Julio Irazusta en *Balance de siglo y medio*, reconocieron a posteriori que el radicalismo yrigoyenista encarnaba principios fundamentales del nacionalismo. Estos contenidos nacionalistas del radicalismo nos permiten tratar aquí a dos pensadores que desde el partido fundado por Alem uno

de ellos y colaborando en sus gobiernos el otro, contribuyeron a hacerlos más manifiestos. Se trata de Manuel Ortiz Pereyra y Enrique Mosconi, a quienes se puede considerar precursores de lo que en la introducción hemos llamdo nacionalismo popular.

El general Enrique Mosconi, nacido en 1877, hijo de un ingeniero italiano, egresó del Colegio Militar en 1894 y posteriormente, en 1903, terminó la carrera de ingeniería civil en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires. Admirador de Francia y significativamente de la Revolución Francesa, fue partidario de la Entente franco-inglesa durante la guerra mundial tomando contacto por ello con algunos intelectuales que compartían su posición como Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. En ese entonces, el coronel Mosconi era Subdirector de la Dirección de Arsenales y desde allí colaboró en la elaboración de los primeros planes de sustitución de importaciones, propugnando la creación de industrias de guerra que aseguraran cierta autonomía a la defensa nacional[109]. En 1922, accedió a la Dirección de YPF, designado por Alvear a los pocos días de haber asumido la presidencia, y se mantuvo en ella hasta el fin del segundo gobierno de Yrigoyen. En pocos años la joven empresa estatal consiguió, bajo su conducción duplicar su producción, instalar la primera destilería nacional, poner en marcha nuevos yacimientos y sobre todo empezar a desempeñar un rol preponderante en la comercialización de los derivados del petróleo. Desde agosto de 1929, controló los precios de ventas del mercado interno, obligando a las empresas privadas a fijar los suyos de acuerdo a los valores establecidos por YPF. Mosconi consideraba a este momento como el punto clave en la ruptura de los trusts norteamericano e inglés, y lo llamaba un "nuevo San Lorenzo", esto es una batalla clave en la lucha por la "independencia económica de nuestra América".[110]

Bajo su acción, YPF se convirtió en la primera gran empresa estatal argentina, rompiendo de esta forma los moldes de una tradición muy afirmada que dejaba la actividad económica en manos casi exclusivas de la empresa privada. Si su obra al frente de YPF es bien conocida, menos lo son en cambio las ideas que la sustentaban. Muchas de ellas están expresadas en un

conferencia radiofónica pronunciada en 1927, cuyo texto reproduce el documento 27. Sin cuestionar el proyecto global de los hombres de la Organización Nacional, consideraba necesario revisar "los conceptos constitucionales y normas legales que fueron excelentes a mediados del siglo pasado" y de ir transformando al país en "una organización económica nacionalista". Mosconi fue partidario del desarrollo de la empresa privada de capital nacional y, aunque aceptaba la colaboración del capital extranjero, se oponía a la ingerencia política de las grandes empresas que, según afirmaba, creaban "gérmenes de futuras dificultades y perturbaciones internas y externas" en los países en que se instalaban.

Es interesante señalar que la defensa del petróleo no se fundamenta en este texto exclusivamente en razones de seguridad nacional, sino que se lo considera un elemento básico "para fomentar y proteger el crecimiento de la industria nacional", que Mosconi veía como indispensable para el logro del bienestar de la población y la consolidación de la nacionalidad, trascendiendo así el esquema liberal agropecuario que sobrevivía a pesar de los cambios políticos. Con respecto al petróleo en particular, proponía como medidas fundamentales; "nacionalizar y resguardar por el Estado las fuentes de petróleo", deteniendo el avance de los trusts, y "dotar a la Nación de la conveniente legislación".

En el segundo texto seleccionado (documento 28), parte de su prólogo a una obra colectiva titulada *El petróleo del Norte argentino* y publicada en 1928, expone sus ideas acerca de la penetración de los grandes trusts petroleros. Consideraba al petróleo como "el elemento de potencia más extraordinario del mundo", del cual, señalaba, pretendían adueñarse las naciones poderosas, sin reparar en los métodos a utilizar, poniendo en peligro la paz y la seguridad, en especial las de los estados americanos. El pùnto de partida de estas reflexiones era el conflicto que mantenía YPF con la Standard Oil en la provincia de Salta por el control de los yacimientos petroleros, ya que el gobierno de la provincia, propietaria de su subsuelo de acuerdo al Código de Minería de 1886, había entregado importantes reservas a la Standard Oil mientras negaba a YPF autorización para operar en su territorio.

Mosconi no perteneció a ningún partido político, y, si bien él fue funcionario de alta jerarquía durante los gobiernos de Alvear e Irigoyen, no estaba afiliado al radicalismo.[111] Dentro del ejército, sin embargo, estaba sindicado como perteneciente al grupo yrigoyenista. Estuvo ligado al del general Dellepiane, y en 1928 encabezó la lista que triunfó en las elecciones del Círculo Militar, derrotando a la que presidía el general Uriburu[112]. Después de la revolución del 30, le fue aceptada su renuncia a la dirección de YPF y se lo marginó de todo cargo de responsabilidad, enviándoselo primero a Europa y pasándolo a retiro en 1933.

Su importancia radica, sin duda, en su reivindicación del nacionalismo económico desde una perspectiva industrialista y de la defensa del capital nacional estatal y privado ante el avance de las grandes compañías extranjeras y que, aunque reducida al área específica del petróleo, anuncia una actitud que será característica de gran parte de los grupos nacionalistas de la década siguiente, entre ellos el de FORJA, que lo calificó de "digno soldado de la emancipación nacional" reconociendo así una filiación común.

Para la misma época en que Mosconi desde YPF encabezaba la lucha contra la penetración de los grandes trusts petroleros, un radical yrigoyenista, Manuel Ortiz Pereira, publicaba dos obras que merecen tenerse en cuenta por la originalidad, para la época, de las ideas en ellas expuestas. Se trata de *La tercera emancipación* y de *Por nuestra redención cultural y económica*, de 1926 y 1928 respectivamente, las que tuvieron escasa difusión y son hoy muy difíciles de encontrar aun en las bibliotecas más completas.

La acción de Ortiz Pereyra consiste en uno de los esfuerzos más importantes de la década por denunciar las características y las consecuencias de lo que definía como la dependencia económica y cultural en que veía sumergida a la Argentina de la "belle époque".

Pertenecía por su edad a la generación de Gálvez y Rojas, ya que había nacido en 1883, y al igual que ellos era hombre del Interior, correntino. No llegó a ser un novelista famoso ni tampoco rector de la Universidad, y lo más trascendente de su obra, además de sus libros, fue la influencia que ejerció sobre el grupo de FORJA, y en particular sobre Arturo Jauretche, que fue en gran

medida heredero de su estilo campechano y satírico. Radical como ya se señaló, renunció a su cargo de fiscal federal después de la Revolución de setiembre, y se ofreció como defensor del expresidente en el proceso judicial que le iniciaron las nuevas autoridades.

En toda la década del 30, hasta su muerte en 1941, se enroló en los sectores más intransigentes del radicalismo, y fue uno de los firmantes del "Manifiesto de los Radicales Fuertes", emitido en vísperas de la reunión de la convención nacional del radicalismo que, a principios de 1935, levantaría la abstención electoral que el partido había mantenido desde 1932. El "Manifiesto", cuyos firmantes quedaron en la minoría, junto con el mantenimiento de la abstención, enunciaba como misión de la UCR promover la reconquista de la soberanía económica y política de la Argentina y de todas las naciones latinoamericanas. En 1935, Ortiz Pereyra formó parte de lo que se llamó el grupo de los "Cinco Iniciadores", en el cual se gestó la idea de la fundación de FORJA, que se concretaría a fines de junio de 1935 teniéndolo como uno de sus participantes. Desde FORJA continuó con su prédica, y su última obra, "El S.O.S. de mi pueblo", inauguró las publicaciones forjistas en el mismo año de 1935. Para la misma época colaboraba en *Señales*, el periódico de Martinez del Castillo que en su momento dirigieran Scalabrini y Jauretche[113].

En las obras de Ortiz Pereyra de la década del 20, dos temas sobresalen: la preocupación por la enajenación de la riqueza nacional y el rechazo a lo que consideraba falta de originalidad del pensamiento argentino, tributario de ideas importadas.

Con respecto al primero, veía a la Argentina como una "Factoría elegante" que, siendo un país rico, contaba con una población empobrecida, y en la que las más importantes fuentes de recursos estaban en manos de empresas extranjeras: "nuestras grandes riquezas agropecuarias están en manos de media docena de firmas, y los habitantes de la República vivimos en unaa permanente crisis económica". Las grandes firmas acopiadoras, las empresas de transporte, los frigoríficos, son para Ortiz Pereyra los beneficiarios de la abundancia de nuestra producción y, a pesar del "volumen de su comercio exterior", cuyas cifras alcanzan sumas siderales, los millones "no quedan en el bolsillo ni en las cajas de

fierro de nuestros productores, sino en Europa y Estados Unidos".[114] Aunque Ortiz Pereyra no deja de señalar su postura favorable a la nacionalización del petróleo, su propuesta no es industrialista, sino más bien de defensa del productor nacional, pequeño y mediano propietario, ganadero y agricultor, perjudicado por la política de las grandes compañías extranjeras, en una línea temática bastante cercana a la de los hermanos Irazusta.[115] Sobre su postura económica se han seleccionado dos fragmentos de "Por nuestra redención cultural y económica" (documentos 29 y 30). El primero de ellos, "Somos una factoría elegante", reune gran parte de los conceptos que hemos acabado de exponer. El segundo, "Los transportes", es una crítica a las empresas ferroviarias extranjeras, con una interesante observación acerca de la política de tarifas y su incidencia sobre la producción local.

Más originales son sus consideraciones sobre la falta de originalidad de nuestra cultura, a la que suponía tributaria de modelos extranjeros. Consideraba a los argentinos "emigrantes intelectuales": "mientras estimulábamos la inmigración de las personas, íbamos organizando la emigración de nuestras ideas". A partir de allí, señalaba el afán por copiar, lo que él llamaba "sobresaturación de europeísmo", y que resumía censurando el temor de los argentinos a ser originales y hacer aquí lo *que no se hacía en otras partes*.

Sus "frases sin sentido argentinista", en las que no puede dejar de verse un antecedente de las "zonceras" de Jauretche, le servían para hacer más gráfica su denuncia. En el documento 31, se transcribe el análisis que hace de una de dichas frases, lo que sirve para enunciar sus propuesta: "emanciparnos de la tutela intelectual, política y económica que ejercen sobre nosotros los extranjeros, sin culpa de ellos, seguramente". Una nota aclaratoria en la que señala que "no están comprendidos en la denominación genérica de extranjeros que empleo en este capítulo, ni los italianos ni los españoles. Estos no vienen al país para ganar dinero, y, luego, despreciarnos" delimita el concepto y a la vez lo diferencia de otras propuestas nacionalistas que hemos observado. Otros dos aspectos merecen subrayarse en el texto analizado: el pronunciamiento a favor de la participación del estado en la economía, como forma de

romper con el predominio de la empresa extranjera, y la defensa de la soberanía popular

Otro aspecto significativo del pensamiento de Ortiz Pereyra es su crítica a los socialistas, desde una perspectiva diferente a la que usaban los nacionalista elitistas que se han visto en capítulos anteriores. En un lenguaje que se asemeja y a la vez se anticipa al que utilizaran FORJA y más tarde la denominada "izquierda nacional", Ortiz Pereyra acusaba al partido de Juan B. Justo, con su fundador a la cabeza, de extranjerismo. Esta acusación no se dirigía tanto al origen de sus cuadros sino a lo que consideraba su falta de capacidad para comprender la realidad local, al trasponer mecánicamente los esquemas sociales enunciados en Europa. Remarcaba este concepto en una frase que recuerda polémicas más recientes en el área de la izquierda argentina: los socialistas no comprenden, decía, que los burgueses de aquí son "los dueños de las grandes empresas extranjeras, que están y viven en Europa".[116] Por detrás de esta postura subsistía empero —a diferencia de lo que puede ocurrir con muchos de sus epígonos modernos— una veta tradicionalista, manifiesta cuando afirmaba que no podía sostenerse que los estancieros fueran considerados como burgueses argentinos por la condición a que habían quedado reducidos "por culpa de la desvalorización de los ganados". Pero la crítica no se agotaba en el planteo de la inexistencia de una burguesía nacional, sino que negaba también la existencia del proletariado. No sin cierta perspicacia observaba que en los circunstanciales proletarios, se encontraban en realidad "propietarios en gestación[117] o pequeños burgueses en embrión con grandes posibilidades de triunfar", con lo que describía con agudeza la mentalidad de la base electoral del socialismo. Tras otras consideraciones como la alabanza a la política obrera de Yrigoyen o la reivindicacióon de la "política criolla" en disidencia con J. B. Justo[118], culminaba Ortiz Pereyra con una exhortación a los argentinos "a ser autodidactas y originales, repudiando toda tentativa de imitar o plagiar ideas e instituciones extrañas".[119]

Las voces de Mosconi y Ortiz Pereyra delinean el rostro de un nacionalismo de distinta matriz ideológica del de los conspiradores uriburistas, de base romántica y democrática, y que realizará en 1930 una opción política opuesta a la de aquéllos: la defensa del gobierno radical.

Documento 27. *La Argentina industrial*

El petróleo y la economía latinoamericana
Concepto motriz

Nuestra Nación, al igual que otras latinoamericanas, se encuentra empeñada en la laboriosa y compleja organización de su economía. Estos países, constituidos políticamente después de grandes y penosas dificultades, de largas y sangrientas perturbaciones, que tienen su explicación en la calidad de los factores étnicos que intervinieron en la conquista y en la evolución social de la colonia, inician la tercera y última etapa de su historia ascendente.

Emancipados del dominio ibérico, los pueblos sudamericanos, formados por toscos elementos raciales, se debaten en procura de su organización definitva, guiados por confusos principios políticos, que van desde el gobierno monárquico hacia la república unitaria o federal y disponiendo de rudimentaria base económica. Mientras nuestras provincias cruzan la larga noche de incertidumbre y desconcierto de la fratricida lucha armada, expresión final de las ambiciones y rivalidades de personas o de grupos, y solución a la vez de localismos preñados de envidias y enconos irreductibles, germina la nueva vida. De los dolores del mañón indio o mestizo, de la opresión instituida por la barbarie, alumbra al fin, felizmente, la fórmula definitiva de nuestra constitución política.

Las nacionalidades se asientan sobre normas de progreso colectivo. El trabajo y una evolución forzosamente lenta, pero inevitablemente segura, alcanzarán el bienestar del pueblo, propósito cardinal que en todos los tiempos ha orientado el pensamiento y la acción de los hombres de gobierno patriotas.

Nuestro estatuto provisional de 1815 y la Constitución de 1826, que disuelve nuevamente la Nación en tentativa de organizarse, establecían en sus declaraciones de derechos y garantías principios fundamentales de atracción del extranjero. Los necesitaban dos elementos

de *que no disponían en la inmensidad del suelo argentino*: hombres y capitales. La Constitución del 53, reformada el 60, es una liberalidad excepcional, inspirada en la necesidad acentuada de *atraer y asimilar al extranjero, a todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo* y compartir el imperio de nuestras leyes.

(. . .) Llegó ya el momento de seleccionar hombres y capitales y establecer asimismo protección para hombres y capitales nacionales. Organizado el trabajo y las explotaciones de las riquezas nacionales con hombres y dinero del país, mejoraremos evidentemente nuestras condiciones de vida, lo que es indispensable si, como lo hemos manifestado, nos encontramos aún en la necesidad de continuar atrayendo inmigración deseable. Estimulando el espíritu de empresa en el capital nacional, refugiado hoy en la inacción o en el interés de los títulos o cédulas hipotecarias, aprovecharemos los mayores saldos del trabajo y en ello tendremos otra razón más de mejoramiento. En las actividades industriales, en las grandes organizaciones agropecuarias que, coordinadas en el intercambio mundial, controlan y fijan, no siempre con toda la equidad que sería de desear, la remuneración del trabajo de la campaña; en las industrias de los transportes fluviales, marítimos, terrestres y aéreos, en el comercio y en las organizaciones bancarias, es tiempo ya que la inteligencia y el capital argentinos intervengan en más vasta escala y recojan los beneficios colectivos que hoy se nos escurren de las manos.

Con la cooperación de Europa hemos organizado el país y lo hemos equipado, colocándolo en condiciones de emprender la explotación de sus riquezas y posibilidades en mayor escala; en los últimos años los Estados Unidos, con el envío de capitales y representantes de sus grandes empresas, se incorporaron a nuestras actividades. Podemos, pues, elegir ahora el elemento que nos convenga; pero, *en primer término*, nuestro deber es realizar con nuestros propios medios una máxima tarea y luego aceptar la colaboración de hombres y capitales, sin distinción de nacionalidad, siempre que éstos se sometan sin reparo a las imposiciones de nuestras leyes. Capitales que pretendan condiciones especiales, exigiendo un tratamiento de excepción que algunas veces no ha de poder acordarse a los del país, no favorecen a la Nación; capitales que aspiren al dominio económico, que tengan el hábito de tomar ingerencias políticas en los países en que operan, que empleen por sistema procedimientos y normas inmorales, que pretendan no ser regidos por las leyes en que se basa nuestra soberanía, deben ser rechazados, porque esos capitales llevan en sí gérmenes de futuras dificultades y perturbaciones internas y externas.

La situación de la República Argentina es semejante a la de los demás países de Latinoamérica, que bregan por la consolidación de sus economía y su progreso moral y material.

En esta organización económica, el petróleo desempeña y desempeñará en lo futuro un papel trascendente, pues es el elemento indispensable para fomentar y proteger el crecimiento y desarrollo de la industria nacional y seguir así el proceso evolutivo de los pueblos, que, en plena expansión de su fuerza creadora, han arribado a un positivo bienestar y consolidado la nacionalidad.

Los países de Latinoamérica que, como el nuestro, explotan petróleo y no posean yacimientos carboníferos o bien no sean éstos comercialmente explotables, deben preservar las fuentes de combustible líquido de toda influencia que no sea eminentemente nacionalista; el combustible constituye la plataforma sobre la que se levantará su futura organización industrial. (. . .)

Es menester nacionalizar y resguardar por el Estado las fuentes de petróleo, sobre las cuales se cierne el propósito de acaparamiento de los sindicatos y trusts petrolíferos: los gobiernos de los países de Sudamérica que para mantener la certidumbre de su futuro progreso así lo hagan, ejercitarán una alta previsión patriótica. Nacionalizar y explotar con criterio que consulte el interés de la Nación los yacimientos de combustible líquido, es robustecer la propia economía y al mismo tiempo restar predominio a los trusts acaparadores que absorben y oprimen con sus imposiciones y refuerzan su poder explotando nuestras riquezas naturales y utilizando en su provecho los enormes beneficios que de ellas se obtienen, pero para nacionalizar las fuentes de petróleo, para que el Estado mantenga en sus manos el contralor conveniente y perciba participación equitativa en los beneficios muchas veces extraordinarios de las explotaciones, es menester que los hombres de Gobierno den

pruebas de gran espíritu de previsión y obtengan en oportunidad la adecuada legislación.

Las leyes de petróleo, como lo he manifestado en otro lugar, *pueden sancionarse con toda facilidad cuando no existe petróleo. Esta observación es de interés para los países donde aun no ha alumbrado yacimiento alguno, lo que puede ocurrir en forma inesperada.* La experiencia argentina constituye un amplio e incontrastable ejemplo. Entre nosotros, a pesar de toda la labor cumplida en cuanto a legislación se refiere desde que se descubrió petróleo en Comodoro Rivadavia, hace 20 *años, no hemos definido aun* la ley que dé unidad de doctrina e interpretación a la aplicación de las normas para la explotación metódica y racional de los yacimientos; que modere, si así fuera necesario, el interés particular que aleje los perjuicios que la ignorancia y la incapacidad pueden producir en los depósitos naturales; que dé, en fin, a la Nación la verdadera posesión de sus minas, y que la Nación y las Provincias, usufructúen equitativamente sus beneficios.

(Enrique Mosconi, *El Petróleo Argentino*, Bs. As., 1936, pp. 198-208)

Documento 28: *El petróleo y la política*

Ya se ha difundido en el conocimiento popular que el petróleo es el elemento de potencia más extraordinario del mundo moderno. Factor irreemplazable para el dominio del mar y del aire, es preponderante para triunfar en tierra firme. El acorazado, el submarino, el avión y la tracción mecánica exigen petróleo y derivados de ese mineral, y con el dominio del mar, de la tierra y del aire se asegura la riqueza y se mantiene el poderío.

Las naciones poderosas procuran la conquista de los yacimientos petrolíferos y sus "pioneros" ejercitan para su adquisición todos los procedimientos, invocan derechos, trafican con las conciencias, presionan con su diplomacia y la brutal intervención armada o el bloqueo económico termina con la codiciada posesión. En todas partes se advierten señales de la encarnizada lucha entre los grandes vampiros que se disputan la sangre negra de los organismos económicos modernos. Los grandes sindicatos, respaldados por los gobiernos de las naciones a que pertenecen, combaten sin tregua por adueñarse del elemento vital por excelencia, sin el cual Gran Bretaña, por ejemplo, no podría mantener el predominio de que disfruta y los Estados Unidos de Norte América no podrán llegar a la ansiada meta de su política mundial. En todos los pueblos de la América latina donde existen yacimientos, luchan los grandes trusts por el acaparamiento del subsuelo, rico en petróleo, y triunfa el más hábil, el más sagaz, generalmente el menos escrupuloso. En estos países es donde se observa con más crudeza el *triste espectáculo que ofrece la controversia enconada* y el debate irreductible que se libra entre los que defienden el interés nacional y los que conspiran, muchas veces con éxito, contra él, apoyando y estimulando el arraigo de las organizaciones extranjeras, que, por lo general, succionan la riqueza del país, comprimen su economía y dominan su política.

En nuestro país la opinión pública presencia el mismo espectáculo. Van corridos cinco años desde que se inició la lucha. Formamos parte del grupo que ha dado la señal, mantenido la fundada alarma, y quiere que sea la Nación la que administre la riqueza petrolífera, porque sólo así se cumplirán los preceptos establecidos en el preámbulo de nuestra Constitución. (. . .)

Desde el punto de vista económico, en poco o nada se benefician los países donde operan los grandes trusts. El torrente de petróleo, convertido en oro, engrosa las arcas de las compañías, y claman, protestan y resisten, invocando propósitos confiscatorios, cuando los gobiernos de los países en que desarrollan sus actividades se proponen establecer equitativos tributos. Tal ocurre en Méjico y Colombia; en Perú no sucede lo propio porque la ley pertinente priva al gobierno establecer tributo o impuesto alguno a la más poderosa de las compañías extranjeras que explotan petróleo.

Los pueblos de los países que poseen yacimientos acaparados por los grandes trusts tampoco se benefician con bajos precios de venta, como se podría suponer. Las organizaciones acaparadoras del combustible líquido regulan y *fijan los precios sin considerar los factores* económicos locales. América del Sur pagará así las pérdidas sufridas en Oriente o viceversa. Si se incendian instalaciones o evaporan *productos que importan* millo-

nes de dólares, se elevará el precio de venta en la cantidad y tiempo necesarios en el mercado que pueda soportarlo. Los precios se fijan para llegar al máximum de ganancia que puedan proporcionar las plazas de consumo y no para alcanzar beneficios equitativos y proporcionales al capital invertido.

(Enrique Mosconi, Prólogo a *El Petróleo del Norte Argentino*, Salta, 1928, pp. VIII-X)

Documento 29: *La falsa prosperidad*

Somos una factoría elegante

Hermano y compatriota:

¿Quiere usted saber qué es la República Argentina?

Tome un mapa plano del mundo, extiéndalo sobre una mesa y dóblelo por la mitad, de abajo para arriba, de modo que el Ecuador quede como lomo de la dobladura.

Observará en seguida que nuestra Argentina, superpuesta sobre la América del Norte, cubre un espacio que abarca desde la mitad de Méjico hasta casi la mitad Sud del Canadá.

¿Quiere saber más? Tome una regla y mida la distancia que separa la Argentina de la línea del Ecuador y de la línea del Polo. Encontrará que está equidistante de ambos climas extremos.

¿Quiere saber, todavía, algo más?

Corte el mapa mundi por la dobladura y superponga la hoja que contiene el mapa de la Argentina sobre los mapas de Europa, de Asia, de Africa y de Oceanía, teniendo cuidado de seguir la línea del Ecuador con el filo correspondiente de su hoja. No encontrará ningún otro país mejor colocado sobre la superficie del planeta.

Eso le dice a usted que debe inclinarse y rezar su oración más sentida loando a Dios por el beneficio que le ha hecho al ponerlo para vivir en la más privilegiada zona del mundo de su creación.

Ahora, lleve las manos a su bolsillo y cuente sus moneditas. . .

¡Qué contraste! Ahí está su vida en plena República Argentina y en el siglo de la más esplendorosa civilización.

No tiene usted, en definitiva, más que un bello suelo donde va a ser enterrado dentro de poco.

Nuestras grandes riquezas agropecuarias, están en manos de media docena de firmas, y los habitantes de la República vivimos en una permanente crisis económica de la que no podemos salir sino mediante la conquista del empleo público o privado.

De este modo, una parte de la población del país vive de los sueldos nacionales, provinciales y municipales, lo que determina las crisis financieras en que se debaten la nación, las provincias y las municipalidades, no obstante cargar cada día con más gabelas sobre el pueblo trabajador, por concepto de impuestos.

Otra parte vive del empleo privado al servicio del capitalismo extranjero o del pequeño comercio y de la pequeña industria y los únicos que no viven del empleo público o particular son los que se consagraron a los trabajos agropecuarios y éstos no viven ni del empleo ni del salario porque son muertos que caminan como se ha demostrado en el último Congreso de la Federación Agraria reunido en Rosario en Agosto de 1927.

Nuestros gobernantes dicen, sin embargo, que el país goza de una gran prosperidad y se manifiestan encantados del bienestar colectivo, pues como ellos están bien y son incapaces de ver las tristes realidades profundas de nuestra vida económica, juzgan el estado del pueblo por su estado de satisfacción interior. (. . .)

(Manuel Ortiz Pereyra, *Por nuestra redención cultural y económica*, Bs. As., Peuser, 1928. pp. 25-30)

Documento 30: *El Ferrocarril y la economía argentina*

Los transportes

En la sesión celebrada por el Senado Nacional el día en que se discutieron los diplomas de Porto y Cantoni, el señor Senador por Santa Fe, doctor Ricardo Caballero, pronunció estas palabras:

"La campaña hecha para desprestigiar a los F.F. C.C. del Estado ha sido pagada por las empresas ferroviarias extranjeras".

Cualquiera hubiese pensado, al oír una denuncia concreta de semejante gravedad, que ella hubiese provo-

cado un extraordinario revuelo en los círculos periodísticos y gubernativos del país. Sin embargo nadie se dio hasta hoy por enterado de tales manifestaciones del senador santafesino.

Vamos a ver si dejándolas consignadas en estas páginas aparece alguien que tenga interés en comentarlas y atribuirles todo el inmenso valor que encierran.

Para adobarlas y corroborarlas nos referiremos a otro aspecto de la misma cuestión.

Todos los años en el momento de la venta de las cosechas se alzan protestas por la falta de vagones que los diarios de Buenos Aires registran en sus informaciones del interior. Y este año se produjo en Oncativo, centro de una de las regiones agrícolas más densas de Córdoba, una verdadera conmoción casi revolucionaria, por que los productores locales, unidos en cooperativas, se veían precisados a mantener sus cereales en los depósitos a la espera de vagones, mientras comprobaban el ir y venir de trenes enteros, completamente vacíos, por las vías del Ferrocarril Central Argentino que cruzan precisamente esa zona.

Tales protestas no las han formulado ni las formulan las grandes firmas extranjeras acopiadoras y exportadoras de cereales, sino las sociedades cooperativas y los comerciantes lugareños, que se ven obligados a sufrir todo género de mermas en sus productos y en los precios por causa de la espera de vagones que deben soportar.

Exactamente lo mismo ocurre en todo tiempo a los ganaderos de Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay. No pueden conseguir trenes para conducir sus haciendas hasta Buenos Aires, porque los libros del F.C.N.E.A. están siempre repletos de solicitudes de Liebig's y de Bovril para quienes jamás faltan máquinas, vagones y vía libre. Eso sí: hay que ser justos. No podemos quejarnos de esta ventaja de que gozan Bovril y Liebig's en el Nord Este Argentino, porque, al fin y al cabo, el Nord Este, Bovril y Liebig's son tres firmas inglesas, tienen su administración en Londres y hasta parece que fueran los mismos empresarios, por que en los Directorios figuran nombres idénticos, cabalmente homónimos. (. . .)

(Manuel Ortiz Pereyra – *Por nuestra redención. . .* – cit, pp. 130-134)

(. . .) El recelo de lo nuestro y la fe en los extranjeros nos sirve como guía para juzgar todos los asuntos que pueden interesarnos, en el orden público, de un modo fundamental.

5. – Frases sin sentido argentinista

Contamos, para ello, con frases hechas, generalmente importadas, que erigimos sin contralor, en norma de nuestro gobierno y de nuestra conducta. Son frases que fueron felices en su hora, pero que ya no lo son.

De Nicolás Avellaneda, por ejemplo, conservamos una, para nuestro mal, porque es europea. La pronunció para atemorizar a los políticos de su tiempo y nosotros la aplicamos en serio y a destajo.

"El Estado debe ahorrar aunque sea sobre el hambre y sobre la sed del pueblo", dijo, en un arranque oportuno de su elocuencia tribunicia. Desde entonces, cerramos los ojos y arremetimos enfurecidos contra cualquier gasto de cualquier gobierno sin reparar que la mejor ciencia de gobierno consiste, precisamente, en hacer gastos, aunque sea comprometiendo el crédito de la Nación, con tal de satisfacer las necesidades del pueblo.

Pero donde culmina la incomprensión de las cosas nuestras, por culpa de nuestra excesiva comprensión de las ajenas, es en los asuntos relativos al estatismo económico y nos asalta un verdadero miedo, casi pánico, cuando alguien nos dice que el Estado debe hacer tal cual obra que los particulares no quieren o no son capaces de hacer por su espontánea iniciativa.

Ahí, no más, aparece el criterio europeo escondido, como un puñal, bajo el poncho criollo.

" ¡No!, no debe hacerse eso, porque el Estado es mal administrador". Tal es la frase hecha, la sacramental frase, sin sentido argentinista, erigida en norma de la mentalidad argentina.

En Europa, la cultura comercial y fabril de los pueblos, ha llegado a su apogeo; el espíritu de empresa existe y se hace presente para competir con los gobiernos en la realización de las grandes obras de interés común;

el espíritu de solidaridad tiene gestación secular, y ningún gobierno puede ser buen administrador de Bancos, Ferrocarriles, Frigoríficos o cualquier otro negocio que afecte servicios públicos o responda a necesidades públicas, porque cualquier empresa privada administra, hasta el centavo, cien veces mejor que el mejor gobierno de Europa.(. . .)

Los argentinos que leemos las protestas que se levantan, con tal motivo, allá, contra los gobiernos que pretenden realizar obras en competencia con los capitales particulares, nos pronunciamos sentenciosamente como ellos, diciendo que el Estado es mal administrador, perc no miramos que carecemos de espíritu de solidaridad y de empresa; no vemos la ineptitud de nuestros capitalistas criollos para realizar grandes obras, bancarias, frigoríficas, ferroviarias, etc., etc.; no observamos que es tanta nuestra incultura comercial que siempre nos vemos obligados a llamar extranjeros y hacerles grandes concesiones para que realicen las obras que no fuimos capaces de hacer nosotros; no comprendemos que, si no las hace el Gobierno, las tendrán que realizar los europeos o los yankis, con sus hombres y con sus capitales, para llevarse nuestro dinero y para tenernos bajo su yugo, cosas éstas peores que la incapacidad para administrar que atribuimos a nuestro gobierno. Pero esto mismo no es verdad, del todo, porque si bien hemos fracasado muchas veces, también hemos acertado muchísimas y no tenemos razón para apoderarnos del encono ajeno y atacar las iniciativas que quiera tomar el Estado de aquí, olvidando que nuestro Banco de la Nación, nuestro Banco Hipotecario Nacional y la magnífica realización de los caminos públicos de Córdoba, son obras del Estado Argentino que a todos nos honran.

Debemos convencernos de que si nada hacemos mediante la administración del Estado, nada tendremos, o todo seguirá siendo ajeno, como los frigoríficos, como los ferrocarriles, como todo lo que hay de grande en nuestro país que no es nuestro, sino de nombre, en ese orden de asuntos.

(Manuel Ortiz Pereyra, *La Tercera Emancipación*, Bs As., Lajouane, 1926, pp. 76-80)

70

V

LA REVOLUCION DEL 30 Y EL NACIONALISMO

La Revolución de setiembre

El 6 de setiembre de 1930 los porteños presenciaron un espectáculo por ese entonces inusual: una columna militar compuesta por los cadetes del Colegio Militar, secundados por algunos pocos efectivos de la Escuela de Comunicaciones y del Regimiento 1 de Caballería, y acompañados en lo que parecía un desfile por una muchedumbre de civiles, avanzaba sobre la Plaza de Mayo para derrocar a un gobierno Constitucional. Salvo un serio incidente en los alrededores del Congreso Nacional que ocasionó varios muertos, la pequeña columna pudo cumplir sin tropiezos su cometido. El Vicepresidente a cargo del Poder Ejecutivo desde el día anterior, Enrique Martínez, presentó su dimisión, y horas más tarde haría lo mismo Hipólito Yrigoyen. El gobierno radical se había derrumbado sin estrépito y asumía su cargo el primer presidente de facto de este siglo: el General José Félix Uriburu. Cómo pudo triunfar una revolución que, según la mayoría de los testimonios, estuvo mal dirigida y peor organizada –los revolucionarios debieron cambiar sus planes el mismo día de la acción–, que contaba con escasísimo apoyo en las

Fuerzas Armadas, sobre todo a niveles medios y altos, que no consiguió que se plegaran a ella ninguna de las unidades de batalla del área de Buenos Aires, es una pregunta inquietante y de difícil respuesta[120]. El gobierno elegido con el 57,4 % de los votos dos años antes caía sin resistencia ante los cadetes del Colegio Militar. ¿Qué lo había derribado? ¿La crisis económica y financiera mundial? ¿El petróleo? ¿Las disensiones internas? ¿La conspiración cívico-militar? ¿La ancianidad del viejo caudillo? Ninguna respuesta, individualmente considerada, es convincente; un cuadro de conjunto de todas ellas tal vez sea más plausible.

Tal cual se señalara en el capítulo anterior, desde mediados de 1929 la situación económica favorable comenzaba a revertirse. El problema tendería a agravarse tras el cierto desorden que en el sistema financiero internacional se generara a partir del derrumbe de la bolsa de Nueva York en octubre de 1929. Las serias dificultades de la balanza de pagos argentina, afectada por la iliquidez internacional y por la caída del valor de sus exportaciones, obligaron al gobierno de Yrigoyen a abandonar el patrón oro a fines de 1929. El año 30 verá profundizarse la recesión: la caída de las exportaciones agrícolas —producto de una mala cosecha 1929-30—, la ligera flexión de la producción industrial y el descenso también moderado del salario real lo demuestran[121]. La situación de todos modos distaba de ser crítica como en algunos momentos de la primera presidencia de Yrigoyen, la ocupación se mantenía elevada y el grado de conflictividad social era muy bajo[122]. Si la contracción de la actividad no era muy grave desde el ángulo socio-económico, si lo era más desde el punto de vista político. El sistema de "estado benefactor" sui generis que había instalado el radicalismo a través del gasto público, recibía un fuerte cimbronazo. Como señalara un historiador de la economía[123], la disminución de los recursos fiscales como consecuencia del descenso del nivel de actividad económica entre 1928 y 1930, congeniaba mal con el aumento del gasto y por ende del déficit público. La no absorción por el mercado de los títulos colocados para cubrir el déficit público colocaron al gobierno en una parcial cesación de pagos. Era ostensible que el radicalismo no sólo no tenía recetas para resolver la tormenta que se cernía sobre el modelo

argentino —y el tratado D'Abernon-Oyhanarte de setiembre de 1929 que reforzaba los lazos con Gran Bretaña era una prueba de ello— sino que tampoco estaba en condiciones de readaptarse a los tiempos de la gran depresión. Si esto es hoy evidente, lo era mucho menos en setiembre de 1930 cuando la crisis no había aún golpeado plenamente sobre la Argentina y donde nadie tenía —ni siquiera los nacionalistas como vimos— recetas alternativas.

Si la situación económica no puede darnos la clave sino sólo un marco de referencia, tampoco puede hacerlo la simplista explicación del petróleo como móvil central de la conspiración. Probablemente sea un ingrediente más pero hacer de ello el tema principal parece una interpretación excesivamente unilateral del problema[124]. De mayor peso son las disenciones internas, vinculadas a la vejez del presidente. Una intensa lucha tenía lugar en el elenco gobernante, lucha por la sucesión de Yrigoyen cuyos cabecillas eran el Ministro del Interior y el Vicepresidente. A este problema se sumaba la relativa parálisis administrativa del gobierno, que alimentada por la prensa opositora y por el rumor callejero daba la impresión de desgobierno e inacción. El tradicional mutismo del primer mandatario tendía a agravar la imagen y a dar la sensación de que el mismo se encontraba secuestrado por sus colaboradores e ignorante de lo que sucedía en el exterior. El tradicional manejo desordenado de la cosa pública contribuía también a conformar un cuadro que sin ser tampoco decisivo creaba un clima de escepticismo e incertidumbre.

Que las cosas no funcionaban bien ni económica ni políticamente lo reflejaron las elecciones de diputados de marzo de 1930. El radicalismo fue castigado electoralmente descendiendo del 57,4 % de 1928 al 41,7,% de los votos de 1930. Particularmente grave fue el resultado en la Capital Federal donde el radicalismo empató el segundo lugar con el Partido Socialista, ambos a buena distancia del triunfador el Partido Socialista Independiente. Siendo grave el resultado —el radicalismo sacaba sólo los votos propios históricos del partido y obtenía uno de sus más bajos porcentajes en esa época[125]— lo era aún más, porque de todos modos había triunfado. Desde cierto punto de vista, el resultado era el peor posible: lo suficientemente malo como para dar cierto

consenso a un golpe militar, lo suficientemente bueno como para demostrar a los opositores que el camino de las urnas para derribar al gobierno seguía vedado.

Si la crisis económico financiera, el relativo desgobierno y la pérdida de consenso son las condiciones de posibilidad del golpe, el instrumento es el Ejército. Dos proyectos, minoritarios ambos, han ido forjándose en las Fuerzas Armadas para derribar a Yrigoyen, basándose en el malestar que generaba en dichas instituciones la política de pases y ascensos del yrigoyenismo, el descenso del gasto militar en el rubro equipamiento y la tradicional hostilidad de los militares a la "chusmocracia". Uno encabezado por el ex Ministro de Guerra de Alvear, Agustín P. Justo y el otro por el ex Inspector General del Ejército, Uriburu; liberal, partidocrático, "constitucionalista", el del primero, el otro "nacionalista", autoritario y corporativo. Así al menos lo han descripto los protagonistas de los sucesos. La información es de todas maneras fragmentaria y, con referencia a la conspiración militar, sospechosa: las dos principales fuentes :el Teniente Coronel Sarobe y el entonces Capitán Juan Perón reflejan los puntos de vista justistas.

Dejando al margen al hombre que a la larga vencería en esta complicada partida de ajedrez que disputaron los dos proyectos, concentremos nuestra atención en el aparente vencedor, el General Uriburu. Dos imágenes contrapuestas han quedado de este hombre. La de su primo y mentor político Carlos Ibarguren que lo describe como: "un espíritu enérgico, firme, rectilíneo y valiente. . . hablaba con precisión, expresando su pensamiento en tono decidido, en forma clara y terminante" y la mucho más desfavorable del biógrafo de Yrigoyen, Manuel Gálvez: "No me pareció hombre de talento ni de saber. . . indudablemente carecía de visión política" y terminaba recordando que desde 1929 y hasta entrado 1930 lo veía por la calle Florida con tres o cuatro amigos piropeando a las mujeres que pasaban[126]. Este militar, que pertenecía a una familia muy tradicional de Salta, –era bisnieto del General Arenales y sobrino del ex-presidente José Evaristo Uriburu–, había sido revolucionario en 1890, cuando era subteniente, y había militado en el Partido Demócrata Progresista junto a su amigo Lisandro de la Torre. Al igual que su subalterno en el golpe, el Coronel Kinkelín, había visto la Primera Guerra

Mundial del lado alemán, y al igual que muchos entre sus compañeros de armas se había convertido en un admirador del sistema prusiano. Durante el Gobierno de Alvear llegó al máximo cargo del escalafón: Inspector General del Ejército. Lector asiduo de periódicos nacionalistas como *La Voz Nacional*, *La Nueva República* y *Criterio*, se había manifestado muy impresionado por los logros de la Italia mussoliniana, probablemente influido por las ideas de su primo Carlos Ibarguren y de su amigo Leopoldo Lugones. Los distintos protagonistas no son coincidentes sobre la fecha en que el General habría comenzado su tarea conspirativa, después de su pedido de retiro del Ejército en mayo de 1929. Sus propósitos, según le informó a Carlos Ibarguren eran más amplios que los de un simple cuartelazo: "Mi plan es hacer una revolución verdadera que cambie muchos aspectos de nuestro régimen institucional, modifique la Constitución y evite se repita el imperio de la demagogia que hoy nos desquicia. No haré un motín en beneficio de los políticos para cambiar hombres en el gobierno, sino un levantamiento trascendental y constructivo con prescindencia de los partidos"[127]. El objetivo, como se ve, era ambicioso y distinto del que simultáneamente llevaban adelante Justo y sus amigos, más preocupados por dar un golpe que no modificara la Constitución y conservara el predominio de los políticos. Ambos grupos, por su condición minoritaria agravada por la presencia de un militar enérgico y popular en el Ministerio de Guerra, el General Dellepiane, debían buscar conformar una alianza para tener ciertas posibilidades de éxito. En junio de 1929 se enfrentaban dos listas en las elecciones de autoridades del Círculo Militar, en lo que era un buen barómetro de las tendencias políticas. La lista encabezada por el General Uriburu a quién acompañaba el Coronel Manuel Rodríguez, colaborador estrecho de Justo, era cómodamente derrotada por la lista pro-gubernamental encabezada por el General Pablo Ricchieri por 929 votos contra 635[128].

Uriburu, que desarrollaba sus actividades conspirativas desde los aristocráticos Jockey Club y Círculo de Armas, continuó con su tarea secundado por un selecto grupo de oficiales y por algunos jóvenes nacionalistas. El aspecto militar de la conspiración ha sido ya prolijamente descripto en otras obras a las que remitimos[129],

sólo se recordará aquí el momento decisivo. El día 27 de agosto la conspiración fue detectada por el Ministerio de Guerra y Dellepiane comenzó a presionar sobre el Presidente para que éste diera los pasos necesarios para detener el movimiento que debía estallar el 2 de setiembre. El Presidente a instancias de sus círculos íntimos no da crédito a su Ministro de Guerra y éste decide renunciar el 3 de setiembre ante la pasividad del gobierno. La renuncia de Dellepiane allana los propósitos de los conspiradores. A último momento una complicación adicional afecta a los conjurados, las diferencias ideológicas. Justo y los políticos opositores presionan sobre Uriburu, a través del Teniente Coronel Sarobe para que este de garantías de no alterar la Constitución y de retornar pronto al sistema partidocrático. El día 5 de setiembre el General Uriburu aceptaba las reformas al manifiesto de ligero tinte corporativista que pensaba proclamar una vez asumida la Presidencia y debido a la pluma de Leopoldo Lugones. Uriburu comenzaba a comprobar la diferencia que media entre un plan político teórico y su concreción en la realidad. El día 6, más por inacción del gobierno que por propia capacidad, la revolución resultaba triunfante.

Los grupos nacionalistas y la Revolución de setiembre

Si el primer objetivo de *La Nueva República* había sido expresar desde el punto de vista doctrinario y político las ideas de lo que desde el primer número llamaban "el nacionalismo argentino", pronto se agregaría el de contribuir por medios más directos a reemplazar el sistema político existente por uno más acorde con las ideas expuestas en el periódico.

Aunque los testimonios de los protagonistas difieren en el relato de los pormenores de los acontecimientos en que participaron, coinciden en señalar que el punto de partida de su nuevo accionar fue el acercamiento al general Uriburu, en quien veían "un militar de prestigio, con dotes de estadista, (que) podría aunar las voluntades dispersas del elemento civil, respaldándolas con el apoyo del sector sano de las fuerzas armadas, que sabíamos numeroso y bien inspirado"[130]. A esta coincidencia con

73

las ideas expuestas por Lugones unos años antes no era ajeno sin duda el resultado de las elecciones de 1928, que habían llevado a Yrigoyen por segunda vez a la presidencia, y que los nacionalistas veían como el signo más ostensible del fracaso del régimen demoliberal, como se señalara en el capítulo III.

Cuando *La Nueva República* cumplió su primer aniversario, el banquete con el cual sus redactores lo festejaron en el Munich de la Costanera tuvo un inesperado comensal, muy aplaudido por los participantes, que no era otro que el general Uriburu, con el cual de allí en más los contactos se harían muy frecuentes. Desde principios del año 29 los Irazustas y Carulla comenzaron a visitar al general en su casa, desde donde irían poco a poco preparando el aspecto civil de la conspiración. Y el periódico, que para entonces arreciaba en sus críticas contra Yrigoyen, suspendió su publicación en el mes de marzo, ya que sus redactores abandonaron por un tiempo la labor periodística para dedicarse de lleno a la actividad revolucionaria. Para los neorrepublicanos, como queda expresado en el fragmento de Carulla antes citado, Uriburu encarnaba la posibilidad de hacer concretas sus aspiraciones a una modificación del régimen político, que solo veían posible como obra de un gobierno fuerte y respaldado por las fuerzas armadas, y confiaban en que la revolución no culminaría, como la del 90, en un cambio del presidente, sino que llevaría adelante un plan de reformas en las instituciones del Estado, que debía comenzar por la del sistema de sufragio. Uriburu, por su parte, y más allá de sus objetivos a largo plazo, de lo cual ya hemos hablado, consideró al grupo de *La Nueva República*, al que se sumaron pronto otros nacionalistas que no colaboraban en el periódico, como un factor importante en la preparación de la acción revolucionaria.

La Liga Republicana y la Legión de Mayo

Antes de promediar el año 1929, en una concurrida reunión de la que participaron tanto los nacionalistas de *La Nueva República* como muchos otros que nunca habían colaborado en el periódico se decidió organizar un grupo de choque, la *Liga Republicana*, a la que sus

miembros definieron como "milicia voluntaria de la juventud para luchar contra los enemigos interiores de la República".[131]

Los principales inspiradores de la creación de la "Liga" habían sido Rodolfo Irazusta y Roberto de Laferrere, después de haber pedido y conseguido el visto bueno de Uriburu, que ya les había expresado en otras oportunidades la necesidad de "ganar la calle" para preparar el ambiente necesario a la revolución.[132] Aunque en un principio la Liga era amplia y, según consta en sus "Bases y Programa de Acción" (documento 32) admitía en su seno "a todos los descontentos del gobierno del señor Yrigoyen dispuestos a iniciar una campaña de agitación callejera", fue siempre controlada por los nacionalistas, y uno de ellos, Carlos Ibarguren (h) la llamó "agrupación precursora del movimiento nacionalista argentino".[133] Se proponía resistir al gobierno no solo a través de la prédica oral y escrita, sino "iniciar una acción enérgica en defensa de la Constitución y las leyes de la República", utilizando para ello "cualquier medio" y "cualquier sacrificio" y "en previsión de posibles agresiones oficiales, organizará a los adherentes en forma que puedan repelerlas". El Programa de la "Liga" justificaba su acción invocando el derecho de los ciudadanos a resistirse al despotismo, en consonancia con la tradición escolástica. Igualmente sostenía la necesidad de respetar la Constitución, y esto que la alejaba de algunos nacionalistas como Lugones, la emparentaba en su planteo político con *La Nueva República*.

El cuartel general de los liguistas era el local del diario *La Fronda*, el matutino furiosamente antiyrigoyenista del que era propietario Francisco Uriburu, primo del general, y que desde sus páginas atacaba con epítetos de todo calibre a los miembros del gobierno, especialmente al presidente. Aunque *La Fronda* era un diario de orientación conservadora, para esta época colaboraban en ella muchos nacionalistas: Alfonso y Roberto de Laferrere, los Irazusta, Palacio, Pico, Lizardo Zía y el mismo Lugones, que publicó en ella varios artículos. Los dos redactores más importantes del periódico, Justo Pallarés Acébal, que en esta etapa estaba a cargo de la dirección, y Delfín Ignacio Medina, también estaban vinculados al nacionalismo, y formaron parte de la "Liga". El mismo propietario del periódico, Francisco

Uriburu, según testimonio de Carulla, contribuía a sostener financieramente a la nueva agrupación.

En octubre de 1929 quedaron definitivamente constituidas las autoridades de la "Liga", a cuyo frente se designó un triunvirato compuesto por Rodolfo Irazusta, Daniel Videla Dorna y Roberto de Laferrere, a quien Lizardo Zía llamaba el "alma pater" de la misma.

Roberto de Laferrere fue sin dudas la figura principal de la "Liga Republicana". Periodista, redactor de "La Fronda", había alcanzado notoriedad entre los nacionalistas a raíz de un grave incidente con Enrique Larreta, al cual había acusado duramente desde las columnas del diario por haber apoyado la candidatura de Yrigoyen a la presidencia. Después de haberse iniciado, como muchos otros nacionalistas, en el Partido Demócrata Progresista, en cuyo periódico *Tribuna Demócrata* había hecho sus primeras letras en el periodismo, abandonó sus convicciones democráticas y se convirtió, por influencia de su hermano, en ferviente admirador de Maurras. Aunque mantenía buenas relaciones con el grupo de redactores de *La Nueva República*, en cuyo periódico no colaboró, se distinguía de aquellos por una preocupación mayor por la acción que por la reflexión teórica. En consonancia con ello, en la década del treinta y desde la conducción de la "Liga" que mantuvo hasta 1942, estuvo al frente del conflicto que algunos grupos nacionalistas generaban con fuerza de orientación opuesta. Durante la Segunda Guerra Mundial mantuvo una posición de neutralismo intransigente desde las páginas de *El Fortín*, periódico fundado y dirigido por él. A diferencia de muchos otros, no participó de los elencos gobernantes del régimen militar instaurado en 1943, y posteriormente fue un decidido adversario del peronismo participando del complot del general Menendez en 1951.[134]

En consonancia con los propósitos de su Programa de acción, pronto la "Liga Republicana" comenzó a cumplir con la labor agitativa para la cual había sido creada, y si su primera actuación pública tuvo escasa repercusión —unos pocos que, al grito de "Viva la patria, abajo el mal gobierno" enfrentaron a la comitiva oficial que se dirigía al Tedeum en que se conmemoraba el aniversario de la Independencia y que costó una horas de cárcel a Rodolfo Irazusta y Mario Lassaga, otro miembro del plantel de *La Nueva República*— en los meses siguientes consiguie-

por ir incrementando su accionar. Este consistía en realizar actos relámpagos, ahora al grito de "Abajo el Peludo. Viva la revolución", empapelar los frentes de la ciudad y los medios de transporte con pequeños carteles antiyrigoyenistas, y convocar a algunos mitines que lograron un discreto apoyo, como los que realizaron en plaza Congreso en protesta por diversas facetas de la acción del gobierno. Muchos de estos actos terminaban a los tiros, enfrentándose los liguistas a los miembros del "Klan radical", el grupo de choque que había sido creado en el seno de diversos comités del partido oficial para actuar como factor de presión ante las fuerzas opositoras.

Aunque la "Liga" era primordialmente un grupo de acción directa, existían algunas discrepancias en torno al papel que la política debía jugar en ella. Las divergencias hicieron crisis en vísperas de las elecciones de diputados por la Capital que debían realizarse en marzo de 1930. Cuando llegó el momento de decidir que actitud tomaría el grupo ante los comicios se presentaron diferencias en el seno del triunvirato directivo y como consecuencia Rodolfo Irazusta, que quedó en minoría, renunció. El problema suscitado era producto de que mientras Videla Dorna y Laferrere eran partidarios de votar la fórmula del socialismo independiente, Irazusta, proponía integrar una fórmula conjunta de socialistas independientes y personalidades vinculadas al nacionalismo como Carlés y Lugones. La diferencia no era meramente coyuntural sino que reflejaba discrepancias más profundas que se ahondarán hasta hacerse evidentes en la década siguiente, entre quienes como Irazusta eran más proclives a la formación de un partido político nacionalista y, por ende, a aceptar las reglas de juego del sistema demoliberal, y aquellos como Laferrere más inclinados hacia soluciones corporativas o militaristas.[135]

A medida que avanzaba el año 30, la acción de los "linguistas" se hacía más provocativa y más intensa y, como consecuencia de ello, los enfrentamientos con el "Klan" radical en los que —pese a la homérica imagen brindada por Federico Ibarguren—[136] los resultados a menudo eran desfavorables, más continuados. En los días previos al golpe militar de septiembre, los "liguistas" junto a los miembros de otro grupo de choque, la "Legión de Mayo", organizaron una serie de incidentes, a partir de una ruidosa silbatina al Ministro de Agricultura Fleitas al inaugurarse la Exposición rural el 30 de agosto de 1930, que buscaban crear el clima de conmoción preparatorio de la asonada militar.

45

La Legión de Mayo era, al igual que la Liga, una organización agitativa, pero a diferencia de ésta fue creada recién en vísperas de la revolución y por iniciativa directa de Uriburu. En su primer manifiesto, lanzado el 25 de agosto del 30, calificaba al país como "un buque a la deriva (que) va a estrellarse en los escollos de la miseria, la vergüenza y la anarquía" y llamaba a la acción contra el gobierno para "restaurar la organización republicana, representativa y federal.[137] Su fundador fue Alberto Viñas, diputado conservador y hombre de Uriburu, y aunque estaba integrada en gran parte por ciudadanos independientes que dieron su apoyo al golpe, también muchos miembros de la "Liga Republicana", entre ellos Laferrere y Carulla, firmaron el manifiesto inicial.

Además de la silbatina en la Rural, la "Liga" y la "Legión" actuaron en conjunto en los días inmediatamente anteriores a la revolución, en que Uriburu designó a Alberto Viñas como jefe de todas las fuerzas civiles, que participaron en la custodia del general y acompañaron al ejército en su marcha hacia la capital, logrando movilizar, según sus protagonistas, un millar de ciudadanos.[138]

La Nueva República

Tal como hemos señalado, en marzo de 1929 *La Nueva República* dejó de aparecer, y sus redactores reemplazaron la labor periodística por la actividad conspirativa. Pero pocos meses antes de la revolución, el 18 de junio de 1930, inició el periódico su segunda época. En toda esta etapa *La Nueva República* cumplió como órgano periodístico la misma tarea que realizaba la "Liga Republicana" en la calle, esto es preparar el ambiente para la Revolución. Según testimonio del entonces capitán Perón, en una reunión de oficiales conspiradores que se realizó en julio de 1930, se consideró "la necesidad de intensificar la propaganda entre los Oficiales, para lo cual se mandaría a todos los que fuera posible el diario *La*

Nueva República que salía, defendiendo en particular las ideas sustentadas por el General".[139]

Tanto Palacio, que ocupaba ahora el cargo de director, como Rodolfo Irazusta, que seguía siendo el responsable de la sección "La Política", insistían desde sus páginas, al igual que la mayor parte de la prensa de entonces, en sus críticas al gobierno. Pero, a diferencia de otros periódicos, y en consonancia con su prédica inicial, propugnaban el cambio en el sistema político, al que consideraban tan responsable de los sucesos que denunciaban como al propio gobierno: "El hartazgo de la política electoral, la repugnancia por el "hecho" democrático, extendida hoy a todas las clases sociales, es, como se ve, el mejor aliado de nuestra propaganda. (. . .) Los hombres sensatos votan por los socialistas independientes y se quedan satisfechos. Nosotros sabemos que hay que arrasar con todo y nos parece una tarea liviana. Nosotros tenemos razón".[140] Así como en la primera etapa, justificaban su postura con una visión apocalíptica de las posibles consecuencias de la democracia: "La salvación del país solo puede venir de un movimiento de opinión contra el régimen y el establecimiento, en la Casa Rosada, de un gobierno nacional, no partidario. Arrancar la patria de las manos rapaces de los profesionales de la política, esto es lo que importa. Todo lo demás será seguir agonizando, hasta que llegue la hora de la catástrofe definitiva: invasión extranjera o revolución social."[141]

Pero a diferencia de la primera época, no solo confiaban en una solución a corto plazo: "Y hasta es posible que no haya que esperar la eternidad de cuatro años a que nos tiene condenados el calendario político"[142] sino que exponían con claridad cuáles serían los medios para lograrlo: "el país puede confiar en sus Ejércitos de Mar y Tierra, pues son las únicas instituciones del Estado que la podredumbre de éste no ha podido descomponer."[143] A casi seis años del "Discurso de Ayacucho", aceptaban por fin la solución lugoniana, lo que también se hizo evidente en la intensificación de sus relaciones con el poeta y en la publicación en *La Nueva República* del prólogo a *La Patria Fuerte*, en junio, y el de *La Grande Argentina*, en agosto.

En estos artículos que anunciaban la necesidad y la posibilidad de la revolución militar, *La Nueva República* tomaba partido entre las líneas que se iban esbozando en el seno de la conspiración, y daba su tácito apoyo a Uriburu, en quien habían depositado, como ya dijéramos, todas sus expectativas: "Que asuma el Ejército todos los poderes del Estado, en buenahora. Pero que sea por lo menos para plantear, después de una depuración profunda de los vicios colectivos, la reorganización nacional." (. . .)"Acudir a la fuerza, reclamar la intervención del Ejército en las actuales circunstancias, es perfectamente legítimo. Pero, si esa intervención no significa otra cosa que la renovación y continuación de la farsa electoral, será mejor que no ocurra."[144]

En lo que consideraban que debía ser el programa del gobierno revolucionario no manifestaban aún una postura favorable a la reforma de la Constitución, y lo prioritario seguía siendo, a su criterio, la modificación del sistema de sufragio: (. . .) "es necesario un régimen dictatorial que suprima las elecciones de sufragio universal";[145] pero a diferencia nuevamente de la primera etapa del periódico, aparecía una preocupación mucho mayor por el tema económico. En esto juega sin duda un papel fundamental el hecho de que comenzaran a hacerse evidentes las consecuencias de la crisis mundial, en la que quedaron en descubierto todas las debilidades del modelo agroexportador y la estrecha dependencia en que se encontraba nuestra economía con respecto a la economía británica. La situación presente y la agudización de la crisis económica llevarían a los Irazusta, en la década siguiente, a buscar sus orígenes en el pasado y a condenar la acción de los gobiernos liberales como responsables de la penetración económica inglesa. Aunque faltaban todavía varios años para la publicación de *La Argentina y el imperialismo británico*, algunas de las que serían sus afirmaciones aparecían ya esbozadas con claridad en algunos artículos de Rodolfo, como cuando sostenía que "el libre cambio es el instrumento de nuestra dependencia económica a los mismos anglosajones" o cuando denunciaba que ciertos resortes básicos de la economía, como los ferrocarriles, los frigoríficos y las finanzas estaban en manos del capital inglés.[146]

Y a menos de una semana de la revolución, Rodolfo Irazusta reclamaba un gobierno fuerte, al que consideraba el único capaz de "realizar la transformación econó-

mico que el país necesita"[147] y en el que todos los nacionalistas depositarían sus esperanzas.

El Gobierno del General Uriburu

El 8 de septiembre de 1930 asumió el nuevo gobierno entre las aclamaciones de los sectores medios opositores al radicalismo. El elenco ministerial había sorprendido a los jóvenes e inexpertos nacionalistas, pero no sin duda a quién tuviera cuenta de las reales fuerzas sociales y políticas que se movían detrás de la revolución. Un elenco de veteranos políticos conservadores, en su gran mayoría miembros del Jockey Club como el nuevo Presidente ocupaban las distintas carteras. Sin fuerza para impulsar por ahora sus propuestas, el General Uriburu transaba con las fuerzas tradicionales. Sin embargo los proyectos corporativos no habían sido olvidados, la designación del ex-conservador y flamante nacionalista —aunque algo paradojicamente también abogado de compañías petroleras extranjeras— Matías Sánchez Sorondo, así como la designación de Interventor en la Provincia de Córdoba de Carlos Ibarguren así lo ratificaban. Por los demás el 1° de octubre el nuevo Presidente daba un Manifiesto en el que entre protestas de respetar la Constitución y los partidos, se expresaba la necesidad de propender a reformas constitucionales pero solo "por los medios que la misma Constitución señala" y se volvía a sugerir la alternativa de tipo corporativo: "Cuando los representantes del pueblo dejen de ser meramente representantes de comités políticos y ocupen las bancas del Congreso obreros, ganaderos, agricultores, profesionales, industriales, etc., la democracia habrá llegado a ser entre nosotros algo más que una bella palabra"[148]. El 15 de octubre estos conceptos eran reiterados en una conferencia pronunciada en Córdoba por el nuevo interventor Ibarguren (ver documento 33). Nuevamente aquí envueltas en un ropaje liberal aparecían lo que eran dos ideas esenciales del nuevo grupo: reformar la Constitución y establecer algún tipo de representación corporativa sin suprimir el sistema político existente. Si las contradicciones flagrantes que estos discursos muestran eran producto solo de la necesidad de evitar reacciones graves contra los mismos, o si por el contrario eran producto de

la confusión ideológica de los nacionalistas gobernantes, es imposible saberlo con certeza. Lo cierto es que el proyecto revolucionario se empantanará no sólo en las incapacidades políticas de su conducción —por otra parte evidentes—, sino principalmente en las resistencias que dicho proyecto encontraba en las distintas fuerzas sociales y políticas. Sin peso ideológico en la clase dirigente o en el ejército — donde la línea corporativa era francamente minoritaría, sin base en ninguna fuerza social como los sectores medios o medio bajos imprescindible para dar una entidad real a un proyecto de este tipo, como lo mostraban los ejemplos europeos, el programa corporativo pasará sin pena ni gloria. La ausencia de conflictos externos movilizadores o de desórdenes sociales internos amenazadores quitaba toda posibilidad a un sistema de tipo nacionalista autoritario en la Argentina de los años treinta.

El General Uriburu, a través de sus seguidores los Coroneles Molina y Kinkelín y del Dr. Carulla hizo algunos intentos de imitar el ejemplo italiano mediante la creación de una agrupación paramilitar cuyo objetivo era por un lado apoyar desde la calle la acción del gobierno y a más largo plazo constituir el embrión de una agrupación política sustentadora de un nuevo régimen. Se trataba de la "Legión Cívica Argentina" fundada en febrero de 1931 y reconocida oficialmente por el gobierno en mayo del mismo año. Entrenada por oficiales en actividad en cuarteles del Ejército, sus integrantes usaban uniforme y grados y desfilaban en las fiestas cívicas junto a las fuerzas regulares. En el marco de una concepción de la acción y de una filosofía de la fuerza, la "Legión" se proponía inculcar las virtudes militares y, prevenir la repetición de los excesos democráticos para lo que convocaba a "todos los hombres de bien, amantes del orden y dispuestos a luchar para que no se malogren los frutos del 6 de septiembre".[149] La "Legión", tolerada por los sucesivos gobiernos, continuará su actividad, siempre muy ligada y controlada por grupos de oficiales de las Fuerzas Armadas —lo que era una diferencia de importancia con las organizaciones del género europeas— a lo largo de la década del treinta y hasta principios de la del cuarenta. Más impresionante que efectiva, más ruidosa que poderosa esta agrupación creada a imitación de otras extranjeras —incongruencia nacionalista— no consi-

guió ejercer una efectiva influencia sobre los reales factores de poder de la sociedad argentina.

Los dos documentos que se transcriben referidos a la "Legión Cívica" marcan con claridad los propósitos del gobierno al formarla (documento 34) y los objetivos de la misma a través del breve fragmento referido a la organización de las escuadras que aparece en el "Programa de instrucción fundamental para escuadras" (documento 35).

De fracaso político en fracaso político, el gobierno de Uriburu aislado completamente de la sociedad argentina, sólo fuerte a través de una dura represión a los sectores extremistas opositores, debió ir cediendo posiciones hasta convocar —tras el fiasco electoral de la Provincia de Buenos Aires que produjo el alejamiento del Ministro Sanchez Sorondo— a elecciones generales con proscripción de la fuerza mayoritaria, el radicalismo. En las elecciones de fines de 1931 era elegido presidente su rival del año anterior: el General Justo. El 20 de febrero, tras un absoluto fracaso político, fracaso que reiterarán otros golpes militares "nacionalistas" posteriores, el General Uriburu debía entregar el poder formal al poder real. Pronunció entonces su último manifiesto, y su documento político más importante, en el cual expresa la amarga queja del militar atrapado en la sutil telaraña de la política (documento 36). Como tantos otros después de él muestra la inconducencia de aplicar las recetas del cuartel a la realidad. Su ideario claramente corporativo (nótese la mención a las comunas medievales y la referencia a Mussolini) aparece como una utopía nostálgica y trasnochada.

Los nacionalistas y el gobierno de Uriburu

Tras haber apoyado fervientemente a la revolución, la mayor parte de los grupos nacionalistas, como ya dijéramos, se sintió pronto desilusionada por las medidas del gobierno, que manifestó desde un principio una orientación muy distinta a lo que parecían haber sido los objetivos del movimiento de septiembre.

De todas maneras, algunos nacionalistas colaboraron en la nueva administración: Palacio fue como ministro de gobierno a San Juan, y una buena parte de los integrantes de la Liga Republicana, encabezados por Roberto de Laferrere, acompañó a Carlos Ibarguren en su gestión como interventor en Córdoba, que se prolongó hasta mediados de abril del 31, y que fue tal vez el único intento —muy tibio por cierto— de aplicar las reformas anunciadas. Ibarguren contó también con el respaldo de las principales figuras del nacionalismo cordobés, encabezadas por Nimio de Anquín y Luis Martínez Villada, que en la década siguiente fundarían el Partido Fascista de Córdoba, uno de los núcleos más importantes del nacionalismo en el Interior. Los Irazusta no ocuparon cargos públicos, pero según testimonio de su hermano, Rodolfo era siempre bien recibido por Uriburu en la Casa de Gobierno.

Si en un principio los nacionalistas no hicieron públicas sus críticas al gobierno, no por ello dejaban de manifestar su descontento, y Rodolfo Irazusta escribía a su hermano el 1° de octubre del 30, a menos de un mes de la revolución, que "el cambio de gobierno operado en el *país (. . .) ha sido una de las cosas más absurdas que* darse puedan. Preparado y efectuado por los reaccionarios, es usufructuado abiertamente por los liberales."[150]

La Nueva República siguió defendiendo desde sus páginas lo que siempre había considerado los principios de la revolución, y fue poco a poco manifestando una actitud opositora que alcanzó un punto culminante en el editorial que publicó el 5 de octubre de 1931, fecha en que comenzó a salir como diario. En él sus redactores hicieron pública la ruptura con el gobierno, al que acusaron de haber traicionado el espíritu de la revolución, convirtiendo lo que debía ser un movimiento de cambio en una restauración conservadora. Y si eran prudentes al hablar de Uriburu, al que consideraban "mal aconsejado por sus colaboradores inmediatos", dejaban entrever con claridad la parte de responsabilidad que le cabía: "Diariamente se esperaba con ansiedad, de los labios del jefe, la palabra que enterraría definitivamente el pasado. Y cuando esa palabra fue una promesa de elecciones hubo decepción general. . .". Este texto, del que se transcribe un fragmento, es sin duda uno de los que expresa con mayor claridad la desilusión de los jóvenes nacionalistas, muchos de los cuales buscarían nuevos rumbos en la década siguiente (documento 37).

El grupo de la Liga Republicana era igualmente

crítico con respecto al gobierno, pero, al igual que Carulla, guardaba mayor admiración por Uriburu y confiaba en que el presidente, al que consideraban víctima de la conspiración justista y de su deteriorada salud, pudiera alguna vez volver a encabezar un movimiento revolucionario. No le perdonaron en cambio que creara la Legión Cívica, en vez de apoyarse en el grupo de fieles que desde la "Liga" habían contribuido a hacer posible la revolución.[151]

Paradójicamente, muchos nacionalistas terminarían apoyando la candidatura de Justo, a la que vieron como única alternativa para evitar el triunfo de la Alianza Civil.

En una historia que volvería a repetirse reiteradamente a lo largo de este siglo, terminaron derrotados y teniendo que apoyar a sus adversarios políticos, que eran los que representaban los verdaderos factores de poder en la sociedad argentina.

Documento 32: *La Liga republicana*

Bases y programa de acción de la Liga Republicana 7–XI-1929

Los firmantes de esta declaración –hombres jóvenes, desvinculados de los partidos que se disputan la primacía electoral– han resuelto constituirse en una liga de acción, cuyo objeto será combatir, por todos los medios, la corrupción política que ha hecho presa de la República, denunciar sus orígenes, proponer los remedios y procurar su aplicación. Comprenden todos que las circunstancias actuales imponen a los ciudadanos de buena voluntad un alistamiento extraordinario para el servicio del país. Es posible, en efecto, desinteresarse de la lucha política –si no se siente por ella una vocación especial– cuando se vive bajo regímenes de progreso y orden que inspiran confianza en el destino de la patria; pero no sucede lo mismo cuando, como en el estado presente, cualquier ciudadano que posea un mínimun de lucidez debe temblar por ese destino. La conciencia de los males actuales y de los más graves aún que que a todos nos amenazan, ha decidido la formación de esta Liga, que es una milicia voluntaria de la juventud para luchar contra los enemigos interiores de la República. (. . .)

79

Plan general de acción de la Liga Republicana

Conforme a su carácter de liga de acción y en consonancia con sus bases y programa ya aprobados, la Liga Republicana se propone concretamente aplicar toda su actividad organizada a poner de relieve los actos del gobierno nacional que merezcan las censuras de la opinión y a expresar su protesta pública contra los mismos cada vez que las circunstancias lo reclamen. A tales efectos:

1°.– Dispondrá de un servicio propio de informaciones relacionadas con las actividades del gobierno y su partido, que le permita documentar sus denuncias.

2°.– Organizará en su seno comisiones encargadas de estudiar los distintos asuntos que se refieran a dichas actividades y de redactar las comunicaciones a la prensa en que se hagan constar las irregularidades, transgresiones o vicios comprobados.

3°.– Acusará ante los tribunales a los funcionarios que cometan actos punibles, para lo cual se hará asesorar por autoridades en la materia.

4°.– Dará conferencias públicas en las calles de la ciudad, designando un cuerpo de oradores para que desarrollen los temas que indiquen las autoridades de la Liga.

5°.– Producirá actos callejeros de protesta contra los actos del gobierno que deban ser destacados ante la opinión pública y en previsión de posibles agresiones oficiales, organizará a los adherentes en forma que puedan repelerlas.

(En: Julio Irazusta, *El pensamiento político nacionalista*, Bs. As., Obligado, 1975, pp. 25-28).

Documento 33: *Un proyecto corporativo*

VIII. La representación de los intereses sociales en el gobierno

Uno de los vivos anhelos que animan el contenido de la Revolución es el de que en el Estado actúen los representantes genuinos de los verdaderos intereses socia-

les, en todas sus capas, evitando así que elementos parasitarios del profesionalismo electoral, que no significan ningún valor, acaparen el Gobierno como ha ocurrido, y se interpongan entre éste y las fuerzas vivas y trabajadoras del país. El Estado no puede ser burocracia de comité, ni el funcionario caudillejo de parroquia, parásito que nada representa como fuerza social. (. . .)

El anhelo expresado por el jefe de la Revolución, de la representación directa de los intereses sociales en el Congreso, y en general en el gobierno, puede ser realizado y hacerse efectivo sin alterar el sufragio universal como fuente del mandato legislativo. Lo que debe transformarse es la organización de los partidos políticos, en cuyas convenciones electorales debe establecerse y mantenerse —como lo sostiene el eminente maestro Rodolfo Rivarola— representaciones de fuerzas y de gremios sociales, con lo que se llegará a formar grandes agrupaciones cívicas y orgánicas sin caudillos que las acaparen para explotación personal.

Por otra parte, en el Parlamento pueden estar representados los partidos por el sufragio universal y acordarse una representación parcial a gremios que estén sólidamente estructurados. La sociedad ha evolucionado profundamente del individualismo democrático en que se inspira el sufragio universal, y del que se desprende la suma de intereses individuales, a la estructuración colectiva que responde a intereses generales más complejos y organizados en forma coherente dentro de los cuadros sociales.

Estas trascendentales ideas de grandes reformas que la Revolución anhela son entregadas a examen de la opinión pública, no para imponerlas por la fuerza, sino para discutirlas a la luz de la razón. Si se juzgara prematuro el introducir en el Congreso la delegación, siquiera parcial de gremios, por considerarse que la Argentina no está suficientemente evolucionada todavía como para que refleje adecuadamente en el Parlamento representaciones tan complejas, ello no impide que los intereses sociales que estén sólida y maduramente organizados participen por medio de delegados auténticos, no de mandatarios ajenos a esos intereses, en los directorios y consejos técnicos de grandes entidades de la administración. Así, por ejemplo, en las instituciones bancarias oficiales, en los ferrocarriles del Estado, en las cajas de pensiones y en

80

otros importantes órganos de servicios públicos, debieran tener algunos asientos establecidos por la ley en las comisiones directivas representantes de los intereses sociales vinculados a esas entidades. Entre nosotros existe un ensayo aislado, que es una feliz experiencia de esas representaciones, en la Caja de Pensiones Ferroviarias, en cuyo Consejo Directivo tienen asiento mandatarios de obreros, de empresas y del Estado.

(Carlos Ibarguren, *El significado y las proyecciones de la revolución del 6 de setiembre*, Córdoba, Talleres de la Penitenciaría, 1930).

Documento 34: *El rol de la Legión Cívica*

Discurso pronunciado por el General Uriburu ante la Legión Cívica Argentina (25 de mayo de 1931)

"Saludo en vosotros —dijo—, a la fuerza cívica que condensa y expresa con fervor el espíritu genuino de la Revolución de Septiembre. Sois hijos de ella, la habéis aclamado el día memorable en que la República era salvada del vilipendio y de la bancarrota; la comprendéis en su significado trascendental y renovador, y la defenderéis con vuestra vida, como se defiende a la Patria amenazada.

"Milicia ciudadana consciente de su deber en esta hora grave; columna popular vibrante de entusiasmo, la legión cívica que formáis representa el orden contra la demagogía, la fuerza sana contra la intriga cobarde, la disciplina fecunda contra la anarquía destructora, el desinterés de los patriotas contra la voracidad de los ambiciosos.

"Vais a combatir con la verdad severa y la acción valiente a la mentira y al verbalismo perturbador implantado como sistema. Vais a bregar para que la reconstrucción institucional que el país reclama, se asiente sobre las reformas fundamentales que hemos planteado y que evitarán la reproducción de los males que hemos sufrido. Vais a impedir que sean defraudados los anhelos nacionales en las grandes soluciones que la República necesita para ser normalizada.

"Vuestra acción será irresistible, porque es empujada por la pasión generosa del bien público y no responde a intereses menguados, ni fluye de la fuente turbia en que se elaboran bajas maniobras de caudillos o plataformas embusteras de agitadores.

"La corriente enérgica y pura que viene con vosotros significa renovación y juventud, paz y progreso, orden y jerarquía de valores en nuestra vida pública intoxicada. Será el soplo fuerte y salubre que derribará lo carcomido, tonificará lo debilitado y aventará los gérmenes perniciosos de toda demagogia.

"Al veros rendir un homenaje al Ejército y a la Armada, hoy que celebramos el aniversario más glorioso de nuestra historia, evoco el magnífico cuadro que elevó el corazón y templó el alma de los argentinos el 6 de Septiembre, la fraternal comunión de ciudadanos dispuestos a sacrificarse por la salvación de la Patria.

"Legionarios: como Jefe de la Revolución soy vuestro Jefe, y os aseguro que, a pesar de las asechanzas de todo orden con que sordamente se intenta contrariarla, ella, sostenida por vuestra acción patriótica y valiente, seguirá su marcha vencedora hasta la plena realización de su programa".

(José F. Uriburu, *La palabra del General Uriburu*, Buenos Aires, Roldan, 1933, pp. 91-92)

Documento 35: *La organización de la legión cívica*

Reuniones de escuadra

La instrucción fundamental de la escuadra comprende tres academias: doctrinaria, sobre reglamentación y de ejercicios.

El Guía de la escuadra es el encargado de la instrucción de su escuadra. Si es posible, debe asegurarse la colaboración de otras personas, aún de sus propios subordinados, para desarrollar los diferentes puntos del programa, que estas personas conozcan a fondo.

Para aprovechar el trabajo de buenos instructores, varias escuadras pueden combinar su instrucción fundamental, designando un instructor común para determinados puntos del programa; y, también, fraccionar las reuniones, según lugar y hora, para tratar en conjunto, una vez un punto con un instructor común y otras veces otros puntos con otros instructores.

El instructor tiene que ser paciente y sufrido en la tarea. Debe esmerarse en llevar al espíritu del legionario la absoluta convicción de la elevación de miras y sinceridad de propósitos nacionalistas, teniendo en cuenta, a tal objeto, que el nacionalismo —al contrario del marxismo, que explota las ideas con finalidad disolvente, y de la política demagógica, que las deforma y aprovecha para satisfacer ambiciones personales—, es, más bien, un sentimiento, y que para inculcar este sentimiento en los no iniciados y mantenerlo latente en los confesos, hay que llegar al corazón de los hombres y conmoverlo. El instructor debe preparar cuidadosamente sus academias, para que resulten breves, claras y rotundas. La obra del instructor es la base de la conciencia colectiva de la Legión.

El Comandante de la brigada y el Jefe de la sección revistarán frecuentemente las escuadras, controlando la instrucción. Intervendrán en la instrucción siempre que observen extralimitaciones o errores de concepto, pero haciéndolo con el tacto necesario para ayudar y enaltecer la importante función de los instructores. Ambos deben ser conocidos personalmente por todos los hombres de la escuadra.

Las reuniones comprenderán, además de la instrucción fundamental prescripta, conversaciones sobre novedades de la Legión y asuntos de interés común y la lectura y comentario del periódico "¡Combate!".

Antes de empezar el ciclo, debe convenirse la forma de llamamiento rápido de los hombres, para concentrar la escuadra.

Cada legionario debe comprometer su colaboración a la obra nacionalista, en el sentido de obtener la afiliación de un nuevo adherente, si es posible antes de que termine el ciclo.

(Legión Cívica, *Programa de instrucción fundamental para escuadras*, 1934)

84

Documento 36: *El proyecto de Uriburu y su fracaso*

El último manifiesto (20/2/1932)

(. . .)Asegurada hoy para el gobierno del país la *continuidad de la obra revolucionaria, por la elección* que ha hecho el pueblo de uno de nuestros más eminentes colaboradores de Setiembre, quiero decir a los que me acompañaron ese día, con una franqueza que lastimará muchos oídos, que el peligro subsiste, que la causa del mal no ha sido extirpada y que esperan días tristes a la República si el pueblo continúa dejándose adormecer por la palabra interesada y promisora de los que no han sido capaces de jugarse por él cuando lo ha necesitado.

No puedo, como es lógico, exponer íntegramente en este manifiesto de despedida mi pensamiento sobre un mejor sistema electoral, pero quiero anticipar algunas ideas que los hombres que estuvieron a mi lado sostendrán y desarrollarán en la acción política que deben emprender.

Consideraríamos absurda la implantación en nuestro país de cualquier sistema que no se apoyase en principios esencialmente republicanos.

Preferimos hablar de principios republicanos y no de principios democráticos, porque es la palabra que emplea nuestra Constitución Nacional y porque la Democracia, con mayúscula no tiene ya entre nosotros ningún significado a fuerza de haberla usado para lo que convenía.

(. . .)El voto secreto es precisamente lo que ha permitido el desenfreno demagógico que hemos padecido y los vicios que ha pretendido corregir se han legalizado mediante una acción parlamentaria funesta para los intereses económicos del país.

Prestigiar la abolición del voto secreto no quiere decir que seamos partidarios del voto público en la forma que se lo practicaba antes de la sanción de la actual ley electoral. Este aspecto del asunto como toda la organización de la rama legislativa del Estado mediante un sistema mixto de representación proporcional popular y gremial, constituye una de las materias fundamentales del programa revolucionario, que se concretará y discutirá oportunamente.

Sabemos de antemano que la lucha para desalojar a los intermediarios de la política será ardua, pero confiamos en que el pueblo comprenderá cuando se le diga que no necesita de abogados ni de médicos para defender sus propios intereses; que no es razonable que intereses antagónicos, como son los de las diferentes clases sociales, de las diferentes actividades, de los diferentes gremios, *de las diferentes profesiones se cobijen bajo una misma* organización política, dentro de la estructura actual de los partidos, y se vean obligados a elegir un representante forzoso que no conoce sus problemas ni está vinculado a ellos; cuando se le diga que los que sostienen estas ideas han empezado por renunciar a toda aspiración personal y que si mañana son elegidos para llevar la voz de este pensamiento lo harán como representantes de alguna fuerza o interés social, dejando su sitio para que se prueben otros, después de haber cumplido su tarea, bien o mal.

No nos arredra, pues, la lucha y no consideramos indispensable la formación de un nuevo partido político para sostenerla.

Existen afortunadamente, agrupaciones y hombres capaces de evolucionar y renovarse aceptando nuevos sistemas y nuevas ideas.

En ellos confiamos los revolucionarios argentinos de 1930, que no podemos tomar en serio que se nos tilde de reaccionarios con el lenguaje y con las ideas de la revolución francesa; que no podemos tomar en serio que se nos acuse de enemigos de la democracia por los demagogos que en lugar de servir al país, se sirven a sí mismos; que no podemos tomar en serio que unos cuantos ciudadanos naturalizados que han vivido las angustias de lejanas opresiones se escandalicen ante el supuesto propósito que maliciosamente nos atribuyen de querer importar sistemas electorales extranjeros.

Cumple a nuestra lealtad declarar, sin embargo, que si tuviéramos que decidir forzosamente entre el fascismo italiano y el comunismo ruso y vergonzante de los llamados partidos políticos de izquierda, la elección no sería dudosa.

Afortunadamente, nada ni nadie nos impone este dilema.

(José F. Uriburu: *op. cit.*, pp. 163 y ss.)

Declaración

(. . .)Ahora nos encontramos a un mes de una elección general, cuyo resultado no puede preverse, sin que la revolución haya cumplido ninguno de sus propósitos trascendentales y con una disposición de las fuerzas políticas exactamente igual a la que existía antes del 6 de setiembre. En el saldo favorable de la revolución debe computarse el derrocamiento del señor Irigoyen y la obra de depuración administrativa, pero estos son simples detalles comparados con la magnitud del propósito inicial. Reina en todo el país el más desenfrenado electoralismo, del cual participa, según se dice, hasta el gobierno. . . Y tendremos plebiscito, cualquiera resulte elegido, como en los mejores tiempos de nuestra democracia, puesto que no se ha modificado su instrumento, que es el sistema electoral. La revolución está todavía por hacerse. Si ahora el gobierno revolucionario ha limitado sus propósitos simplemente a impedir que vuelvan al poder los elementos del régimen derrocado, debemos aprobrlo, siempre que dicho resultado no sea —como suponemos que no lo será, aunque pretendan lo contrario algunos conservadores "legalistas"— al precio del fraude o la violencia; pero ese no era el objeto de la revolución. No hay revolución sin un cambio completo de hombres y de sistemas. Y nosotros, en cuestión de revoluciones, somos partidarios de las revoluciones verdaderas, como en cuestión de elecciones —cuando se trata de hacerlas, aunque sea con la ley Sáenz Peña— somos partidarios de las elecciones limpias. Hay un mal más grave, por sus consecuencias, que el de consultar desacertadamente la voluntad popular, y es el de oponerse a su veredicto.

***

No hacemos cargos personales. El error es humano y aún la persistencia en el error. Pero quienes no se equivocaron no tienen por qué mantener —dejando aparte las consideraciones de orden amistoso— una solidaridad absurda con quienes se equivocaron. Se puede

ser "amigo personal" y no "amigo político". La distinción ésta no nos pertenece. . .

Si "nuestra" revolución ha fracasado momentáneamente —tal como resulta de la exposición que antecede— ello no significa la extinción del espíritu revolucionario que informó el movimiento del 6 de setiembre. La reaparición de esta hoja, insistentemente reclamada por nuestros amigos de todo el país, así lo demuestra. Hay una juventud argentina, "temperata e forte" como la quería el padre Dante, que se siente defraudada, pero no vencida. Y este sentimiento momentáneo de desánimo suele ser fecundo porque predispone, cuando hay temperamento y voluntad, a las reacciones desesperadas, a los desiguales combates en que David triunfa sobre Goliat. Esa juventud es hoy la esperanza de la patria. Si no ha visto, como lo creyó, el triunfo de la revolución sobre la casta de profesionales en elecciones, que trafican con el hambre de los productores y la conciencia de los ciudadanos; si al cabo de sus esfuerzos patrióticos, contempla "su" revolución escamoteada por núcleos de políticos, cuya moralidad y patriotismo no ofrece diferencias apreciables con la gavilla derrocada; si en vez del cambio de "sistema", que se le había prometido y en el cual cifraba sus esperanzas, se encuentra con un simple cambio de hombres, tan ignorantes unos como los otros de las necesidades del país, esa juventud ha obtenido por lo menos una enseñanza: que no puede confiar sino en ella misma. Y sabrá aprovecharla.

Al terminar estas líneas, reiteramos nuestra solidaridad con los móviles que determinaron la revolución del 6 de setiembre, con el pueblo que la aclamó y con la oficialidad del ejército, que acudió a ella por altas razones patrióticas y que no es responsable de las desviaciones posteriores, originadas en una política sin inspiración y sin estilo.

(La Nueva República, *Declaración*, en "La Nueva República", 5/X/1931).

NOTAS

[1] Julio Irazusta, *El pensamiento político nacionalista*, Buenos Aires, Obligado, 1975, 3 vol.

[2] Federico Ibarguren, *Orígenes del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Celcius, 1969, passim.

[3] Enrique Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975.

[4] Ibid., p. 22.

[5] Marysa Navarro Gerassi, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968, Introducción y pp. 138-139.

[6] Ibid., p. 16.

[7] Carl Solberg, Inmigration and nationalism: Argentine and Chile (1890-1914), Austin-London, Univ. of Texas Press, 1970, cap. VI; un concepto bastante semejante en Samuel L. Baily, *Labor, Nationalism and Politics in Argentina*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1967.

[8] "oligárquico" es un término utilizado por los escritores de la denominada izquierda nacional, cfr. Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Mar Dulce, p. 106; nacionalismo "de elite" es utilizado entre otros por Fermín Chavez, *Perón y el peronismo*, Buenos Aires, Oriente, 1975, p. 34.

[9] Arturo Jauretche, *FORJA y la década infame*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973, passim. El término utilizado por este autor es el de nacionalismo "de importación".

[10] E. Zuleta Alvarez, op. cit., pp. 263 y ss.

[11] M. Navarro Gerassi, op. cit., en especial capítulos II, VI y VII.

[12] La expresión paradojicamente es de un nacionalista, E. Zuleta Alvarez, op. cit., p. 43.

[13] José Luis Romero: *Las ideas políticas en Argentina*, Mexico, FCE, 1956, p. 228.

[14] Veanse por ejemplo los trabajos de T. Halperín Donghi, E. Cardenas y A. Rouquié analizados más adelante, como así también la obra de C. Solberg citada.

[15] Julio Irazusta, *Memorias (historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975, pp. 223-224.

[16] Véanse por ejemplo los recientes trabajos de Mark D. Szuchman, *The limits of the melting pot in urban Argentina: marriage and integration in Córdoba, 1869-1909*, en "Hispanic American Historical Review", vol. 57, Nº 1, 1977, pp. 24-50; o de Samuel Baily, *Chain migration of Italians to Argentina*, en "Studi Emigrazione", Nº 65, mar. 1982, pp. 73-90.

[17] C. Payá y E. Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino*, Bs. As., Peña Lillo, 1978, pág. 39 y ss.

[18] R. Rojas, *La restauración nacionalista*, Bs. As., La Facultad, 1922, p. 13.

[19] Ibid., p. 13. Según testimonia Rojas en el prólogo a la segunda edición (1922) la primera respuesta fue la indiferencia de los principales diarios de Buenos Aires y el ataque, sin duda sugestivo, de los periódicos de izquierda y católico. Más tarde, tras los elogios enunciados por algunas personalidades extranjeras (Unamuno, de Maeztu, E. Ferri, J. Jaures), la obra pasó a ocupar un rango primordial.

[20] R. Rojas, *La Restauración. . .*, cit., p. 8.

[21] C. Payá y E. Cárdenas, op. cit., p. 70 y ss.

[22] R. Rojas, *La Restauración. . .*, cit., p. 193. Rojas insistía en la necesidad de suprimir las escuelas privadas, tanto las de colectividades como las religiosas.

[23] Enrique de Vedia, *Educación secundaria*, Bs. As., T.G. Penitenciaría nacional, 1906, pp. 55-56.

[24] R. Rojas, *Blasón de Plata*, Buenos Aires, Martín García, 1912 p. 39. Ya en *La Revolución Nacionalista* había dicho: "Esa barbarie, tan calumniada por los historiadores, fue el más genuino fruto de nuestro territorio y de nuestro carácter. (. . .) Había más afinidades entre Rosas y su pampa o entre Facundo y su montaña, que entre el señor Rivadavia o el señor García y el país que querían gobernar". Ed. cit., p. 135. Aclaraba sin embargo que era deplorable que la barbarie se hubiese prolongado tantos años.

[25] R. Rojas, *La Restauración. . .*, cit., p. 60.

[26] Juan E. Carulla, *Perspectivas de decadencia*, en "Criterio",

Año I, Nº 10, 9 de marzo de 1928.

[27] Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga*, Bs. As., A. Moen, 1910, p. 230; e id., *Amigos y maestros de mi juventud*, Bs. As., Hachette, 1961, p. 37.

[28] M. Gálvez, *Amigos. . .*, cit., p. 37.

[29] Ibid., p. 214.

[30] Ibid., p. 41.

[31] C. Payá y E. Cárdenas, op. cit., p. 124 y M. Gálvez, *Amigos. . .*, cit., cap. 8 y 9, passim.

[32] M. Gálvez, *Amigos*, cit., pp. 238-239, p. 278, p. 311 y ss.

[33] Manuel Gálvez, *Entre la novela y la historia*, Buenos Aires, Hachette, 1962, p. 31.

[34] "La Nueva República", 26-VI-1928, cit. por Fermín Chávez, *Perón y el Peronismo en la Historia Contemporánea*, Bs. As., Oriente, 1975, p. 40.

[35] M. Gálvez, *Entre la novela. . .*, cit., p. 34.

[36] M. Gálvez, *En el mundo de los seres ficticios*, Bs. As., Hachette, 1961, pp. 157-158.

[37] Tulio Halperín Donghi, *¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria y aceleración del proceso modernizador: el caso argentino* (1810-1914), en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Band 13, Köln-Wien, Bohlau Verlag, 1976, p. 483.

[38] M. Gálvez, *Entre la novela. . .*, cit., p. 26.

[39] Ramón Columba, *El Congreso que yo he visto*, Buenos Aires, Columba, 1948, Vol. 1, passim. y Darío Cantón, *El Parlamento Argentino en épocas de cambio:* 1890, 1916 y 1946, Bs. As., Ed. del Instituto, 1966, cap. 2.

[40] Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, Bs. As., Dictio, 1977, pág. 426.

[41] Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, vol. 1, Bs. As., Emecé, 1981, p. 139.

[42] Alfonso de Laferrère, *Literatura y política*, Buenos Aires, Gleizer, 1928, pp. 13 y 19.

[43] Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Bs. As., Eudeba, 1967, pp. 317 y 343.

[44] C. Ibarguren, *La historia. . .*, cit., p. 460.

[45] David Rock, *Lucha civil en la Argentina. La semana trágica de enero de 1919*, en "Desarrollo económico", vol. 11, Nº 42-44, Marzo-julio 1972, pp. 166-215.

85

[46] "La Nación", 21-I-1919.

[47] P. Maglione Jaimes, *M. Carlés. Una figura señera*, en "La Nación", 12-I-1969, 3a. sección.

[48] Leopoldo Lugones, *El payador*, en L. Lugones, *Antología de la prosa*, Bs. As., Centurión, 1949, p. 282.

[49] Ibid., p. 282.

[50] Ibid., p. 282. Al año siguiente de la publicación de *El Payador* Ricardo Rojas coincidiría en *Los gauchescos* con esta nueva valoración del poema de Hernández.

[51] L. Lugones, *La Patria Fuerte*, cit. por Julio Irazusta, *Genio y figura de Leopoldo Lugones*, Bs. As., Eudeba, 1968, p. 111.

[52] J. Irazusta, cit., p. 111.

[53] L. Lugones, *Prometeo*, en *Antología. . .*, cit., p. 157.

[54] Ibid., p. 159.

[55] Ver Julio Irazusta, *Genio. . .*, cit., p. 113.

[56] Según testimonia Julio Irazusta en la obra citada, al término de los discursos programados, los jóvenes oficiales asistentes al banquete obligaron a Lugones, que había sido invitado como espectador, a dirigirles la palabra. Fue este un hecho inédito que nunca se repitió (*Genio. . .*, cit., p. 115).

[57] L. Lugones, *La organización de la paz*, en *Antología*, cit., pp. 407-408.

[58] J. Irazusta, *Genio. . .*, cit., p. 115.

[59] L. Lugones, *La Grande Argentina*, Buenos Aires, BABEL, 1930. p. 166.

[60] Ibid., p. 83.

[61] Ibid., p. 85.

[62] G. Di Tella y M. Zymelman: op. cit., pp. 356 y ss.

[63] Adolfo Dorfman; *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970, p. 270.

[64] G. Di Tella y M. Zymelman: op. cit., pp. 366 y 393.

[65] Cfr., Pedro Skupch, *El deterioro y fin de la hegemonía Británica sobre la economía argentina* (1914-1947) en *Estudios sobre los orígenes del peronismo/2*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, passim.

[66] David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977, pp. 225 y ss.

[67] Felix Luna, *Yrigoyen*, Buenos Aires, El Coloquio, 1975, p. 295.

[68] Darío Canton y José Luis Moreno, *La experiencia radical* (1916-1930) en *La democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, Paidos, 1980, pp. 96-97.

[69] Juan E. Carulla, *Al filo del medio siglo*, Buenos Aires, Huemul, 1964, pp. 228 y ss.

[70] J. Irazusta, *Memorias. . .*, cit., p. 176.

[71] Carlos Ibarguren (h), *Roberto de Laferrere (periodismo-política-historia)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970, p. 28.

[72] J. Irazusta, *Memorias. . .*, cit., p. 185.

[73] J. E. Carulla, *Al filo del. . .*, cit., p. 241.

[74] Ibid., p. 241.

[75] J. Irazusta, *El pensamiento político. . .*, cit., vol. I.

[76] E. Zuleta Alvarez, op. cit., vol. 2, pp. 278-281.

[77] Ernesto Palacio, *Catilina, una revolución contra la plutocracia en Roma*, Buenos Aires, Huemul, 1965, prefacio, p. 9.

[78] J. E. Carulla, *Al filo del. . .*, cit., pp. 201-202.

[79] Así lo admite en *Al filo del. . .*, cit., p. 309.

[80] Julio Irazusta: *Memorias. . .*, cit., p. 138.

[81] Ibid., p. 154.

[82] Julio Irazusta: *De la crítica literaria a la historia, a través de la política*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1971, pp. 8 y ss.

[83] Estudio preliminar a Edmund Burke: *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, Buenos Aires, Dictio, 1980, p. 9.

[84] Julio Irazusta: El pensamiento político. . ., cit., I, p. 15.

[85] Ernesto Palacio: *Historia de la Argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1965, tomo II, p. 365.

[86] César Pico: *El problema de Oriente y Occidente*, en "La Nación", 25/XII/1927.

[87] Julio Irazusta: *El pensamiento político. . .*, cit., I, pp. 48-49.

[88] Julio Irazusta: *Memorias*, cit., p. 187.

[89] "La Nueva República", 5/V/1928.

[90] "La Nueva República", 15/II/1928.

[91] "La Nueva República", 2/III/1929.

[92] "La Nueva República", 2/III/1929.

[93] "La Nueva República", 1/IV/1928.

[94] "La muerte de Juan B. Justo", en "La Nueva República", 15/I/1928.

[95] "La Nueva República", 15/III/1928.

[96] "La Nueva República", 1/IV/1928.

[97] "La Nueva República", 15/III/1928.

[98] "La Nueva República", 31/I/1928.

[99] La conferencia de La Habana, en "La Nueva República", 15/II/1928.

[100] Nuestro Programa, en "La Nueva República", 1/XII/1927.

[101] Enrique Zuleta Alvarez, op. cit., p. 188.

[102] Manuel Gálvez, *Entre la novela. . .*, p. 17.

[103] "Criterio", Año I, Nº 1, 8/III/1928.

[104] "Criterio", Año III, Nº 142, 21/X/1930.

[105] Según Zuleta Alvarez, op. cit., p. 300, en contraposición con la opinión de Marysa Navarro Gerassi, op. cit., pp. 107 y ss

[106] Federico Ibarguren, op. cit., p. 213.

[107] Julio Irazusta, *El pensamiento político. . .*, cit., I, p. 29

[108] G. Di Tella y M. Zymelman, op. cit., p. 381.

[109] A. Rouquié: op. cit., p. 154.

[110] Enrique Mosconi, *El petroleo argentino*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Ferrari, 1936, p. 159.

[111] Gabriel Del Mazo, *El radicalismo*, Buenos Aires, Gure, 1959, tomo II, p. 76.

[112] A. Rouquié, op. cit., p. 192.

[113] Sobre los datos biográficos de M. Ortiz Pereyra, ver Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1970, passim e Id., *Manuel Ortiz Pereyra, un argentino silenciado*, en "Crisis", Buenos Aires, 1975.

[114] Manuel Ortiz Pereyra, *Por nuestra redención cultural y económica*, Buenos Aires, Peuser, 1928, p. 125.

[115] Véanse por ejemplo los artículos de Rodolfo Irazusta "Los frigoríficos y la democracia", LNR, 1-III-1928 y "Enseñanza religiosa", LNR, en vísperas de la Revolución de Septiembre.

[116] M. Ortiz Pereyra, op. cit., p. 82.

[117] Ibid., p. 83.

[118] Ibid., p. 90.

[119] Ibid., pp. 90-91.

[120] El escaso apoyo militar según A. Rouquié, op. cit.,

passim; la improvisación de los conjurados según Juan Perón, *Algunos apuntes en borrador sobre lo que yo vi de la preparación y realización de la Revolución del 6 de setiembre de 1930*, en José María Sarobe, *Memorias sobre la Revolución del 6 de septiembre de 1930*, Buenos Aires, Gure, 1957, pp. 281 y ss.

[121] G. Di Tella y M. Zymelman: op. cit., pp. 393-399.

[122] A. Dorfman: op. cit., pp. 263 y 371.

[123] Ricardo M. Ortiz, *El aspecto económico-social de la crisis de 1930*, en "Revista de Historia" Nº 3, 1958, p. 71.

[124] Un análisis detallado del problema en A. Rouquié; op. cit., pp. 210 y ss.

[125] D. Canton y J. L. Moreno, op. cit., p. 112.

[126] M. Gálvez, *En el mundo de...*, cit., pp. 148-149 y C. Ibarguren, op. cit., p. 512.

[127] C. Ibarguren, op. cit., p. 517.

[128] Robert Potash, *El ejército y la política en la Argentina (1928-1945)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, pp. 66-67.

[129] En especial José María Sarobe: op. cit., passim.

[130] J. E. Carulla, *Al filo del...*, cit., p. 247. Dos versiones distintas del momento y las circunstancias del acercamiento entre Uriburu y "La Nueva República" dan Carulla en la obra citada y Julio Irazusta en *El pensamiento político...*, cit., tomo I, p. 179.

[131] Liga Republicana, *Bases y programa de acción*, 7/XI/1929.

[132] RODEL (Roberto de Laferrère), *La liga republicana (su actuación revolucionaria)*, "La Fronda", 7/IX/1934, cit., por Carlos Ibarguren (h), op. cit., pp. 41 y ss.

[133] Carlos Ibarguren (h), op. cit., p. 39.

[134] Los datos biográficos de Laferrère en Ibidem, passim.

[135] J. Irazusta, *El pensamiento político...*, cit., Tomo II, pp. 39-40.

[136] F. Ibarguren, op. cit., passim.

[137] Cit. por F. Ibarguren, Id., pp. 34-35.

[138] RODEL, cit.

[139] Juan Perón, op. cit., p. 288.

[140] E. Palacio, "Escándalo", en "La Nueva República", 28/VI/1930.

[141] Id., "Recapitulación", en "La Nueva República", 18/VI/1930.

[142] Ibid.

[143] R. Irazusta, "La dificultad de la Revolución", en "La Nueva República", 28/VI/1930.

[144] Ibid.

[145] R. Irazusta, "La política", en LNR 30/VIII/1930.

[146] Ibid.

[147] Ibid.

[148] José F. Uriburu, *La palabra del General Uriburu*, Buenos Aires, Roldán 1933, p. 24.

[149] F. Ibarguren, op. cit., pp. 68-69.

[150] Carta de Rodolfo Irazusta a Julio Irazusta, en J. Irazusta, *Memorias...*, cit., p. 197.

[151] F. Ibarguren, op. cit., p. 87.

INDICE